







R. 10820

MS-V  
51

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

11 M.P.

# CUENTOS VALENCIANOS

597



*Figueroa*

VALENCIA—1896

IMPRESA DE MANUEL ALUFRE

Pellicers, 6



*Estos cuentos, que inspiró el amor á la  
tierra valenciana, están dedicados al poeta*

TEODORO LLORENTE

*mi adversario en creencias; mi maestro en el  
arte.*







# DIMONI

---

## I

**D**ESDE Cullera á Sagunto, en toda la valenciana vega no había pueblo ni poblado donde no fuese conocido.

Apenas su dulzaina sonaba en la plaza, los muchachos corrían desalados, las comadres llamábanse unas á otras con ademán gozoso y los hombres abandonaban la taberna.

—*¡Dimóni!... ¡Ya está abí Dimóni!*

Y él, con los carrillos hinchados, la mirada vaga perdida en lo alto y soplando sin cesar en la picuda dulzaina, acogía la rústica ovación con la indiferencia de un ídolo.

Era popular y compartía la general admiración con aquella dulzaina vieja, resquebrajada, la eterna compañera de sus correrías, la que cuando no rodaba en los pajares ó bajo las mesas de las tabernas, aparecía siempre cruzada

bajo el sobaco, como si fuera un nuevo miembro creado por la naturaleza en un acceso de filarmonía.

Las mujeres que se burlaban de aquel insignie perdido, habían hecho un descubrimiento. *Dimóni* era guapo. Alto, fornido, con la cabeza esférica, la frente elevada, el cabello al rape y la nariz de curva audaz, tenía en su aspecto reposado y majestuoso algo que recordaba al patricio romano, pero no de aquellos que en el período de austeridad vivían á la espartana y se robustecían en el campo de Marte, sino de los otros, de aquellos de la decadencia, que en las orgías imperiales afeaban la hermosura de raza colorando su nariz con el bermellón del vino y deformando su perfil con la colgante sotabarba de la glotonería.

*Dimóni* era un borracho. Los prodigios de su dulzaina, que por lo maravillosos le habían valido el apodo, no llamaban tanto la atención como las asombrosas borracheras que pillaba en las grandes fiestas.

Su fama de músico le hacía ser llamado por los clavarios de todos los pueblos, y veíasele llegar carretera abajo siempre erguido y silencioso, con la dulzaina en el sobaco, llevando al lado como gozquecillo obediente al tamborileiro, algún pillete recogido en los caminos, con el cogote pelado por los tremendos pellizcos que al descuido le largaba el maestro cuando no redoblaba sobre el parche con brío, y que, si cansado de aquella vida nómada abandonaba

al amo, era después de haberse hecho tan borracho como él.

No había en toda la provincia dulzainero como *Dimóni*; pero buenas angustias les costaba á los clavarios el gusto de que tocase en sus fiestas. Tenían que vigilarlo desde que entraba en el pueblo, amenazarle con un garrote para que no entrase en la taberna hasta terminada la procesión, ó muchas veces, por un exceso de condescendencia, acompañarle dentro de aquélla para detener su brazo cada vez que lo tendía hacia el porrón. Aun así resultaban inútiles tantas precauciones, pues más de una vez, marchando grave y erguido aunque con paso tardo ante el estandarte de la cofradía, escandalizaba á los fieles rompiendo á tocar la *Marcha Real* frente el ramo de olivo de la taberna, y entonando después el melancólico *De profundis* cuando la peana del santo patrono volvía á entrar en la iglesia.

Y estas distracciones de bohemio incorregible, estas impiedades de borracho, alegraban á la gente. La chiquillería pululaba en torno de él, dando cabriolas al compás de la dulzaina y aclamando á *Dimóni*; y los solteros del pueblo se reían de la gravedad con que marchaba delante de la cruz parroquial y le enseñaban de lejos un vaso de vino, invitación á la que contestaba con un guiño malicioso, como si dijera:—Guardadlo para después.

Ese después era la felicidad de *Dimóni*; pues representaba el momento en que terminada la

fiesta y libre de la vigilancia de los clavarios, entraba en posesión de su libertad en plena taberna.

Allí estaba en su centro, junto á los toneles pintados de rojo obscuro, entre las mesillas de zinc jaspeadas por las huellas redondas de los vasos, aspirando el tufillo del ajoaceite, del bacalao y las sardinas fritas que se exhibían en el mostrador tras mugriento alambrado, y bajo los succulentos pabellones que formaban colgando de las viguetas las ristras de morcillas rezumando aceite, los manojos de chorizos moteados por las moscas, las obscuras longanizas y los ventrudos jamones espolvoreados con rojo pimentón.

La tabernera sentíase halagada por la presencia de un huésped que llevaba tras sí la concurrencia, é iban entrando los admiradores á bandadas; no habían bastantes manos para llenar porrones, esparcíase por el ambiente un denso olor de lana burda y sudor de pies, y á la luz del humoso quinqué veíase á la respetable asamblea, sentados unos en los cuadrados taburetes de algarrobo con asiento de esparto y otros en cuclillas en el suelo, sosteniéndose con fuertes manos las abultadas mandíbulas, como si éstas fueran á desprenderse de tanto reír.

Todas las miradas estaban fijas en *Dimóni* y su dulzaina.

—*¡La agüela! ¡Fes l' agüela!*

Y *Dimóni*, sin pestañear, como si no hubiera oído la petición general, comenzaba á imitar

con su dulzaina el gangoso diálogo de dos viejas, con tan grotescas inflexiones, con pausas tan oportunas, con escapes de voz tan chillones, que una carcajada brutal é interminable conmovía la taberna, despertando á las caballerías del inmediato corral, que unían á la barahunda sus agudos relinchos.

Después le pedían que imitase á *la Borracha*, una mala piel que iba de pueblo en pueblo vendiendo pañuelos y gastándose las ganancias en aguardiente. Y lo mejor del caso es que casi siempre estaba presente la aludida y era la primera en reirse de la gracia conque el dulzainero imitaba sus chillidos al pregonar la venta y las riñas con las compradoras.

Pero cuando se agotaba el repertorio burlesco, *Dimóni*, soñoliento por la digestión del alcohol, lanzábase en su mundo imaginario, y ante su público silencioso y embobado, imitaba la charla de los gorriones, el murmullo de los campos de trigo en los días de viento, el lejano sonar de las campanas, todo lo que le sorprendía cuando por las tardes despertaba en medio del campo sin comprender cómo le había llevado allí la borrachera pillada en la noche anterior.

Aquellas gentes rudas no se sentían ya capaces de burlarse de *Dimóni*, de sus soberbias chispas, ni de los repelones que hacía sufrir al tamborilero. El arte, algo grosero, pero ingenioso y genial de aquel bohemio rústico, causaba honda huella en sus almas vírgenes y mi-

raban con asombro al borracho que, al compás de los arabescos impalpables que trazaba con su dulzaina, parecía crecerse, siempre con la mirada abstraída, grave, sin abandonar su instrumento más que para coger el porrón y acariciar su seca lengua con el *glu glu* del hilillo de vino.

Y así estaba siempre. Costaba gran trabajo sacarle una palabra del cuerpo. De él sabíase únicamente por el rumor de su popularidad que era de Benicofar, que allá vivía en una casa vieja que conservaba aún porque nadie le daba dos cuartos por ella, y que se había bebido en unos cuantos años dos machos, un carro y media docena de campos que heredó de su madre.

¿Trabajar? No y mil veces no. Él había nacido para borracho. Mientras tuviese la dulzaina en las manos no le faltaría pan, y dormía como un príncipe cuando, terminada una fiesta y después de soplar y beber toda la noche, caía como un fardo en un rincón de la taberna ó en un pajar del campo, y el pillete tamborilero, tan ebrio como él, se acostaba á sus pies cual un perrillo obediente.

## II

Nadie supo cómo fué el encuentro; pero era forzoso que ocurriera y ocurrió. *Dimóni* y la *Borracha* se juntaron y se confundieron.

Siguiendo su curso por el cielo de la borrachera, rozáronse para marchar siempre unidos el astro rojizo de color de vino y aquella estrella errante, livida como la luz del alcohol.

La fraternidad de borrachos acabó en amor, y fuéronse á sus dominios de Benicofar á ocultar su felicidad en aquella casucha vieja donde por las noches, tendidos en el suelo del mismo cuarto donde había nacido *Dimóni*, veían las estrellas que parpadeaban maliciosamente á través de los grandes boquetes del tejado, adornados con largas cabelleras de inquietas plantas. Aquella casa era una muela vieja y careada que se caía en pedazos. Las noches de tempestad tenían que huir como si estuvieran á campo raso, perseguidos por la lluvia, de habitación en habitación, hasta que por fin encontraban en el abandonado establo un rinconcito donde entre polvo y telarañas florecía su extravagante primavera de amor.

¡Casarse... ¿para qué? Valiente cosa les im-

portaba lo que dijera la gente. Para ellos no se habían fabricado las leyes ni los convencionalismos sociales. Les bastaba el amarse mucho, tener un mendrugo de pan á medio día y sobre todo algún crédito en la taberna.

*Dimóni* mostrábase absorto, como si ante su vista se hubiese abierto ignorada puerta mostrándole una felicidad tan inmensa como desconocida.

Desde la niñez; el vino y la dulzaina habían absorbido todas sus pasiones: y ahora, á los veintiocho años, perdía su pudor de borracho insensible; y como uno de aquellos cirios de fina cera que llameaban en las procesiones, derretíase en brazos de *la Borracha*, sabandija escuálida, fea, miserable, ennegrecida por el fuego alcohólico que ardía en su interior, apasionada hasta vibrar como una cuerda tirante y que á él le parecía el prototipo de la belleza.

Su felicidad era tan grande, que se desbordaba fuera de la casucha. Acariciábanse en medio de las calles con el impudor inocente de una pareja canina, y muchas veces, camino de los pueblos donde se celebraba fiesta, huían á campo traviesa sorprendidos en lo mejor de su pasión por los gritos de los carreteros que celebraban con risotadas el descubrimiento. El vino y el amor engordaban á *Dimóni*; echaba panza, iba de ropa más bien cuidado que nunca y sentíase tranquilo y satisfecho al lado de *la Borracha*, aquella mujer cada vez más seca y negruzca que, pensando únicamente en cuidarle,



## III

Ella no fué madre. Cuando llegó el momento, arrancaron en pedazos, de sus entrañas ardientes, aquel infeliz engendro de la embriaguez.

Y tras el feto monstruoso y sin vida, murió la madre ante la mirada asombrada de *Dimóni*, que al ver extinguirse aquella vida sin agonía ni convulsiones, no sabía si su compañera se había ido para siempre ó si acababa de dormirse como cuando rodaba á sus pies la botella vacía.

El suceso tuvo resonancia y las comadres de Benicofar se agrupaban á la puerta de la casucha para ver de lejos á *la Borracha* tendida en el ataúd de los pobres y á *Dimóni* en cuclillas junto á la muerta, voluminoso, lloriqueando y con la cerviz inclinada como un buey melancólico.

Nadie del pueblo se dignó entrar en la casa. El duelo se componía de media docena de amigos de *Dimóni* haraposos y tan borrachos como éste, que pordioseaban por los caminos, y del sepulturero de Benicofar.

Pasaron la noche velando á la difunta, yendo por turno cada dos horas á aporrear la puerta de la taberna pidiendo que les llenasen una enorme bota, y cuando el sol entró por las brechas del tejado, despertaron todos tendidos en torno

de la difunta, ni más ni menos que los domingos por la noche cuando en fraternal confianza caían en algún pajar á la salida de la taberna.

¡Cómo lloraban todos!... Y ahora la pobrecita estaba allí, en el cajón de los pobres, tranquila como si durmiera, y sin poder levantarse á pedir su parte. ¡Oh, lo que es la vida!... Y en esto hemos de parar todos!

Y los borrachos lloraron tanto, que al conducir el cadáver al cementerio todavía les duraba la emoción y la embriaguez.

Todo el vecindario presenció de lejos el entierro. Las buenas almas reían como locas ante espectáculo tan grotesco.

Los amigotes de *Dimóni* marchaban con el ataúd al hombro, dando traspiés que hacían merecerse rudamente la fúnebre caja como un buque viejo y desarbolado. Y detrás de aquellos mendigos iba *Dimóni* con su inseparable instrumento bajo el sobaco, siempre con aquel aspecto de buey moribundo que acaba de recibir un tremendo golpe en la cerviz.

Los chiquillos gritaban y daban cabriolas ante el ataúd, como si aquello fuese una fiesta, y la gente reía, asegurando que lo del parto era una farsa y que la *Borracha* había muerto de un hartazgo de aguardiente.

Los lagrimones de *Dimóni* también hacían reír. ¡Valiente pillo! Aun le duraba el *cañamón* de la noche anterior y lloraba lágrimas de vino al pensar que ya no tendría una compañera en sus borracheras nocturnas.

Todos le vieron volver del cementerio donde por compasión habían permitido el entierro de aquella gran perdida y le vieron también cómo con sus amigotes, incluso el enterrador, se metía en la taberna para agarrar el porrón con las manos sucias de la tierra de las tumbas.

Desde aquel día, el cambio fué radical, ¡Adiós excursiones gloriosas, triunfos alcanzados en las tabernas, serenatas en las plazas y toques estruendosos en las procesiones! *Dimóni*, no quería salir de Benicofar, ni tocar en las fiestas. ¿Trabajar?... eso para los imbéciles. Que no contasen con él los clavarios: y para afirmarse más en esta resolución, despidió al último tamborilero, cuya presencia le irritaba.

Tal vez en sus ensueños de borracho melancólico había pensado, mirando el hinchado vientre de la *Borracha*, en la posibilidad de que con el tiempo un muchachó panzudo con cara de pillo, un *Dimoniet*, acompañase golpeando el parche las escalas vibrantes de su dulzaina.

Ahora sí que estaba solo. Había conocido la dicha para que después su situación fuese más triste. Había sabido lo que era amor para conocer el desconsuelo: dos cosas cuya existencia ignoraba antes de tropezar con la *Borracha*.

Entregóse al aguardiente con el mismo fervor que si rindiera un tributo fúnebre á la muerta; iba roto, mugriento y no podía revolverse en su casucha, sin notar la falta de aquellas manos de bruja, secas y afiladas como garras, que tenían para él cuidados maternales.

Como un buho, permanecía en el fondo de su guarida mientras brillaba el sol, y á la caída de la tarde salía del pueblo cautelosamente, como ladrón que va al acecho, y por una brecha del muro se colaba en el cementerio, un corral de suelo ondulado que la naturaleza igualaba con matorrales en los que pululaban las mariposas.

Y por la noche, cuando los jornaleros retrasados volvían al pueblo con la azada al hombro, oían una musiquilla dulce é interminable que parecía salir de las tumbas.

—¡*Dimoni!*... ¿*Eres tú?*

La musiquilla callaba ante los gritos de aquella gente supersticiosa que preguntaba por ahuyentar su miedo.

Y luego, cuando los pasos se alejaban, cuando se restablecía en la inmensa vega el susurrante silencio de la noche, volvía á sonar la musiquilla, triste como un lamento, como el lloriqueo lejano de una criatura llamando á la madre que jamás había de volver.

---

## ¡COSAS DE HOMBRES!...

---



UANDO Visentico, el hijo de la *siñá* Serafina, volvió de Cuba, la calle de Borrull púsose en conmoción.

En torno de su petaca, siempre repleta de picadura de la Habana, agrupábase la chavalería del barrio, ansiosa de liar pitillos y escuchar estupendas historias con credulidad asombrosa.

—En Matanzas tuve yo una mulatita que quería nos casáramos luego... luego. Tenía millones, pero yo no quise porque me tira mucho esta *tierrasita*.

Y esto era mentira. Seis años había permanecido fuera de Valencia, y decía tener olvidado el valenciano, á pesar de lo mucho que *le tiraba la tierrasita*. Había salido de allí con lengua, y volvía con un merengue derretido, á través del cual las palabras tomaban el tono empalagoso de una flauta melancólica.

Por su lenguaje y las mentiras de grandiosidad con que asombraba á la crédula chavalería,

Visentico era el soberano de la calle, el motivo de conversación de todo el barrio. Su casaquilla de hilo rayado con vivos rojos, el bonete de cuartel, el pañuelo de seda al cuello, la banda dorada al pecho con el canuto de la licencia, la tez descolorida, el bigotillo picudo y la media romana de corista italiano, habíanse metido en el corazón de todas las chavalas y lo hacían latir con un estrépito sólo comparable al *fru fru* de sus faldas de percal almidonadas en los bajos hasta ser puro cartón.

La *siñá* Serafina estaba orgullosa de aquel hijo que la llamaba *mamá*. Ella era la encargada de hacer saber á las vecinas las onzas de oro que Visentico había traído de allá, y al número que marcaba, ya bastante exagerado, la gente añadía ceros sin remordimiento. Además, se hablaba con respeto supersticioso de cierto papelote que el licenciado guardaba, y en el cual el Estado se comprometía á dar tanto y cuanto... cuando mudase de fortuna.

No era extraño, pues, que un hombre de tantas prendas, rodeado del ambiente de la popularidad y poseedor de irresistibles seducciones, trajese loca á Pepeta (a) *la buena mosa*, una vaca brava que por las mañanas revendía fruta en el Mercado, y con su falda acorazada, pañuelo de pita, patillas en las sienes y puntas de bandolina en la frente, pasaba la vida á la puerta de su casa, tan dispuesta á arañarse con la primera vecina, como á conmover toda la calle con alguno de sus escándalos de muchachota cerril.

La gente consideraba naturales y justas las relaciones cada vez más íntimas entre Visentico y Pepeta. Eran la pareja más distinguida del barrio, y además, antes de que él se fuese á Cuba, ya se susurraba si había algo entre ellos.

Lo que ya no le parecía tan claro á la gente es lo que diría el *Menut*, un chicuelo enteco y vicioso, empleado en el Matadero para repartir la carne; un pillete con la mirada atravesada y grandes tufos en las orejas, que siempre iba hecho un asco, y de quien se murmuraba si en distintas ocasiones había afanado borregos enteros.

La Pepeta estaba loca; sólo una caprichosa como ella podía haber aguantado dos años los celos machacones y las exigencias tiránicas de un granuja rabiosillo, al que ella con su potente brazo de buena moza era capaz de deshacer la cara de un solo revés.

Y ahora iba á ocurrir algo. ¡Vaya si ocurriría! Adivinábanlo los vecinos sólo con ver al *Menut*, quien con aspecto de perro abandonado pasaba el día vagando por la calle, tan pronto en el cafetín de *Panchabruta*, como frente á la casa de Pepeta, siempre sucio, con la camiseta listada de azul y la blusa al cuello impregnadas de la hediondez de la sangre seca.

Ya no repartía carneros á los cortantes de la ciudad; olvidaba su carrito mugriento, y embrutecido por la sorpresa, queriendo llenar aquel algo que le faltaba, sólo sabía beberse *águilas* en el cafetín, ó ir tras Pepeta, humilde, co-

barde, encogido, expresándose con la mirada más que con la lengua.

Pero ella estaba ya despierta. ¿Dónde había tenido los ojos?... Ahora le parecía imposible que hubiese querido á aquel bruto, sucio y borrachín. ¡Qué abismo entre él y Visentico!... una figura de general, un chico muy gracioso en el habla, que cantaba guajiras y bailaba el tango como un ángel, y que, en fin, sino tenía millones y una mulata, ya se sabía que era por lo mucho que le *tiraba la tierresita*.

Indignábase al ver que aquel granujilla forrado en la mugre de la carne muerta, aun tenía la pretensión de que continuase lo que sólo había sido un capricho... una condescendencia compasiva... ¡jarre allá! Cuando no manifestase su cariño con zarpadas y aprendiese á decirle: ¡flor de guayaba! y ¡mulatita! como el otro, entonces podría ponerse en su presencia.

La buena moza fué inflexible, acabó por no escuchar, y desde entonces la calle de Borrull tuvo un alma en pena que fué el *Menut*.

En las noches de verano, cuando el calor arrojaba á las familias en medio de la calle y se formaban corros en torno de las cenas servidas sobre mesitas de zapatero, la gente veía pasar al celoso chiquillo recatándose en la sombra, misterioso y fatídico como un traidor de melodrama.

La aparición terrorífica pasaba varias veces ante la puerta de Pepeta, lanzando miradas espeluznantes al corro que hacía la corte á la bue-



na moza, y después desvanecía-se por un escotillón, el cafetín donde el *Menut*, cual nuevo Prometeo, entregaba sus entrañas á las rampantes garras de las águilas amílicas.

¡Qué noches aquellas! Los nuevos amores de Pepeta tenían la acera por escenario y por coro aquel corrillo donde sonaba el acordeón y ella recibía honores de reina festejada. A su lado la madre, una vieja insignificante que no abría la boca sin recibir un bufido de Pepeta.

La calle tostada todo el día por el sol, revivía con los primeros soplos de la noche.

Los lóbregos faroles, cuyos palmitos de gas parecían pintados en la pared con almazarrón, dejábanlo todo en fresca penumbra; en las puertas destacábanse las manchas blancas de la gente casi en paños menores: chorreaban rítmicamente los balcones con el riego de las plantas; en cada balaustrada asomaba un botijo, y de arriba, de aquel cielo obscuro que parecía un lienzo apollado transparentando lejana luz, descendía un soplo húmedo que reanimaba á la tierra, arrancándola suspiros de vida.

En todas las puertas sonaban el acordeón con su chillona melancolía, la guitarra con su rasgueo soñador, el canto á coro desentonado y estridente, y algunas veces en las esquinas estallaba una tempestad de aullidos, el estrépito de la lucha cuerpo á cuerpo y los antipáticos perros chatos chocaban sus amenazantes cabezas de foca, hasta que el silletazo de algún vecino de buena voluntad los ponía en dispersión.

Despedazábanse en los corros enormes sandías; hundíanse las bocas en tajadas como medias lunas; pringábanse las caras con el rojo zumo; extendíanse los arrugados moqueros bajo la barba para no mancharse, y al fin la gente, con el vientre hinchado de agua, sumíase en dulce beatitud, escuchando, como angélicas melodías, los arañazos de los acordeones.

Y á esta hora de digestión líquida; al cantar el sereno las once y estar los corrillos más animados, era cuando á lo lejos la difusa luz de los faroles marcaba algo que se aproximaba balanceándose, trazando *zig-zags* como una barca sin timón, echando la pesada ancla en cada esquina.

Era el padre de Pepeta, que con la gorra desmayada y el pañuelo de hierbas en una mano, volvía de la taberna. Saludaba á la reunión con tres gruñidos, despreciaba las insolencias de la hija, y se hundía por fin en la obscuridad de su casa, maldiciendo á los ávaros caseiros que, para fastidiar á los pobres, hacen siempre las puertas estrechas.

En aquellas horas de regocijo público, en medio de la calle, acariciados por la expansión de todos los vecinos se arrullaban el licenciado y Pepeta; él, dulzón y empalagoso, hablándole al oído; ella, grave, estirada y seria, apretando los labios como si estuviera ofendida, porque una chavala que se respete debe poner siempre al novio cara de perro. Los hombres son muy presuntuosos, y si llegan á comprender que una está chiflada por ellos... ya, ya.

Y mientras tanto la pobre alma en pena á la puerta del cafetín, con la garganta abrasada por el amilico y el corazón en un puño, oyendo de cerca las bromitas de sus amigachos y á lo lejos las canciones del corro de Pepeta, unos retazos de zarzuela repetidos con monotonía abrumadora.

Pero qué cargantes eran los amigos del cafetín. ¿Que Pepeta no le quería ya? Bueno; dale expresiones... ¿Que él era un chiquillo y le faltaba esto y lo de más allá? Conforme; pero aun no había muerto y tiempo le quedaba para hacer algo. Por de pronto á Pepeta y al cubano se los pasaba por tal y cual sitio. Ella era una *carusera* y él un mariquita con su hablar de chiquillo y su peluca rizada. Ya les arreglaría las cuentas... A ver, tío *Panchabruta*: otra águila de petróleo refinado. De aquél que está en el rincón, en el temible tonel que ha enviado al cementerio tres generaciones de borrachos.

Y el fresco vientecillo, haciendo ondear la listada cortina de la puerta, arrojaba todos los ruidos de la calle en el ambiente del cafetín, cargado del calor del gas y los vahos alcohólicos.

Ahora cantaban á coro en casa de Pepeta.

*Vente conmigo y no temas*

*Estos parajes dejar...*

Adivinaba la voz de ella, rígida y fría como siempre, y la otra, aguda y mimona, la del cubano que decía: *Vente conmigo*, con una intención que al *Menut* parecía arañarle en el pecho. Con que *vente conmigo*, ¿eh?... ¡Cristo! Aque-

lla noche iba á arder todo en la calle de Borrull.

Y se lanzó fuera del cafetín, sin llamar la atención de los bebedores acostumbrados á tan nerviosas salidas.

Ya no era el alma en pena; iba rectamente á su sitio, á aquel corro maldito que tantas noches había sido su tormento.

—*Tú, Cubano, ascolta.*

Movimiento de asombro, de estupefacción. Calló el organillo, cesó el coro y Pepeta levantó fieramente la cabeza. ¿Qué quería aquel pillete? ¿Había por allí algún borrego que robar?...

Pero sus insolencias de nada sirvieron. El licenciado se levantaba estirando fanfarronamente su levitilla de hilo.

—Me paese... me paese que este muchachillo se la va á cargar por torpe.

Y salió del corro, á pesar de las protestas y consejos de todos.

Pepeta se había serenado. Podían estar tranquilos; ella lo aseguraba. No llegaría la sangre al río. El *Menut* era un chillón que no valía un papel de fumar, y si se atrevía á hacer pinitos, ya le limpiaría los mocos el otro. Vaya... á cantar. No debía turbarse la buena armonía por un bicho así.

Y la tertulia reanudó su canto débilmente, de mala gana, mirando todos con el rabillo del ojo á los dos que estaban plantados en el arroyo, frente á frente.

*Que la que aquí es prima donna  
Reina en mi casa será...á...á*

Pero al hacer una pausa, se oyó la voz del *Menut*, que decía lentamente, con rabia y acentuando las palabras como si las mascase:

—*Tú eres un morral.. sí señor, un morral.*

Todos se pusieron en pie, rodaron las sillas, cayó el acordeón al suelo, lanzando un quejido; pero... ¡quía! por pronto que acaudieron ya era tarde.

Se habían agarrado como gatos rabiosos, clavándose las uñas en el cuello, empujándose, resbalando en las cortezas de sandía y lanzando sucias blasfemias.

Y el *Cubano* de pronto se bamboleó para caer como un talego de ropa; y en aquel momento desvaneciése la melosidad antillana, y el lenguaje de la niñez reapareció junto con la desgracia.

—*¡Ay, mare mehua!... ¡Mare mehua!*

Retorciase sobre los adoquines como una lagartija partida en dos, agarrábase el vientre allí donde había sentido la fría hoja de la navaja, comprimiendo instintivamente el bárbaro rasgón, al que asomaban los intestinos cortados, rezumando sangre é inmundicia.

Corría la gente desde los dos extremos de la calle, para agolparse en torno del caído; sonaban pitos á lo lejos; poblábanse instantáneamente los balcones, y en uno de ellos la *siñá* Serafina en camisa, desmelenada, sorprendida en su primer sueño por el grito de su hijo, daba alaridos instintivamente, sin explicarse todavía la inmensidad de su desgracia.

Pepeta retorciase con epilépticas convulsiones entre los brazos de varios vecinos; avanzaba sus uñas de fiera enfurecida, y no pudiendo llegar hasta el *Menut*, le escupía á la cara siempre los mismos insultos con voz estridente, desgarradora, que despertaba á todo el barrio: *¡Lladre!... ¡Granuja!*

Y el autor de todo estaba allí, sin huir, con su figurilla triste y desmedrada, el cuello desollado por varios arañazos, el brazo derecho teñido en sangre hasta el codo y la navaja caída á sus pies. Tan tranquilo como al degollar reses en el Matadero, sin extremecerse al sentir en sus hombros las manos de la policía; con una sonrisita que plegaba ligeramente los extremos de su boca.

Salió de la calle con los brazos atados sobre la espalda y la blusa encima; la innoble cara llena de arañazos, hablando con su escolta de municipales, satisfecho en el fondo de que la gente se agolpase á su paso, como en la entrada de un personaje.

Cuando pasó ante el cafetín, saludó con altivez á sus amigotes, que asombrados, como si no hubiesen presenciado el suceso, le preguntaban qué había hecho.

—*Res; cóses d' homens.*

Y contento con su suerte, erguido y triunfante, siguió el camino de la cárcel, acogiendo el infeliz las miradas de la curiosidad con la prosopopeya de la estupidez satisfecha.

## LA CENCERRADA

---

### I

**T**ODOS los vecinos de Benimuslín acogieron con extrañeza la noticia.

Se casaba el tío Sento, uno de los prohombres del pueblo, el primer contribuyente del distrito, y la novia era Marieta, guapa chica, hija de un carretero, que no aportaba al matrimonio otros bienes que aquella cara morena, con su sonrisa de graciosos hoyuelos y los ojazos negros que parecían adormecerse tras las largas pestañas entre los dos rodetes de apretado y brillante cabello que, adornados con pobres horquillas, cubrían sus sienes.

Por más de una semana esta noticia conmovió al tranquilo pueblecito que entre una inmensidad de viñas y olivares alzaba sus negruzcos tejados, sus tapias de blancura deslumbrante, el campanario con su montera de verdes te-

jas y aquella torre cuadrada y roja, recuerdo de los moros, que destacaba soberbia sobre el intenso azul del cielo su corona de almenas rotas ó desmoronadas como una encía vieja.

El egoismo rural no salía de su asombro. Muy enamorado debía estar el tío Sento para casarse, violando tan escandalosamente las costumbres tradicionales. ¿Cuándo se había visto á un hombre que era dueño de la cuarta parte del término, con más de cien botas en la bodega y cinco mulas en la cuadra, casarse con una chica que de pequeña robaba fruta ó ayudaba en las faenas de las casas ricas para que la diesen de comer?

Todos decían lo mismo. ¡Ah, si levantase la cabeza la *siñá* Tomasa, la primera mujer del tío Sento y viese que su caserón de la calle Mayor, sus campos y su *estudi*, con aquella cama monumental de que tan orgullosa estaba, iban á ser para la mocosuela que en otros tiempos la pedía una rebanada de pan!

Aquel hombre debía estar loco. No había más que ver el aire de adoración con que contemplaba á Marieta, la sonrisa boba con que acogía todas sus palabras y las actitudes de chaval con que se mostraba á los cincuenta y seis años bien cumplidos. Y las que más protestaban contra aquel hecho inaudito eran las chicas de las familias acomodadas que, siguiendo las egoistas tradiciones, no hubieran tenido inconveniente en entregar su morena mano á aquel gallo viejo, que se apretaba la exuberante panza



con la faja de seda negra y mostraba sus ojillos pardos y duros bajo el sombraje de unas cejas salientes y enormes que, según expresión de sus enemigos, tenían más de media arroba de pelo.

La gente estaba conforme en que el tío Sento había perdido la razón. Cuanto poseía antes de casarse, y todo lo que había heredado de la *siñá* Tomasa, iba á ser de Marieta, de aquella mosca muerta que había conseguido turbarle de tal modo, que hasta las devotas á la puerta de la iglesia murmuraban si la chica tendría hecho pacto con el malo y habría dado al viejo polvos seguidores.

El domingo en que se leyó la primera amonestación, el escándalo fué grande. Después de la Misa mayor, había que oír á los parientes de la *siñá* Tomasa. Aquéllo era un robo, sí señor: la difunta se lo había dejado todo á su marido, creyendo que no la olvidaría jamás, y ahora el muy ladrón, á pesar de sus años, buscaba un bocado tierno y le regalaba lo de la otra. No había justicia en la tierra si aquello se consentía. ¡Pero vaya usted á reclamar en estos tiempos! Bien decía D. Vicente, el *siñor retor*, que ahora todo está perdido. Debía mandar D. Carlos, que es el único que persigue á los pillos.

Así vociferaban en los corrillos de la plaza los que se creían perjudicados por el futuro matrimonio, ayudándoles en la murmuración casi todos los vecinos de Benimuslín.

El caso era que el tal casamiento no acaba-

ría bien. Aquel vejestorio atacado de rabia amorosa estaba destinado á llorar su calaverada. ¡Pequeños iban á ser los adornos!... Todo el pueblo sabía que Marieta tenía un novio, *Toni el desgarrat*, un vago que había pasado la niñez con ella correteando por las viñas y que ahora, al ser mayor, la quería con buen fin, esperando para casarse que le entrasen ganas de trabajar y perder la costumbre de beberse en la taberna los cuatro terrones de su herencia en compañía de su amigote el dulzainero *Dimóni*, otro perdido que venía á buscarle del inmediato pueblo para tomar juntos famosas borracheras que dormían en los pajares.

Los parientes de la *siñá* Tomasa miraban ahora con simpatía al *Desgarrat*. Este se encargaría de vengarles.

Y los mismos que antes le despreciaban, los ricachos que volvían la cara al encontrarle, buscábanle en la taberna el día de la primera amonestación, plantándose ante el muchachote que estaba sentado en un taburete de cuerda con la vistosa manta sobre las rodillas, la colilla pegada al labio y la mirada fija en el porrón, que herido por un rayo de sol, reflejaba inquieta mancha roja sobre el zinc de la mesilla.

—*Ché, Desgarrat*—le decían con sorna;—*Marieta se casa.*

Pero el *Desgarrat* acogía esta burla levantando los hombros. Aquello aún había de verse. Hasta el fin nadie es dichoso y él... *¡recórdons!* ya sabían todos que era muy hombre para

vérse las con el tío Sento, que también la echaba de terne.

Así era, y por lo mismo todos esperaban un choque ruidoso.

Allí iba á pasar algo.

Al tío Sento—según propia afirmación—nadie le ganaba á bruto. Levantaba mucho peso en las elecciones, tenía grandes amigos en Valencia, había sido alcalde varias veces y estaba acostumbrado á enarbolar en medio de la plaza el grueso *gayato* de Liria para sacudirle dos palos con la mayor impunidad al primero que le incomodaba.

## II

Llegó el momento de las cartas dotalas. El tío Sento no hacía las cosas á medias, y además, buena era Marieta y su familia para despreciar la ocasión.

En trescientas onzas la dotaba el novio, sin contar la ropa y las alhajas pertenecientes á su primera mujer.

La casa de Marieta, aquella casucha de las afueras sin más adorno que el carro á la puerta y dos ó tres caballerías flacas en el establo, fué visitada por todas las cnicas del pueblo.

Aquello era un jubileo. Todas formando grupo, cogidas de la cintura ó de las manos, pasaban ante el largo tablado cubierto por blancas colchas, sobre el cual los regalos y la ropa de la novia ostentábanse con tal magnificencia que arrancaban exclamaciones de asombro.

*¡Reina y santísima!* ¡Qué cosas tan preciosas!

La ropa blanca clasificada por tamaños, apilada en altas columnas que casi llegaban al techo, cuidadosamente doblada, algo morena, como de tejido fuerte, pero con un olor á limpieza y legía que daba gloria; todo á docenas de docenas, desde las camisas hasta los trapos

de cocina, con iniciales de colores chillones y guarnecidas con profusión de randas las ropas de uso interior: los vestidos de seda, gruesos y crugientes, con vivos reflejos metálicos; las faldas de rameado percal mostrando una fresca florescencia de primavera; las mantillas con sus sutiles y complicados arabescos; los corsés blancos y negros respunteados de rojo, delatando con imprudencia en sus rígidos contornos el cuerpo de la novia; y encerrados en sus marcos de cartón los pañolones de Manila, con aves fantásticas volando en un cielo de seda blanca, y grupos de chinos, unos bigotudos y fieros, otros pelones y bobos, admirando con sus caritas de porcelana á las sencillas muchachas, que soñaban despiertas en aquellos misteriosos países donde los hombres gastan faldas y tienen ojitos de cerdo. Después venían los regalos de los amigos; en su mayoría pilillas de agua bendita para la alcoba, con sus ángeles de porcelana; cajas con cuchillos y cubiertos de plata, y dos grandes candelabros que descollaban majestuosamente. Eran el regalo del marqués, del cacique de la comarca, el hombre más eminente de España, según el tío Sento, el cual, siempre que se trataba de sacarle diputado por el distrito, estaba tan dispuesto á empuñar el garrote como á echarse la escopeta á la cara.

Y como digno final de aquella exposición, en lugar preferente, ostentábanse las joyas chispeando sobre la almohadilla granate de los estuches; las uvas de perlas para las orejas, los

alfileres de pecho con sus complicados colgajos, las grandes horquillas de oro para los caracoles de las sienes, las tres agujas con cabezas de apretadas perlas que habían de atravesar el airoso rodete y aquel aderezo, famoso en Benimuslín, que la *siñá* Tomasa había comprado en catorce onzas en la calle de las Platerías.

¡Vaya una suerte la de Marieta! Ella se hacía la modesta, enrojeciendo cada vez que ponderaban su futura felicidad, pero había que ver los lagrimones de la madre, una mujercilla flaca, arrugada é insignificante y la emoción del carretero, que iba como un criado tras su futuro yerno, guardándole todas las consideraciones debidas á un sér superior.

Por la noche fué la lectura de las cartas. Llegó D. Julián el notario en su vieja tartana acompañado de su acólito, un infeliz de cara hambrienta con el tintero de cuerno asomado á un bolsillo y el papel sellado bajo el brazo.

D. Julián fué entrado casi en triunfo en la cocina, donde ya estaba preparada una mesilla para el escribiente con velón de cuatro brazos.

¡Qué hombre tan sabio aquél! Leía las escrituras en valenciano é intercalaba en el árido texto chistes de su cosecha... Vamos, que no había palurdo que pudiera estar serio en presencia de aquel señor siempre grave que tenía cierto aire eclesiástico, con su largo paletó negro semejante á una sotana, el rostro carrilludo y frescote cuidadosamente afeitado y las recias gafas montadas en la frente, lo que era para los

vecinos de Benimuslín un capricho inexplicable propio de los grandes talentos.

Comenzó el notario á dictar en voz baja; garrapateaba el escribiente en los pliegos de papel sellado, y mientras tanto iban llegando los amigos de casa con el cura y el alcalde, y desaparecían del largo tablado los regalos de boda para dejar sitio á los macizos bizcochos espolvoreados de azúcar, los platos de *amargos* y las tortas *finas* secas como cartón, á más de una docena de botellas de rosa y marrasquino.

Tosió varias veces D. Julián, púsose en pie tirando de las solapas de su paletó, y todos quedaron en silencio, mientras él agarraba los pliegos con la tinta todavía fresca y comenzaba á leer en valenciano.

¡Qué hombre tan chistoso! Al nombrar al novio hizo una mueca grotesca y el tío Sento fué el primero en celebrarlo con una ruidosa carcajada; al mentar á la novia saludó á Marieta con una reverencia de baile y volvió á repetirse la risa; pero cuando llegaron las condiciones del contrato todos se pusieron graves: un viento de egoismo y de avaricia parecía soplar en aquella cocina, y hasta la novia levantaba la cabeza con los ojos brillantes y las alillas de la nariz dilatadas por la emoción al oír hablar de onzas, de la viña de la Ermita y del olivar del Camino Hondo: todo lo que iba á ser suyo. El tío Sento era el único que sonreía satisfecho de que tan honorable concurso apreciaba hasta donde llegaba su generosidad.

Así se hacían las cosas. Los padres de Marieta lloraban y las vecinas movían la cabeza con expresión de asentimiento. A un hombre así se le podía entregar una hija sin remordimiento alguno.

Cuando el papelote quedó firmado comenzaron á circular los dulces y las copas. El notario lucía su ingenio, mientras el famélico escribiente se atracaba en representación propia y de su principal.

Aquel D. Julián era el encanto de su rudo auditorio. Ya verían de lo que era capaz el día de boda. D. Vicente el cura y él se habían de emborrachar, brindando por la felicidad de los novios: palabra de honor.

A las once terminó la fiesta de las cartas. El cura acababa de retirarse escandalizado de estar en pie á aquellas horas teniendo que decir la misa primera; el alcalde le había acompañado, y salió por fin el tío Sento con el notario y el escribiente, los que llevaba á dormir á su casa.

Las calles estaban obscuras. Más allá de la casa de Marieta estaba la densa lóbreguez de los campos, de la que salían rumores de follaje y cantos de grillos. Sobre los tejados parpadeaban las estrellas en un cielo de intenso azul. Ladaban los perros en los corrales, contestando á los relinchos de las bestias de labor. El pueblo dormía, y el notario y su ayudante andaban con precaución, temiendo tropezar con algún pedrusco de aquellas calles desconocidas.



—¡*Ave María purísima!*—gritaba á lo lejos una voz acatarrada—*las onse... sereno.*

Y D. Julián sentíase algo intranquilo en aquella lobreguez. Le parecía ver bultos sospechosos, y en la esquina de la calle, espiandola puerta de Marieta, creyó distinguir gente en acecho...

¡Allá vá! y sonó un terrible chasquido, como si se rasgara á un tiempo toda la ropa blanca de la novia; y de la esquina surgió una gruesa línea de fuégo que avanzó rápida y serpenteante con un silbido atróz, que puso los pelos de punta al buen notario.

Era un enorme cohete. ¡Vaya una broma! El notario se arrimó tembloroso á una puerta, mientras el escribiente casi caía á sus pies, y allí estuvieron los dos durante unos segundos, que les parecieron siglos, viendo con angustia cómo el petardo iba de una pared á otra como fiera enjaulada, agitando su rabo de chispas, conteniendo por tres ó cuatro veces su silbante estertor, hasta que por fin estalló en horrendo trueno.

El tío Sento habia permanecido valientemente en medio de la calle... ¡*Redéu!* ya sabía él de donde venía aquello.

—¡*Chentola indesent!*—gritó con voz ronca por la rabia.

Y agitando su enorme *gayato* avanzó amenazante como si tras la esquina fuese á encontrar al *Desgarrat* con toda la parentela de la *siñá Tomasa*.

## III

Las campanas de Benimuslín iban al vuelo desde el amanecer.

Se casaba el tío Sento, noticia que había circulado por todo el distrito, y de los pueblos inmediatos iban llegando amigos y parientes, unos á caballo en sus bestias de labranza con el sobrelomo cubierto por vistosas mantas, y otros en sus carros con sillas de cuerda atadas á los varales, en las que iba sentada toda la familia, desde la mujer con el pelo reluciente de aceite y la mantilla de terciopelo, hasta los chicos que lloriqueaban por las maternales bofetadas recibidas cada vez que atentaban á la limpieza de sus trajes de fiesta.

La casa del tío Sento era un verdadero infierno. ¡Qué movimiento! Desde el día anterior que allí no se descansaba. Las vecinas que gozaban justa fama de guisanderas, iban por el corral con los brazos remangados y el vestido prendido atrás con alfileres, mostrando las blancas enaguas, mientras que cerca de la gran higuera, algunos muchachos atizaban las hogueras de secos sarmientos.

Aquello era un matadero. El cortante del

pueblo, cuchillo en mano, les abría el gañote á las gallinas; los chicuelos dedicábanse con el mayor entusiasmo á pelar los cadáveres; revoloteaban nubes de plumas, pegándose al suelo manchado de sangre y en las vacilantes llamas tostábase la flácida piel todavía erizada de cañones, pasando después las víctimas á ser colgadas de una rama de la higuera, donde la tía Pascuala, vieja criada de la casa, con delicadezas de cirujano experto, abríalas en canal, sacando los higadillos y los ovarios, bocados exquisitos para el almuerzo de todos los ayudantes de cocina.

Daba gloria ver tan alegre agitación. Aquellas gentes que en el resto del año vivían condenadas á manejar la azada de sol á sol sin más consuelo que el tomate crudo, la sardina mohosa y el áspero bacalao, se embriagaban de grasa en la gigantesca inundación de comida. ¡Lo que hace tener dinero! Bien se estaba en una casa como aquella con todo lo que Dios cría de bueno.

Las paellas mostrábanse con la panza hollinada y las entrañas brillantes como plata, esperando el momento de chillar sobre las llamas; el arroz en sacos; los caracoles de montaña en enormes cazuelas orladas de sal, saliendo del agua para enseñar sus movibles cuernos al sol naciente; en un rincón toda una hornada de rollos, esparciendo en aquel ambiente de sangre y grasa el perfume fragante del pan caliente y tierno; las especies á libras en una caja de latón;

y de la bodega salían pellejos y más pellejos, que caían temblorosos en el suelo como cuerpos palpitantes; unos enormes, conteniendo el vino rojo para la comida, y otros más pequeños guardando el néctar de la *bota del rincón*, aquel patriarca del que se hablaba en el pueblo con respeto y que con su colorcillo claro y su corona de brillantes hacía caer al más valiente.

¿Y de dulces?... ¡Ave María! El tío Sento se había traído toda una confitería de Valencia. En sacos estaban los confites para tirar, las almendras roñosas, los canelados, todos aquellos proyectiles de azúcar y almidón, duros como balas, que habían de cubrir de chichones las cabezas de la pedigüeña chiquillería; y adentro, en el *estudi*, guardábanse las cosas finas: las tortadas cubiertas de flores de caramelo y rematadas por mariposas que temblaban sobre un alambre; los tiernos pasteles de espuma, las bandejas monumentales henchidas de frutas confitadas, todos aquellos primores que desde la puerta, pálidos de emoción y chupándose el dedo con avaricia, contemplaban los chicos de los convidados.

La fiesta prometía. El gozo reflejábse en los rostros rubicundos; en el corral se desataban los pellejos para hacer cataduras y tomar fuerzas, y por si algo faltaba, allá en la calle sonó la alegre dulzaina con escalas que parecían cabriolas. Hasta *Dimóni* estaba en la fiesta; bien decían que el novio no reparaba en gastos. Había que darle vino para que tocase mejor, y el enorme vaso iba de mano en mano desde el corral hasta la

puerta de la calle, donde *Dimóni* empinaba el codo con gravedad, dejando el sobrante á su pedado tamborilero.

Ya era hora. D. Vicente esperaba en la iglesia, las campanas habían enmudecido y toda la comitiva nupcial salió en busca de la novia; ellas con su vestido hueco y la mantilla á los ojos, y los hombres arrastrando sus recias capas azules de larga esclavina y alto cuello, que les ponía rojas las orejas.

Todo el pueblo esperaba á la puerta de la iglesia. Algunos parientes de la *siñá* Tomasa, violando la consigna de familia, estaban allí en última fila, y no pudiendo resistir la curiosidad, se empinaban pies en punta para ver mejor.

Primero, una turba de muchachos dando cabriolas en torno de *Dimóni*, que soplaba con la cabeza atrás y la dulzaina en alto, como si ésta fuese una gran nariz con la que husmeaba el cielo, y después venían los novios: él con su sombrero de terciopelo, su capa con mangas que le congestionaba el sudoroso rostro, y por bajo de la cual asomaban los pies con calcetines bordados y alpargatas finas.

¿Y ella? Las mujeres no se cansaban de admirarla. *¡Reina y siñora!* Parecía una de Valencia con la mantilla de blonda, el pañolón de Manila que con el largo fleco barría el polvo, la falda de seda hinchada por innumerables zagalejos, el rosario de nácar al puño, un bloque de oro y diamantes como alfiler de pecho y las orejas estiradas y rojas por el peso de aquellas

enormes *polcas* de perlas que tantas veces había ostentado la otra

Esto sublevaba á los parientes de la difunta.

— ¡*Lladre! ¡mes que lladre!*—rugían mirando al tío Sento.

Pero éste se metió en la iglesia con expresión satisfecha, chispeándole los ojuelos bajo las enormes cejas; y tras él desfilaron los padrinos, el alcalde con su ronda escopeta al hombro y todos los convidados sudando la gota gorda bajo el peso de las ceremoniosas capas, con grandes pañuelos de atadas puntas pasadas por el brazo y henchidos de confites que habían de tirar á la salida de la Iglesia.

Los curiosos que quedaron en la puerta miraban á la taberna de la plaza. Hacia ella se fué el dulzainero, como si le molestasen los sonidos del órgano, y allí se encontró con el *Desgarrat* y sus amigotes, lo peorcito del pueblo, gente sospechosa que bebía silenciosamente, cambiando guiños y sonrisas con los enemigos del tío Sento.

Algo se tramaba, las mujeres comentaban el caso con voz misteriosa, como si temieran que el pueblo fuese á arder por los cuatro costados.

Ya iba á salir la comitiva. ¡Gran Dios, qué batahola! Del polvo parecía surgir toda aquella chiquillería desgredada y sucia que se arremolinaba en la puerta gritando: ¡*Armeles, confits!*... mientras que *Dimóni* se aproximaba rompiendo á tocar la Marcha Real.

¡Allá va! Y el mismo tío Sento soltó como un metrallazo el primer puñado de confites que, rebotando sobre las duras testas, se hundieron en el polvo, donde los buscaba á gatas la gente menuda, mostrando al aire las sucias posaderas.

Y desde allí hasta casa de los novios, fué aquello un bombardeo; la comitiva sin cansarse de tirar confites, y la ronda del alcalde teniendo que abrir paso á patadas y palos.

Al pasar frente á la taberna, Marieta bajó la cabeza y palideció, viendo como sonreía burlescamente su marido mirando al *Desgarrat*, el cual contestó á la sonrisa con un ademán indecente. ¡Ay! Aquel condenado se había propuesto amargar su boda.

El chocolate esperaba. ¡Cuidado con atracarse! Era D. Julián el notario quien lo aconsejaba: había que pensar en que dentro de dos horas sería la gran comida. Pero á pesar de tan prudentes consejos, la gente arremetió con los refrescos, los cestos de bizcochos, los platos de dulce, y en poco tiempo quedó rasa como la palma de la mano aquella mesa que tenía alrededor más de cien sillas.

La novia mudábase de traje en el *estudi*, quedando en fresco percal, los morenos brazos casi desnudos y brillándole sobre el luciente peinado las perlas de sus agujas de oro.

El notario charlaba con el cura que acababa de llegar con gorrito de terciopelo y el balandrán á puntas. Los convidados huroneaban por el corral, enterándose de los preparativos de la

comida; las mujeres se habían puesto frescas y formaban corrillo charlando de sus asuntos de familia; correteaban los chicos en las cercanías del *estudi*, atraídos por el tesoro que encerraba, y en la puerta de la calle sonaba la incansable dulzaina de *Dimóni*, mientras que la granujería se empujaba, dándose cachetes, ó rodaba en el polvo por alcanzar los puñados de confites que venían de dentro.

Llegó el instante solemne y las *paellas* burbujeantes y despidiendo azulado humo, fueron colocadas sobre la mesa.

Los convidados se apresuraron á ocupar sus asientos: ¡vaya un golpe de vista! Lo que decía el cura con asombro: ¡ni en el festín de Baltasar! Y el notario, por no ser menos, hablaba de las bodas de un tal Camacho, que había leído en no recordaba qué libro.

La gente menuda comía en el corral.

Y allí también, en una mesita como de zapatero, estaba *Dimóni*, el cual, á cada instante enviaba el acólito á donde estaban los pellejos para que llenara el porrón.

¡Cuerpo de Dios! y qué bien lo hacía toda aquella gente. Las dentaduras, fortalecidas por la diaria comida de salazón, chocaban alegremente y los ojos miraban con ternura aquellas *paellas* como circos, en las cuales, los pedazos de pollo eran casi tantos como los granos de arroz hinchados por el substancioso caldo.

Con el pañuelo al pecho á guisa de servilleta, había bigardón que tragaba como un ogro,



mientras las mujeres hacían dengues, llevándose á la boca la puntita de la cuchara con dos granos de arroz, mostrando esa preocupación de la mujer campesina que considera como una falta de pudor el comer mucho en público.

Aquello era un banquete de señores; no se comía en la misma paella, sino en platos, y bebíase en vasos, lo que embarazaba á muchos de los comensales, acostumbrados á arrojar un mendrugo sobre el arroz como señal de que era llegado el momento de pasar el porrón de mano á mano.

La cortesía labriega mostrábase con toda su pegajosidad y falta de limpieza. Ofrecíanse de un extremo á otro del banquete un muslo tierno y jugoso, y de unos dedos á otros llegaba á su destino. Todo eran obsequios, como si cada uno no tuviese en su plato lo mismo que le ofrecían.

Marieta apenas si comía. Estaba al lado de su marido con la cabeza baja. Palidecía, contraíase su frente reflejando penosos pensamientos y miraba con alarma á la puerta de la calle como si temiera alguna aparición del *Desgarrat*.

Aquel maldito era capaz de todo. Aún le parecía oír las últimas palabras de la noche en que se despidieron para siempre. Se acordaría de él, ya que por avaricia quería casarse con el tío Sento; y ella sabía que aquel bruto con su cara de hereje era capaz de hacer algo que fuese sonado. Lo más raro era, que á pesar de sus temores, el furor del *Desgarrat* le producía cier-

4



ta inexplicable satisfacción. No había remedio; aquel maldito le *tiraba* mucho. No en balde se habían criado juntos.

La comida se animaba. Estaban ya limpias las paellas; ahora entraban los primores de la tía Pascuala y la gente acometía los pollos asados y rellenos, las fuentes enormes de lomo con tomate, toda la cocina indígena, sólida y pesada, que desaparecía en las fauces siempre abiertas de aquellos glotones.

Los graciosos alegraban la comida. El cura declaraba que ya no podía más, y el notario pellizcábale el tirante abdomen, buscando un huecuelo para convencerle de que debía llenarlo. Algunos comenzaban á estar alumbrados, y con lengua estropajosa les decían á los novios cosas que hacían guiñar los ojillos al tío Sento y enrojecer á Marieta.

Llegaron los postres con el famoso vino de la bota del rincón, y se sacaron del *estudi* las tortadas, los pastelès y las tortas finas.

Como moscas salieron del corral todos los chicuelos, con el pecho y la cara embadurnados de arroz y grasa, yendo á meterse entre las rodillas de sus madres, sin quitar ojo de los postres tentadores.

Marieta púsose en pie con un plato en la mano, y comenzó á dar vuelta á la mesa. Había que regalar algo á la novia para alfileres; era la costumbre. Y los parientes del novio á quienes convenía estar en buenas relaciones, dejaban caer sobre el redondel de loza la media onza ó

la dobleta fernandina, monedas relucientes y frotadas con anticipación para que perdiesen la negra patina adquirida en largo encierro.

—*¡Pera agulletes!*—decía Marieta con vocecita mimona.

Y era un gozo ver la lluvia de oro que caía sobre el plato. Todos dieron; hasta el notario, que soltó cinco duros pensando en que ya se la vengaría al presentar la cuenta de honorarios, y el cura, que con gesto de dolor sacó dos pesetas alegando como excusa la pobreza de la iglesia por culpa del liberalismo. ¡Ah, si mandasen los suyos!...

Marieta, abriendo el amplio bolsillo de su falda, vació el plato con un alegre retintín que regocijaba el oído.

La cosa marchaba. Hablaban todos á un tiempo, y la gente deteníase en la calle para admirar la alegría de los convidados.

Aquel vinillo claro, coronado de brillantes, surtía efecto. Todos querían brindar.

—*¡Bomba... bombaa!*—aullaban los más alegres.

Y se ponía en pie un socarrón, vaso en mano, y después de mirar á todos lados con sonrisa maliciosa que prometía mucho, rompía así:

*Brindo y bebo*

*y quedo convidao para aluego.*

Todos, á pesar de que este chiste lo oyeron ya á sus abuelos, acogíanle con grandes risotadas, y gritaban palmoteando:—*¡Vitor... vítooor!*

Y tras esta muestra de ingenio venían otras,

todas ellas tan rancias, no faltando quien se lanzaba á improvisar cuartetos rabudas en honor de los novios.

El notario estaba en su elemento. Aseguraba que el tío Sento acababa de pellizcarle por debajo de la mesa creyendo que sus piernas eran las de Marieta; hablaba de la próxima noche de un modo que hacía ruborizar á las jóvenes y sonreír á las madres, y el cura, alegrillo y con los ojos húmedos y brillantes, intentaba ponerse serio murmurando bonachonamente.

—¡Vamos, D. Julián! Orden, que estoy aquí.

El vino hacía revivir la brutalidad de los comensales. Gritaban puestos en pie, derribando con sus furiosos manoteos botellas y vasos; cantaban acompañados por la dulzaina de *Dimóni*, á cuyo són saltaban en el corral algunas parejas, y al fin, instintivamente, dividiéronse en dos bandos y de un extremo á otro de la mesa comenzaron á arrojarse puñados de confites con toda la fuerza de sus poderosos brazos, acostumbrados á luchar con la ingrata tierra y las tozudas bestias de carga.

¡Qué divertido era aquello! El tío Sento reía muy complacido, pero el cura huyó con las mujeres á refugiarse en el *estudi*, y el notario se ocultó debajo de la mesa.

Caían los cristales de las alacenas hechos añicos; quebrábanse los vasos; un ruido de tiestos sonaba continuamente, y los campeones se enardecían hasta el punto de que no encon-

trando confites á mano, se arrojaban los restos de bizcocho y los fragmentos de platos.

—*Prou; ya teniu prou,*—gritaba el tío Sento cansado de sufrir golpes.

Y en vista de que le desobedecían púsose en pie y á empellones los echó al corral, donde los enardecidos mozos continuaron la fiesta, arrojándose proyectiles menos limpios.

Entonces fué cuando las mujeres volvieron al banquete con el asustado cura. ¡*Reina y señora!* aquello no estaba bien. Era un juego de brutos. Y se dedicaron á auxiliar á los descalabrados, que se limpiaban la sangre sonriendo, sin cesar de decir que se habían divertido mucho.

Volvieron á sentarse todos á la revuelta mesa, en la cual el vino derramado y los residuos de la comida formaban repugnantes manchas.

Pero allí no se ganaba para sustos, y algunas respetables matronas saltaron de sus asientos, afirmando entre chillidos medrosos que algo iba por debajo de la mesa que las pellizcaba las abultadas pantorrillas.

Eran los chicos que, no ahitos de confites, buscaban á gatas los residuos de la batalla.

¡Qué granujería tan endemoniada! ¡*Pachets... fòra... fòra..!*

Y á coscorrones fué expulsada aquella invasión de desvergonzados buscadores.

Pues señor, bien iba la boda. Había que reconocer que la gente se divertía.

Y fuera, gangueaba la dulzaina, haciendo locas cabriolas, como si estuviera contagiada de aquel regocijo tan brutal como ingenuo.

## IV

A las diez de la noche quedaba ya poca gente en casa de los novios.

Desde el anochecer, que comenzaron á salir del establo los carritos y las caballerías enjaezadas. La mayoría de los convidados emprendían el regreso á sus pueblos, cantando á grito pelado y deseando á los novios una noche feliz.

Los de Benimuslín se retiraban también, y en las obscuras calles veíase á más de una mujer tirando trabajosamente del vacilante marido, que era incapaz de excesos en los días normales, pero que en una fiesta se ponía alegre como cualquier hombre.

La vieja tartana del notario saltaba sobre los baches del camino, dormitando D. Julián con las gafas en la punta de la nariz y dejando que guiase su escribiente, á pesar de que éste se sentía tan trastornado como su principal.

Ya no quedaban en la casa más que los padres de Marieta y algunos parientes.

El tío Sento mostraba impaciencia. Cada mochuelo á su olivo. Después de un día tan agitado, ya era hora de dormir. Y bajo las enormes cejas, brillábanle los ojuelos con expresión ansiosa.

—¡Adiós, filla mehua!—gritaba la madre de Marieta.—¡Adiós!...

Y lloraba abrazándose á su hija como si la viera en peligro de muerte.

Pero el padre, el viejo carretero que llevaba media bodega en la panza, protestaba con lengua torpe y socarrona indignación: ¡Redeu! No parecía sino que á la chica la habían sentenciado y la llevaban al *carafalet*. Vamos, hombre, que era cosa de caerse de risa. ¿Tan mal le había ido á la madre cuando se casó?

Y empujaba á su vieja para desasirla de Marieta, que también derramaba lágrimas; y entre suspiros y gimoteos fueron hasta la puerta que cerró el tío Sento, pasando después los cerrojos y la cadena.

Ya estaban solos. Arriba en el granero dormía la tía Pascuala; en la cuadra se acostaban los criados; pero en el piso bajo, en la parte principal de la casa, sólo estaban ellos entre los desordenados restos del banquete y á la luz vacilante de un velón monumental.

Por fin, ya la tenía: allí estaba sentada en una poltrona de esparto, encogiéndose como si quisiera achicarse hasta desaparecer.

El tío Sento estaba intranquilo, y en la vehemencia de su pasión senil no sabía que decir: ¡Recordóns! no le había ocurrido lo mismo cuando se casó con Tomasa. Lo que hace la edad.

Por algo tenía que empezar, y rogó á Marieta que entrase en el *estudi*. ¡Pero, bonita era la



chica! ¡Criatura más terca y arisca no la había visto el tío Sento!

No; ella no se meneaba; no entraba en el *estudi* aunque la matasen; quería pasar la noche en aquel sillón.

Y cuando el novio intentaba acercarse, replegábase medrosica como un caracol, faltándole poco para hacerse su ovillo sobre el asiento de cuerda.

El tío Sento se cansó de tanto rogar. Bueno; ya que ese era su capricho, que pasase buena noche.

Y agarrando rudamente el velón se metió en el *estudi*.

Marieta tenía un horror instintivo á la obscuridad. Aquella casa grande y desconocida, la causaba miedo; creyó ver en la sombra la cara ancha y pecosa de la *siñá* Tomasa, y trémula, con paso precipitado, creyendo que alguien la tiraba de la falda, se metió en el *estudi* siguiendo á su marido.

Ahora se fijaba en aquella habitación, la mejor de la casa, con su sillería de Vitoria, las paredes cubiertas de cromos religiosos con apagadas lamparillas al frente y sus colosales armarios de pino para la ropa.

Sobre la ventruda cómoda, con agarraderas de bronce, elevábase una enorme urna llena de santos y de flores ajadas; rodeábanla candelabros de cristal con velas amarillas, torcidas por el tiempo y moteadas por las moscas; cerca de la cama la pililla de agua bendita, con la palma

del Domingo de Ramos, y junto á ellas, colgando de un clavo, la escopeta del tío Sento; un mosquetón con dos cañones como trabucos, cargados siempre de perdigón gordo por lo que pudiera ocurrir.

Y como suprema muestra de magnificencia, como complemento del mueblaje, aquella cama famosa de la *siñá* Tomasa, complicada fábrica de madera tallada y pintada, ostentando en la cabecera media corte celestial, y con un monte de colchones, cuya cima cubría el rojo damasco.

El marido sonreía satisfecho de su triunfo.

¿No veía ella como por fin entraba? Debía obedecerle siempre y no ser tonta. Él sólo deseaba su bien, por lo mismo que la quería mucho.

El viejo, á pesar de su rudeza, decía esto con expresión dulzona, como si aún tuviera en su boca algún confite de la comida, y extendiendo las manos con audacia.

—*Estigas quiet*—decía Marieta con voz sofocada por el miedo.—*No s'acoste.*

Y mudaba de sitio huyendo de su marido. Iba de una parte á otra, mirando con ansiedad las paredes, como si esperara ver en ellas un agujero, algo por donde poder escapar.

Si no sintiera tanto miedo en la obscuridad, pronto hubiera abierto la puerta del *estudi*, huyendo de aquella lucha insostenible.

El tío Sento la concedía una tregua é iba desnudándose con resignada calma.

—*Pero qué tonta eres,*—decía con entonación filosófica.

Y repetía la frase un sinnúmero de veces, mientras se quitaba las alpargatas y los pantalones de pana, desliándose la negra faja para que el vientre recobrase su hinchada elasticidad.

Oyóse á lo lejos el reloj de la iglesia dando las once.

Era ya hora de acabar aquella situación ridícula; ¿se acostaba Marieta, sí ó no?

Y el tío Sento hizo con tal imperio la pregunta, que la novia, levantóse como un autómeta volvió su rostro á la pared y comenzó á desnudarse con lentitud.

Quitóse el pañuelo del cuello, y después, tras largas vacilaciones, el corpiño fué á caer sobre una silla.

Quedó al descubierto el ceñido corsé de deslumbrante blancura, con arabescos rojos; y más arriba, la morena espalda de tonos calientes como el ámbar, cubierta de una suave película de melocotón sazonado y rematada por la cerviz de adorable redondez, erizada de rizados pelillos.

Aproximábase el tío Sento cautelosamente, moviéndose al compás de sus pasos el blanducho y enorme abdomen. No debía ser tonta: él la ayudaría á desnudarse.

E intentaba meterse entre ella y la pared para verla de frente y apartar aquellos brazos cruzados con fuerza sobre el exuberante y firme pecho, oprimido por las ballenas del corsé.

—*¡No vullc! ¡no vullc!*—gritaba con angustia la muchacha.—*¡Apartes d' ahí!... ¡Fuixca!*

Con fuerza inesperada empujó aquella audaz panza que la cerraba el paso, y siempre ocultando su pecho, fué á refugiarse entre la cama y la pared.

El tío Sento se amoscaba. Aquello ya pasaba de broma, y él no se sentía capaz de contemplaciones.

Fué á seguir á Marieta en su escondrijo, pero apenas se movió, *¡redeu!* parecía que el pueblo se venía abajo, que la casa era asaltada por todos los demonios del infierno, ó que había llegado el juicio final.

Vaya un estrépito. Eran latas de petróleo golpeadas á garrotazo limpio; cabezones agitando sus innumerables cascabeles; enormes matracas y grandes cencerros sonando todos á un tiempo, y al poco rato disparáronse cohetes que silbaban y estallaban junto á la reja del *estudi*. Por las rendijas de las maderas penetraba un resplandor rojizo de incendio.

Adivinaba él lo que era aquello y á quién lo debía. Si la pena fuera un *sou*, si no hubiese presidio para los hombres, ya arreglaría él á aquella pillería.

Y juraba y pateaba despejado ya de su fiebre amorosa, sin acordarse de Marieta que, asustada al principio por el infernal estrépito, lloraba ahora, creyendo que sus lágrimas podían arreglarlo todo.

Ya se lo habían dicho sus amigas. Se casaba con un viudo y tendría cencerrada.

¡Pero qué cencerrada, señores! Era en toda regla, con coplas alusivas que la gente celebraba con carcajadas y relinchos, y cuando cesaba momentáneamente el estrépito de latas y cencerros, sonaba la dulzaina con sus gangueos burlones, y una voz acatarrada que conocía Marieta (¡vaya si la conocía!), hablaba de la vejez del novio, de lo *carasera* que había sido la novia, y del peligro en que estaba el tío Sento de ir al día siguiente al cementerio si quería cumplir su obligación.

—¡*Morrals!* ¡*Indesens!*—rugía el novio é iba loco por el *estudi* manoteando como si quisiera exterminar en el aire aquellas coplas que venían de fuera.

Pero una malsana curiosidad le dominaba. Quería ver quiénes eran los guapos que se atrevían con él, y de un bufido apagó el velón, abriendo después un ventanillo de la reja.

La calle entera estaba ocupada por el gentío. Algunos haces de cáñamo seco ardían con rojiza llama, y su resplandor de incendio abarcaba el corro principal de la cencerrada, dejando en la obscuridad el resto de la muchedumbre.

Allí estaban los autores. El *Desgarrat* al frente y toda la parentela de la *siñá* Tomasa. Pero lo que más indignaba al tío Sento era que estuviese allí *Dimóni* acompañando con su dulzaina las indecentes coplas, cuando el muy ladrón había recibido horas antes dos duros como dos soles por su trabajo en la boda. ¡Y cómo se reía aquel hereje cada vez que su amigo el *Desgarrat* cantaba una desvergüenza!

Había para hacer un disparate.

Lo que más alteraba al tío Sento, aunque él se lo callase, era ver que aquel insulto á su persona lo presenciaba medio pueblo, los mismos que antes le temían ó le buscaban humildes implorando su favor. Su estrella se eclipsaba. Todos le perdían el respeto después de su calaverada casándose con una chica.

Despertábase su soberbia de hombre rudo acostumbrado á imponer su voluntad, y temblaba de pies á cabeza ante los feroces insultos.

Conformábase con el ruido: que golpeasen cuanto quisieran, pero que no cantase aquel perdido, pues sus coplas le aglomeraban la sangre á los ojos.

Pero el *Desgarrat* era infatigable; la gente acogía las coplas con aullidos de entusiasmo, y el viejo, ya trastornado, se hacía atrás como si en la obscuridad del *estudi* fuese á buscar algo.

Aún permaneció en el ventanillo viendo cómo la multitud abría paso á algunos amigos del *Desgarrat* que conducían en hombros un objeto largo y negro.

—¡Gori, gori, gori!—aullaba la multitud, parodiando el canto de los entierros.

Y el novio vió pasar en la punta de un palo, á guisa de guión, unos cuernos enormes, leñosos y retorcidos, y después un ataúd, en cuyo fondo descansaba un monigote con dos grandes marañas de pelo en el lugar de las cejas.

¡Cristo, aquello era para él! Ya se atrevían

á lanzarle en el rostro aquel apodo de *sellut* que nadie habia osado proferir en su presencia.

Rugió apartándose del ventanillo, buscó á lo largo de la pared á tientas en la obscuridad, algo apoyó en su rostro contraído por la rabia y sonaron dos truenos que hicieron parar en seco la ruidosa cencerrada.

Había tirado á ciegas, pero tal era su deseo de matar, que hasta estaba seguro de haber acertado.

Se apagaron las rojas antorchas, oyóse el rumor de la gente que huía apresurada y algunas voces gritaban desde la calle.

—¡Pillo... asesino!; el *Sellut* es. *Asomat*, *granuja*.

Pero el tío Sento nada oía. Estaba plantado en medio del *estudi* como asombrado de lo que habia hecho, con la caliente escopeta quemándole las manos.

Marieta, poseída de pasmo, gimoteaba en el suelo. Su estertor ansioso era lo único que oía él, y dirigiendo su furia á lo que más cerca tenía, murmuraba con ferocidad:

—¡Calla... cordóns!... ¡Calla ó te mate á tí!...

El tío Sento no salió de su estupor, hasta que golpearon rudamente la puerta de la calle.

—¡Abran á la Guardia civil!

Debían estar levantados los criados desde mucho antes, pues la puerta se abrió, acercándose al *estudi* el ruido de culatas y zapatos claveteados.

Cuando el tío Sento salió á la calle entre los

dos guardias, vió el cadáver del *Desgarrat* hecho una criba. No se había perdido un perdigón.

Los compañeros del muerto amenazáronle de lejos con sus navajas; hasta *Dimóni*, tambaleando por el vino y la emoción, le apuntaba fieramente con su dulzaina; pero él nada veía, y se alejó cabizbajo, murmurando con amargura:

—¡*Bonica nit de novios!*



## LA CAPERUZA

---

**V**IVÍA yo entonces en el piso segundo, y tenía por vecino en el primero á don Andrés García, fiscal de profesión, figura arrogante, con muchas canas en la barba, el más buen mozo de cuantos vestían toga con vuelillos en la Audiencia; un hombre, en fin, que realizaba en su físico ese ideal de la justicia majestuosa é imponente.

Todas las tardes, al bajar la escalera, oía los mismos gritos á través de la puerta:—*¡Pilín!*... *¡vida mía!*..... *¡rey de los pillos!*..... *¡ven aquí, príncipe de Asturias!*

Era la familia, que se entregaba en cuerpo y alma al culto de su ídolo. El fiscal, que acababa de llegar hambriento, anodado por sus derroches de elocuencia que enviaban gente á presidio, abrazaba á su mujer, y ambos reían y gritaban como unos locos en torno de la niñera, que mantenía en sus brazos al tirano de la casa, al único señor, á *Pilín*, un granuja que apenas

tenía un año y á quien bastaba un leve grito para que los padres palidiesen de inquietud y las criadas corrieran aturdidas, no sabiendo cómo cumplir á un tiempo tantas órdenes contradictorias.

¡Vaya un matrimonio especial! La mujer era casi una niña, una señorita algo boba que aún no había salido de su asombro al verse madre. Miraba á su marido con respeto; era tímida, de carácter ductil, y como siempre sucede en los matrimonios desiguales por la edad, donde la amistad suple al amor, D. Andrés era padre y esposo á un tiempo, cuidando tanto de la madre como del niño.

Lo único que sacaba de su apatía característica á la joven señora era el pequeñín, juguete raro, al que amaba con pasión inextinguible y que no se parecía á ninguno de los que formaban sus delicias cinco ó seis años antes. Mucho le había costado. En su memoria, donde se borraban las cosas con facilidad, quedaba aun brumoso y sombrío, el recuerdo de aquellos tres días de tormento, de espantoso potro, de susto y sorpresa más que de dolor, con la casa alborotada por sus berridos y el marido sudoroso, jadeante con los lentes inseguros, preparando medicinas y riñendo por torpes á las criadas. Pero ya todo había pasado, no volvería más, no señor: ella lo aseguraba con una firmeza cándida que hacía reír; y ahora, en premio á sus tormentos, tenía al lindo monigote, aquel bebé de carne y hueso, á quien todos en la casa

llamaban *Pilín*, por bautizarle con tan extravagante nombre la rústica niñera, una criadita cerril que, en opinión de algunos, la habían cazado con lazo en las montañas de Chelva.

Por las mañanas, cuando el señor estaba en la Audiencia salvando la sociedad á fuerza de oratoria indignada, la mamá se entretenía con *Pilín*, dando rienda suelta á sus aficiones de colegiala traviesa, que la maternidad no había extinguido. Madre é hijo tenían moralmente la misma edad. *Pilín* pataleaba como un gatito panza arriba sobre la alfombra del salón, mostrando sus rosadas desnudeces, lanzando aullidos á falta de palabras, diciendo sin duda en el misterioso lenguaje de la lactancia, que su mamá era una loca; y ella, ajando sus vestidos lujosos, que se llevaban la mitad de la paga del fiscal, moviendo grotescamente su linda cabezita despeinada, andaba á gatas en torno del bebé, hacía el perro para asustarle y si sus gracias arrancaban una risita al mimado príncipe de Asturias, entonces llegaba á la demencia de su borrachera cariñosa, se arrojaba sobre él, le agarraba la cabezota enorme cubierta de pelillos rubios, su *bola de oro*, según ella decía, y cuando *Pilín* gimoteaba próximo á la sofocación, la caricia bajaba, tibia, cariñosa, y la infantil señora, con tanta unción como si adorase la santa faz, besuqueaba furiosa las nalgas de rosa del muñeco, con esa fuerza de estómago que sólo tienen las madres.

¿Y él?... Estaba sublimemente ridículo en la

adoración de aquel monigote que le llegaba á los cuarenta y cinco bien cumplidos. La mamá y el niño salían á recibirle en la escalera y los vecinos veíamos cómo después de comerse á besos á *Pilín*, se lo echaba al hombro y se metía dentro, andando con majestad, como un San Cristóbal, con chistera y lentes. ¡Y pensar que por bajo del bigote aun le revoloteaban la *vindicta pública*, la *espada vengadora de la ley*, la *acusación justa*... todas las palabrotas con que regalaba veinte años de presidio al primero que caía bajo su mirada iracunda de acusador!

Los periódicos se hacían lenguas de su elocuencia, de la lógica con que formulaba sus acusaciones, pero él así hacía caso de tales elogios, como si fuesen dirigidos al Gran Turco. La fama le preocupaba poco; lo único que le enorgullecía era ser padre de *Pilín*, y que su mujer, que antes era tan poquita cosa, tuviese unos pechos abultados, fuertes, siempre llenos, y la abnegación bastante rara de criar á su hijo.

Salía poco de casa. Los autos y *Pilín* le absorbían y por las mañanas tenía que hacer un penoso esfuerzo para entregar el niño á la mamá y marcharse á la Audiencia... ¡Qué ministros los de Justicia! De seguro que no eran padres. Porque, vamos á ver, ¿qué perdería la magistratura con que él llevase á *Pilín* á la Sala, sentándolo á su lado para que presenciase los triunfos del papá?

Las noches eran terribles para D. Andrés. Los pisos de cartón y tabiques de papel que fa-

brica la moderna arquitectura, nos permitían á los vecinos oír sus paseos desesperados, las cancioncillas á media voz con que intentaba aplacar á aquel granuja que llevaba en brazos, sonriente de día, pero malhumorado de noche, y con el especial gusto de que nadie durmiera en la casa. ¡Pobre D. Andrés! Recordando murmuraciones de las criadas, me lo imaginaba dando vueltas por el salón, en camisa, las piernas desnudas, los piés en pantuflos, y, á pesar de todo, grave y digno, luciendo su barba de apóstol y los brillantes lentes con la misma majestad que cuando, cruzándose la toga sobre el pecho, se sentaba en el terrible banco. Y en vez de reirme infundíame respeto la santa paciencia de aquel hombre, que se veía padre cuando ya caminaba hacia la vejez y que para aplacar al energúmeno que llevaba en brazos, pasaba la noche cantando cancioncillas con voz de falsete y recordando las óperas oídas cuando estudiante, mientras la señora roncaba cara á la pared.

Pero en cambio de día aquello era gozar. Ninguno de sus ascensos le había producido tan profunda impresión como las monadas de su hijo. Cuando *Pilín* contraía con una sonrisa su carita, marcando los adorables hoyuelos de sus carrillos, D. Andrés lo conmovía todo con sus carcajadas de gigante bondadoso, y si el chiquitín lanzaba uno de sus rugidos de alegría que parecían el grito de guerra de un apache, el respetable fiscal saltaba y chillaba como un loco.

Y luego qué gusto aquello de sentirse en la barba las trémulas manecitas que tiraban tercamente de los pelos, y qué dulces estremecimientos se sentían al acariciar la cabezota peliblanca que latía por entre los huesos tiernos y mal unidos...

Aquello era una borrachera de cariño, una idolatría molesta para las criadas, pues menudeaban las órdenes:—A ver, cierre usted pronto ese balcón, no se constipe el niño.—Cuidado, muchacha, que puede caerse el señorito.

En aquella casa no se vivía más que para ser esclavo del dichoso señorito. Antes una mota de polvo en la mesa del despacho ponía furioso á D. Andrés, y ahora los alguaciles, al recoger los autos, tropezaban con algún zapatito tamaño como cáscara de nuez, y hacían muecas ante ciertas manchas sospechosas en los respetables folios.

Porque, eso sí; el monigote, alentado por la servidumbre de sus mayores, era un terrible anarquista, un demoledor de lo existente, que reía como un bandido cuando lograba ofender con el más atroz de los insultos á la justicia humana. No lo entraban en el despacho y lo ponían en la mesa, sin que hiciera de las suyas, y mientras el padre, embobado y con la pluma en alto, le hablaba cual si pudiera entenderle, él sonreía hipócritamente, y mientras tanto, ¡zás! lanzaba por bajo una ruidosa protesta que inutilizaba algún escrito de conclusiones en que el papá amontonaba párrafos de estilo elevado,

pidiendo garrote vil para cualquier enemigo de la sociedad. Y no había medio de enfadarse de veras. Ponía el grito en el cielo ante aquella ofensa irreparable que arrojaba *indeleble* mancha sobre el ministerio fiscal; echaba del despacho á la madre y al hijo, acusándola á ella del atentado, pero á los pocos minutos ya estaba allí la señora riendo como siempre, con el *Pilín*, grotescamente disfrazado. Aquella cabeza de chorlito adoraba la boquita de viejo de su nene, decía que al reir tenía cierto aire de payaso y encontraba diversión enharinándole la carita con los polvos de su tocador y encasquetándole en la cabeza un cucurucho de papel, una caperuza de mágico prodigioso. No caía en sus manos pliego de papel de oficio que no lo convirtiese en caperuza para *Pilín*, y era de ver el coro de carcajadas que estallaba en el despacho ante el puntiagudo cucurucho. Reía la madre su invención, tantas veces repetida, acompañábala el fiscal con sus carcajadas ruidosas y hasta *Pilín* lanzaba chillidos muy satisfecho de su fachita grotesca.

Pero no eran todo alegrías para D. Andrés. Felicitábanle muchas veces por sus triunfos de orador, por aquellos elogios de la prensa.

—¡Ah! sí.... los periódicos—contestaba con distracción.—Hombre, á propósito. Esta mañana hablaban de la difteria. ¿Sabe usted los estragos que hace esa pícara? ¡Qué cosa más terrible para los niños!

Lo decía de un modo que no daba lugar á

dudas. ¡Ah! Si la tal difteria se personalizase, si se convirtiera en un sér de carne y hueso y la viera él en el banquillo de los acusados... no tendría frío con lo que la tiraría encima.

La terrible enfermedad debió ofenderse por los malos pensamientos de D. Andrés, y un día ¡cataplum! metióse por las puertas del principal y su primer anuncio fué apretarle la garganta á *Pilín*.

¡Gran Dios! Aquello fué una catástrofe que lo revolvió todo instantáneamente; algo semejante á la explosión de una bomba, al incendio de un buque, donde todos corren azorados por el peligro, sin saber qué hacer.

Vosotros, infelices, que vestidos de paño pardo arrastráis una cadena en Ceuta y se os abren las carnes al recordar las terribles palabras de aquel que os acusaba, hubierais sentido asombro al ver al hombre austero como la ley, inquebrantable como el castigo, indignado como la venganza, pálido ahora, nervioso, pasando las noches inclinado sobre una cuna, estremeciéndose ante una respiración ronca, asfixiada, ocultándose en los rincones para quitarse los lentes y pasarse las manos por los ojos, gritando con acento desesperado:—*¡Pilín... hijo mío, no te mueras!*

Pero por malos que seáis, no hubierais gozado con la caída del hombre inexorable, al verle después sombrío, reconcentrado, ante la misma cuna cubierta de flores blancas, pasando la mano temblorosa sobre la pálida frente de



*Pilín*, helada con ese frío especial que sube por el brazo hasta el corazón, y mirando de vez en cuando al cielo con expresión desesperada, como si por allá arriba anduviese algún prófugo contra el que preparaba la más terrible de las acusaciones.

¡Pobre *Pilín*! ¿Qué has hecho? No más caperuzas; ya no te burlarás de la ley lanzando tu ruidosa protesta sobre la vindicta pública; tu eterna cuna será esa cajita blanca, coquetona, acolchada como una bombonera, que tu padre mira con ganas de deshacerla de una patada; ya no tendrás quien te acaricie la fina piel, quien besuquée la redonda faz con que escupías á la justicia; tu esclava está ahora mirando la pared con fijeza estúpida, abiertos los ojos como platos, con el asombro y el temor de una niña que ve romperse entre sus manos el más lindo juguete.

Bien emprendes tu viaje. Tu padre te coloca sobre el almohadillado de esa blanca barqui-lla que va á conducirte á lo desconocido; y partes indiferente sin que te hagan estremecer las lágrimas, que resbalando tras unos lentes caen sobre tu piel, ni te conmuevan los alaridos de alguien que allá dentro da de cabeza contra las paredes.

En la calle suenan los cánticos de la parroquia; los señores del margen, escuadrón grave, estirado, de negra ropa y brillante sombrero, te ven pasar con la indiferencia del que está acostumbrado á sucesos más graves, y emprendes la

marcha sobre los hombros de cuatro chicos reclutados en las porterías de la vecindad, que expresan su dolor hurgándose las narices con la mano que les queda libre.

Ya está lejos tu casa, los estados donde imperabas como reyecillo absoluto; ahora sólo te quedan la compasión oficial, los lamentos de buena educación, ese cortejo imponente y negro que te abandona en las afueras satisfecho de haber cumplido con el compañero charlando un rato de sus asuntos, mientras seguía tu blanco nido, y nosotros, los de última fila, los que veíamos un instante tu carita al subir la escalera y pensamos ahora con tristeza que no nos desvelará más tu nocturno lloriqueo.

¡Adiós, *Pilín!* Desapareces en un hueco de esa tétrica anaquelera donde quedan almacenados y con rótulo los infinitos productos de la muerte. ¡Dí adiós á todo! Al caliente salón donde te revolcabas panza arriba, á la mamá loca en sus expansiones, al padre que habrías hecho bailar de cabeza á tener tú gusto en ver de tal modo á un representante de la más cruel y respetable de las profesiones. Viniste para mostrar lo frágil de la comedia humana, para hacer ver que dentro de un acusador terrible hay siempre un hombre, y ahora, diablillo encantador, te vas satisfecho de tu triunfo. La noche que se acerca será tu madre; ¡adiós, tibias caricias! tu piel de raso tan adorada, ya no tendrá más besos que los del viento y la lluvia...

Por la noche entré en casa de mi vecino. La

señora estaba adentro, en el salón, rodeada de sus amigas, ahogando con sus gemidos furiosos las frases hechas y los consuelos de encargo con que la abrumaban.

El, estaba en el despacho con la cabeza entre los puños, mirando fijamente con sus ojos de míope enrojecidos y amoratados, un cucurucho de papel arrugado, la última caperuza de *Pilín* arrojada casualmente sobre la mesa. El hueco del embudo era siniestro. Tenía la misma expresión de fúnebre vacío que se notaba en la casa, libre de aquel monigote que lo llenaba todo con sus gritos; hacía recordar la abultada cabeza peliblanca, la *bola de oro* que la muerte se había tragado.

Me escuchó distraído; no tengo la seguridad de que llegara á enterarse de mis palabras. De pronto le ví extender su mano automáticamente y encasquetarse la caperuza en el codo, como si sintiera horror al vacío que mostraba el cucurucho.

¡Qué grotesco era aquello! Las barbas de apóstol, la mirada vaga y extraviada y la puntiaguda caperuza por remate. Verdaderamente era ridículo.... tan ridículo, que yo sentía un nudo en la garganta, y varias veces me froté los ojos para impedir que brotara algo.

---



## NOCHE DE BODAS

---

### I

**F**UÉ aquel jueves, para Benimaclet, un verdadero día de fiesta.

No se tiene con frecuencia la satisfacción de que un hijo del pueblo, un arrapiezo, al que se ha visto corretear por las calles descalzo y con la cara sucia, se convierta tras años y estudios en todo un señor cura: por esto pocos fueron los que dejaron de asistir á la primera misa que cantaba Visantet, digo mal, don Vicente, el hijo de la *siñá* Pascuala y el tío Nelo, conocido por *el Bollo*.

Desde la plaza, inundada por el tibio sol de primavera, en cuya atmósfera luminosa moscas y abejorros trazaban sus complicadas contradan-  
zas brillando como chispas de oro, la puerta de la iglesia, enorme boca por la que escapaba el vaho de la multitud, parecía un trozo de negro

cielo, en el que se destacaban como simétricas constelaciones los puntos luminosos de los cirios.

¡Qué derroche de cera! Bien se conocía que era la madrina aquella señorona de Valencia, de la que los *Bollos* eran arrendatarios, la cual había costado la carrera del chico.

En toda la iglesia no quedaba capillita ni hueco donde no ardiesen cirios; las arañas cargadas de velas centelleaban con irisados reflejos, y al humo de la cera uníase el perfume de las flores que formaban macizos sobre la mesa del altar, festoneaban las cornisas y pendían de las lámparas en apretados manojos.

Era antigua la amistad entre la familia de los *Bollos* y la *siñá* Tona y su hija, famosas floristas que tenían su puesto en el mercado de Valencia, y nada más natural que las dos mujeres hubiesen pasado á cuchillo su huerto, matando la venta de una semana para celebrar dignamente la primera misa del hijo de la *siñá* Pascuala.

Parecía que todas las flores de la vega habían huído para refugiarse allí, empujándose medrosicas hacia la bóveda. El Sacramento asomaba entre dos enormes pirámides de rosas y los santos y ángeles del altar mayor aparecían hundidos hasta el dorado vientre en aquella nube de pétalos y hojas que, á la luz de los cirios, mostraban todas las notas de color, desde el verde esmeralda y el rojo sanguíneo, hasta el suave tono del nácar.

Aquella muchedumbre que estrujándose olía

á lana burda y sudor de salud, sentíase en la iglesia mejor que otras veces y encontraba cortas las dos horas de ceremonia.

Acostumbrados los más de ellos á recoger como oro los nauseabundos residuos de la ciudad, á revolver á cada instante en sus campos los estercoleros, en los cuales estaba la cosecha futura, su olfato estremecíase con intensa voluptuosidad, halagado por las frescas emanaciones de las rosas y los claveles, los nardos y las azucenas, á las que se unía el oriental perfume del incienso. Sus ojos turbábanse con el incesante centelleo de aquel millar de estrellas rojas, y les causaba extraña embriaguez el dulce lamento de los violines, la grave melopea de los contrabajos, y aquellas voces que desde el coro, con acento teatral, çantaban en un idioma desconocido, todo para mayor gloria del hijo del *Bollo*.

La muchedumbre estaba satisfecha. Miraba la deslumbrante iglesia como un palacio encantado que fuese suyo. Así, entre músicas, flores é incienso, debía estarse en el cielo, aunque un poco más anchos y sudando menos.

Todos se hallaban en la casa de Dios por derecho propio. Aquel que estaba allí arriba sobre las gradas del altar, cubierto de doradas vestiduras, moviéndose con solemnidad entre azuladas nubecillas y á quien el predicador dedicaba sus más tonantes períodos, era uno de los suyos, uno más que se libraba del rudo combate con la tierra para hacer concebir incesantemente á sus cansadas entrañas.

Los más, le habían tirado de la oreja por ser mayores; otros, habían jugado con él á las chapas, y todos le habían visto ir á Valencia á recoger estiércol con el capazo á la espalda, ó arañar con la azada esos pequeños campos de nuestra vega que dan el sustento á toda una familia.

Por esto su gloria era la de todos; no había quien no creyese tener su parte en aquel encumbramiento, y las miradas estaban fijas en el altar, en aquel mocetón fornido, moreno, lustroso, resto viviente de la invasión sarracena, que asomaba por entre níveos encajes sus manazas nervudas y vellosas, más acostumbradas á manejar la azada que á tocar con delicadeza los servicios del altar.

También él, en ciertos momentos, paseaba su mirada con expresión de ternura por aquel apiñado concurso. Sentado en sillón de terciopelo, entre sus dos diáconos, viejos sacerdotes que le habían visto nacer, oía conmovido la voz atronadora del predicador ensalzando la importancia del sacerdote cristiano y elogiando al nuevo combatiente de la fe que con aquel acto entraba á formar parte de la milicia de la Iglesia.

Sí; ese era él: aquel día se emancipaba de la esclavitud del terruño, entraba en ese mundo poderoso que no repara en orígenes; escala accesible á todos, que se remonta desde el misero cura hijo de mendigos, al Vicario de Dios; tenía ante su vista un porvenir inmenso, y todo



lo debía á sus protectores, á aquella buena señora obesa y sudorosa, bajo la mantilla de blonda y el negro traje de terciopelo, y á su hijo, al que el celebrante por la costumbre de humilde arrendatario había de llamar siempre el señorito.

Los peldaños del altar mayor que le elevaban algunos palmos sobre la muchedumbre, percibíalos él en su futura vida, como privilegio moral que había de realzarle sobre todos cuantos le conocieron en su humilde origen. Los más generosos sentimientos le dominaban. Sería humilde, aprovecharía su elevación para el bien; y envolvía en una mirada de inmenso cariño á todas las caras conocidas que estaban abajo, veladas por el intenso vaho de la fiesta; su madrina, el tío *Bollo* y la *siñá* Pascuala que gimeaban como unos niños con la nariz entre las manos, y aquella Toneta, la florista, su compañera de infancia, excelente muchacha que erguía con asombro la soberbia cabeza de belleza rifeña, como si no pudiera acostumbrarse á la idea de que Visantet, aquel mozo al que trataba como un hermano, se había convertido en grave sacerdote con derecho á conocer sus pecadillos, y á absolverla.

Continuaba la ceremonia. El nuevo cura agitado por la emoción, por la felicidad y por aquel ambiente cargado de asfixiantes perfumes, seguía la celebración de la misa como un autómeta, guiado muchas veces por sus compañeros, sintiendo que las piernas le flaqueaban, que

vacilaba su robusto cuerpo de atleta, y sostenido únicamente por el temor de que la debilidad le hiciera incurrir en algún sacrilegio.

Como si se moviera en las nieblas de un sueño, realizó todas las partes que quedaban del misterio de la misa: con insensibilidad que le asombraba, verificó aquella consumación en la que tantas veces había pensado emocionado, y después del *Te-Deum*, cayó casi desvanecido en la poltrona, cerrados los ojos y sintiéndose sofocado por aquella antigua casulla codiciada por los anticuarios, orgullo de la parroquia y que tantas veces había mirado él siendo seminarista como el colmo de sus ambiciones.

Un penetrante perfume de rosa y almizcle, el ruido de agua agitada, le volvieron á la realidad.

La madrina le lavaba y perfumaba las manos para la recepción final, y toda la compacta masa abalanzábase al altar mayor queriendo ver de cerca al nuevo cura.

La vida de superioridad y respetos comenzaba para él. La señora, á la que había servido tantas veces, besábale las manos con devoción y le llamaba D. Vicente, deseándole muchas felicidades después de sus místicas bodas con la Iglesia.

El nuevo cura, á pesar de su estado, no pudo reprimir un sentimiento de orgullo y cerró los ojos como si le desvaneciera el primer homenaje.

Algo áspero y burdo oprimió sus manos.

Eran las pobres zarpas del tío *Bollo*, cubiertas de escamas por el trabajo y la vejez. El cura vió inundadas en lágrimas, contraídas por conmovedora mueca, las cabezas arrugadas y cocidas al sol de sus pobres padres que le contemplaban con la expresión del escultor devoto que, terminada la obra, se prosterna ante ella creyéndola de origen superior.

Lloraba la gente contemplando el apretado grupo en que se confundían la dorada casulla con las negras ropas de los viejos, y las tres cabezas unidas agitábanse con rumor de besos y extertor de gemidos.

El impulso de la curiosa muchedumbre rompió el grupo conmovedor, y el cura quedó separado de los suyos, entregado por completo al público que se empujaba por alcanzar las sagradas manos.

Aquello resultaba interminable. Benimaclet entero rozaba con besos sonoros como latigazos aquellas manos velludas, llevándose en los labios agrietados por el sol y el aire, una parte de los perfumes.

Ahora sí que agobiado por la presión de aquella multitud que se apretaba contra la poltrona, fálto de ambiente y de reposo, iba á desmayarse de veras el nuevo cura.

Y en la asfixiante batahola, cuando ya se nublaba su vista y echaba atrás la cabeza, recibió en su diestra una sensación de frescura, difundándose por el torrente de su sangre.

Eran los rojos labios de la buena hermana,

de Toneta, que rozaban su epidermis, mientras que sus negros ojos se clavaban en él con forzada gravedad, como si tras ellos culebrease la carcajada inocente de la compañera de juegos, protestando contra tanta ceremonia.

Junto á ella, arrogante y bien plantado como un Alcides, con la manta terciada y la rapada testa erguida con fiereza, estaba otro compañero de la niñez, *Chimo el moreno*, el gañán más bueno y más bruto de todo Benimaclet, protegiendo á la arrodillada muchacha con la gallardía celosa de un sultán y mirando en torno con sus ojillos marroquíes que parecían decir:—¡A ver quién es el guapo que se atreve á empujarla!

## II

La comida dió que hablar en el pueblo.

Seis onzas, según cálculo de las más curiosas comadres, debió gastarse la buena de D.<sup>a</sup> Ramona para solemnizar la primera misa del hijo de sus arrendatarios.

Era una satisfacción ver en la casa más grande del pueblo, aquella mesa interminable cubierta de cuanto Dios cría de bueno en el mundo, fuera del bacalao y las sardinas, y contemplar en torno de ella una concurrencia tan distinguida. Aquello era todo un suceso, y la prueba estaba en que al día siguiente saldría en letras de molde en los papeles de Valencia.

En la cabecera estaban, el nuevo sacerdote casi oprimido por las blanduras exuberantes de los otros curas que habían tomado parte en la ceremonia, los padrinos y aquel par de viejecillos que llorando sobre sus cucharas se tragaban el arroz amasado con lágrimas. En los lados de la mesa algunos señores de la ciudad convidados por D.<sup>a</sup> Ramona y los amigos de la familia junto con lo más *distinguido* del pueblo, labradores acomodados que enardecidos por la digestión del vino y la paella, hablaban del rey legítimo que está en Venecia y de lo perseguida

que en estos tiempos de liberalismo se ve la religión.

Era aquello un banquete de bodas. Corría el vino, se alegraba la gente y sonreía la madrina con las bromas trasnochadas de sus compañeros de mesa, aquellas tres moles que desbordaban su temblona grasa por el alzacuello desabrochado y el roce de cuyas sotanas hacía enrojecer de satisfacción á la bendita señora.

El único que mostraba seriedad era el nuevo cura. No estaba triste: su gravedad era producto del ensimismamiento. Su imaginación huía desbocada por el pasado, recorriendo casi instantáneamente la vida anterior.

( La vista de todos los suyos, su elevación en aquel mismo lugar donde había sufrido hambre, aquel aparatoso banquete, le hacían recordar la época en que la conquista del mendrugo mohoso le obligaba á recorrer los caminos, capazo á la espalda, siguiendo á los carros para arrojarse ávidamente, como si fuese oro, sobre el reguero humeante que dejaban las bestias.

Aquella había sido su peor época, cuando tenía que gemir y alborotar horas enteras para que la pobre madre se decidiera á engañarle el hambre nunca satisfecha con un pedazo del pan guardado con mísera previsión.

La presencia de Toneta, aquel moreno y gracioso rostro que se destacaba al extremo de la mesa, evocaba en el cura recuerdos más gratos.

Veíase pequeño y haraposo en el huerto de la *siñá* Tona, aquel hermoso campo cercado de

encañizadas en el que se cultivaban las flores como si fuesen legumbres. Recordaba á Toneta, greñuda, tostada, traviesa como un chico, haciéndole sufrir con sus juegos que eran verdaderas diabluras, y después el rápido crecimiento y el cambio de suerte: ella á Valencia todos los días con sus cestos de flores, y él al Seminario protegido por D.<sup>a</sup> Ramonã, que en vista de su afición á la lectura y de cierta viveza de ingenio, quería hacer un sacerdote de aquel retoño de la miseria rural.

Luego venían los días mejores, cuyo recuerdo parecía perfumar dulcemente todo su pasado.

¡Cómo amaba él á aquella buena hermana, que tantas veces le había fortalecido en los momentos de desaliento!

En invierno salía de su barraca casi al amanecer camino del Seminario.

Pendiente de su diestra, en grasiento saquillo, lo que entre clase y clase había de devorar en las alamedas de Serranos; medio pan moreno con algo más que sin nutrirle, engañaba su hambre; y cruzado sobre el pecho á guisa de bandolera, el enorme pañuelo de hierbas envolviendo los textos latinos y teológicos que bailoteaban á su espalda como movible joroba. Así equipado pasaba por frente al huerto de la *siñá* Tona, aquella pequeña alquería blanca con las ventanas azules, siempre en el mismo momento que se abría su puerta para dar paso á Toneta, fresca, recién lavada, con el peinado

aceitoso y llevando con garbo las dos enormes cestas en que yacían revueltas las flores mezclando la humedad de sus pétalos.

Y juntos los dos, por atajos que ellos conocían, marchaban hacia Valencia, que por encima del follaje de la Alameda marcaba en las brumas del amanecer sus esbeltas torres, su Miguelete rojizo, cuya cima parecía encenderse antes de que llegasen á la tierra los primeros rayos del sol.

¡Qué hermosas mañanas! El cura, cerrando los ojos, veía las obscuras acequias con sus rumorosos cañaverales; los campos con sus hortalizas que parecían sudar cubiertas del titilante rocío; las sendas orladas de brozas con sus tímidas ranas que al ruido de pasos arrojábanse con nervioso salto en los verdosos charcos; aquel horizonte que por la parte del mar se incendiaba al contacto de enorme hostia de fuego; los caminos desde los cuales se esparcía por toda la huerta chirrido de ruedas y relinchos de bestias; los fresales que se poblaban de seres agachados, que á cada movimiento hacían brillar en el espacio el culebreo de las aceradas herramientas; y los rosarios de mujeres que con cestas á la cabeza iban al mercado de la ciudad saludando con sonriente y maternal *¡bon día!* á la linda pareja que formaban la florista garbosa y avispada y aquel muchachote que con su excesivo crecimiento parecía escaparse por pies y manos del trajecillo negro y angosto que iba tomando un sacristanesco color de ala de mosca.



El matinal viaje era un baño diario de fortaleza para el pobre seminarista, que oyendo los buenos consejos de Toneta tenía ánimos para sufrir las largas clases, aquella inercia contra la que se rebelaba su robustez, su sangre hirviente de hijo del campo y las pesadas explicaciones en cuyo laberinto penetraba á cabezadas.

Separábanse en el puente del Real: ella hacia el Mercado en busca de su madre; él á conquistar poco á poco el dominio de las ciencias eclesiásticas, en las cuales tenía la certeza de que jamás llegaría á ser un prodigio. Y apenas terminaba su comida en las alamedas de Serranos, en cualquier banco compartido con las familias de los albañiles, que hundían sus cucharas en la humeante cazuela de medio día, Visantet, insensiblemente, se entraba en la ciudad, no parando hasta el mercadillo de las flores, donde encontraba á Toneta atando los últimos ramos y á su madre ocupada en recontar la calderilla del día.

Tras estos agradables recuerdos que constituían toda su juventud, venía la separación lenta que la edad y la divergencia de aspiraciones habían efectuado entre los dos. No en balde crecían en años y no impunemente sometía él al estudio su inteligencia virgen y pasiva.

En la última parte de su carrera comenzó á sentir con vehemencia el fervor profesional. Entusiasmábase pensando que iba á formar parte de una institución extendida por toda la tierra, que tiene en su poder las llaves del cielo y

de las conciencias; le enardecían las glorias de la Iglesia; las luchas de los papas con los reyes en el pasado, y la influencia del sacerdote sobre el magnate en el presente. No era ambicioso, no pensaba ir más allá de un modesto curato de misa y olla; pero le satisfacía que el hijo de unos miserables perteneciese con el tiempo á una clase tan poderosa, y mecido por tales ilusiones, se entregó de lleno á la vocación que iba á sacarle del subsuelo social.

Cuando no estaba en Valencia en el Seminario, prestaba en Benimaclet funciones de sacristán, y llegó á ser hombre, sin sentir apenas el despertar de la virilidad en su vigorosa complexión.

Su voluntad de campesino tozudo anulaba las exigencias del sexo, que le causaban horror, teniéndolas como tentaciones del *Malo*. La mujer era para él un mal necesario é imprescindible para el sostenimiento del mundo: «*la bestia impúdica*», de que hablaban los Santos Padres.

La belleza era amenazante monstruosidad; temblaba ante ella poseído de repugnancia y sordo malestar, y sólo se sentía tranquilo y confiado en presencia de aquella beldad que, vestida de blanco y azul, pisando la luna, yergue su cabeza en los altares con arrobadora dulzura. Su contemplación provocaba en el seminarista explosiones de indefinible cariño, y también participaba de éste aquella otra criatura terrenal y grosera á la que él consideraba como hermana.

No era sacrilegio ni mundana pasión. Tona resultaba para él una hermana, una amiga, un afecto espiritual que le acompañaba desde su infancia; todo, menos una mujer. Y tal era su ilusión, que en aquel momento, entre la algazara del banquete, entornando los ojos, le parecía que se transformaba, que su rostro vulgar y moreno dulcificábase con expresión celestial, que se elevaba de su asiento, que su falda rameada y su pañuelo de pájaros y flores, convertíase en cerúleo manto; lo mismo que en la otra, cuya belleza se ensalza con los más dulces nombres que ha producido idioma alguno...

Pero sintió á sus espaldas algo que le hizo despertar de la dulce somnolencia.

Era la *siñá* Tona, la madre de la florista que abandonando su asiento venía á hablar con el cura.

La buena mujer no podía conformarse con el nuevo estado del hijo de su amiga. Como buena cristiana sabía el respeto que se debe á un representante de Dios; pero que la perdonasen, pues para ella Visantet siempre sería Visantet, nunca D. Vicente, y aunque la aspasen, no podría menos que hablarle de tú. El no se ofendería por esto, ¿verdad? Pues si lo había conocido tan pequeño.... si era ella quien lo había llevado de pañales á la iglesia para que lo cristianasen, ¿cómo iba á hacerle tales pamplinas á un chico al que consideraba como hijo? Aparte de esta falta de respeto ya sabía que en casa se le quería de veras. Si no vivieran el *tío*

*Bollo* y la *siñá* Tomasa, Toneta y ella eran capaces de irse con él como amas de llaves; pero ¡ay, hijo mío! no iba el agua por esa acequia. Aquella chiquilla estaba muertecita por *Chimo el moreno*, un pedazo de bruto de quien nadie tenía nada que decir, mejorando lo presente; se querían casar en seguida, antes de San Juan si era posible, y ella ¿qué había de hacer?... En casa faltaba un hombre, el huerto estaba en poder de jornaleros, ellas necesitaban la sombra de unos pantalones, y como el *Moreno* servía para el caso (siempre mejorando lo presente), la madre estaba conforme en que la chica se casara.

Y la habladora vieja interrogaba con los ojos al cura como esperando su aprobación.

Bueno; pues á *eso* se había acercado ella... ¿A qué? A decirle que Toneta quería que fuese él quien la casase. ¿Teniendo un capellán casi en la familia, para qué ir á buscarlo fuera de casa?

El cura no dudó; le parecía muy natural la pretensión. Estaba bien; los casaría.

## III

El día en que se casó Toneta, fué de los peores para el nuevo adjunto de la parroquia de Benimaclet.

Cuando la ceremonia hubo terminado, don Vicente despojóse en la sacristía de sus sagradas vestiduras, pálido y trémulo como si le aquejase oculta dolencia.

El sacristán, ayudándole, hablaba del insufrible calor. Estaban en Julio, soplabá el poniente, la vega se mustiaba bajo aquel soplo interminable y ardoroso que antes de perderse en el mar había pasado por las tostadas llanuras de Castilla y la Mancha y con su ambiente de hoguera agrietaba la piel y excitaba los nervios.

Pero bien sabía el nuevo cura que no era el poniente lo que le trastornaba. Buenas estarían tales delicadezas en él, acostumbrado á todas las fatigas del campo.

Lo que sentía era arrepentimiento de haber accedido á celebrar la boda de Toneta. ¡Cuán poco se conocía! Ahora iba comprendiendo lo que se ocultaba tras el afecto fraternal nacido en la niñez.

El, sacerdote desligado de las miserias humanas, sentía un sordo malestar después de

bendecir la eterna unión de Toneta y Chimo; experimentaba idéntica impresión que si le acabasen de arrebatarse algo que era suyo.

Le parecía hallarse aun en la capilla mirando casi á sus pies aquella linda cabeza cubierta por la vistosa mantilla. Nunca había visto tan hermosa á Toneta, pálida por la emoción y con un brillo extraño en los ojos cada vez que miraba al *Moreno*, que estaba soberbio con su traje nuevo y su *ringlot* azul de larga esclavina.

Podía decirse que el cura acababa de ver por primera vez á Toneta. La hermana ideal que en su imaginación casi se confundía con la figura azul que pisaba la luna, habíase convertido de pronto en una mujer.

El, que jamás había descendido con su vista más allá de la fresca boca siempre sonriente, y que miraba á Toneta como esas imágenes de lindo rostro que bajo las vestiduras de oro sólo guardan los tres puntales que sostienen el busto, pensaba ahora, con misteriosos estremecimientos, que había algo más, y veía con los ojos de la imaginación al terrible enemigo con todas sus redondeces rosadas y sus graciosos hoyuelos: la carne, arma poderosa del *Malo* con que abate las más fuertes virtudes.

Odiaba al *Moreno*, su compañero de la niñez. Era un buen muchacho, pero no podía tolerarse que su rudeza brutal hubiera de ser la eterna compañera de la florista. No debía consentirse, lo afirmaba él, que estaba arrepentido de haber realizado la boda.

Pero inmediatamente sentíase avergonzado por tales pensamientos, se ruborizaba al considerar que aquella protesta era envidia, impotencia que se revolvía en forma de murmuración.

Hacíale daño el contemplar la felicidad ajena, aquella explosión de amor que venía preparándose, amor legítimo, pero que no por esto molestaba menos al cura.

Se iría á casa. No quería presenciar por más tiempo la alegría de la boda; pero cuando salió de la sacristía, se encontró con la comitiva nupcial que estaba esperándole, pues la *siñá* Tona se oponía á que se hiciera nada sin la presencia de su Visantet.

Y por más que resistió, tuvo que seguir el camino de aquel huerto del que tantos recuerdos guardaba; y entre las faldas rameadas y coloridas como la primavera, los pañuelos de seda brillantes, y los reflejos tornasolados de la pana y el terciopelo, causaba un efecto lastimoso el suelto manto y aquel desmayado sombrero de teja que avanzaban con lentitud, como si en vez de cubrir un cuerpo vigoroso y exuberante de vida, fuesen los de un viejo achacoso.

Una vez en el huerto ¡qué de tormentos! ¡qué cariñosas solicitudes que le parecían crueles burlas! La *siñá* Tona, en su alegría de madre, enseñábale todas las reformas hechas en la alquería con motivo del matrimonio. ¿Se enteraba Visantet? Aquel *estudi* era el dormitorio de los novios y aquella cama sería la del matrimonio, con su colcha de azulada blancura y complica-

dos arabescos, que á Toneta le había costado todo un invierno de trabajo.

Bien estarían allí los novios. Qué blandura, ¿eh? Y la inocente vieja creía hacer una gracia obligando al cura á que tocase los mullidos colchones y apreciase en todos sus detalles la rústica comodidad de aquella habitación que á la noche había de convertirse en caliente nido.

Y después, seguían los tormentos, las intimidades fraternales que resultaban para él terribles latigazos: aquel bruto del *Moreno* que no se recataba de hablar en su presencia, bromeando con sus amigotes sobre lo que ocurriría por la noche, con comentarios tales que las mujeres chillaban como ratas y sofocadas de risa le llamaban ¡*porc!* y ¡*animal!*; y Toneta, que en traje de casa, al aire sus morenos y redondos brazos se aproximaba á él rozando su sotana con la epidermis fina y caliente, preguntándole qué pensaba de su casamiento y acompañando sus palabras con fijas miradas de aquellos ojos que parecían registrarle hasta las entrañas.

¡Ira de Dios! La gente le hacía tanto caso como si fuese un muerto que hablara; aquella mujer se atrevía á tratarle con un descuido que no usaría con el gañán más bestia de los que allí estaban: no era un hombre, era un cura, y al pensar en esto tan amargo, creía que todos le miraban con respetuosa compasión y una llamada de rabia enturbiaba su vista.

Bien pagaba los honores de su clase, la elevación sobre la miseria en que nació. Él, el



más respetado de la reunión, Don Vicente, el grave sacerdote, miraba con envidia á aquellos muchachotes cerriles con alpargatas y en mangas de camisa. Hubiera querido ser temido, como ellos, á los que no osaban aproximarse mucho las mujeres por miedo á audaces pellizcos, y sobre todo no inspirar lástima, no ser tenido como una momia santa, en cuyos oídos resbalaban las palabras ardientes sin causar mella.

Cada vez se sentía más molesto. Durante la comida estuvo al lado de los novios, sufriendo el ardoroso contacto de aquel cuerpo sano y fragante que parecía esparcir un perfume de flor carnosa, y que en la confianza de la impunidad se revolvía libremente sin cuidado á empujar, ó se inclinaba sobre él, y al decirle insignificantes palabras le envolvía en su cálido aliento. Y después aquel *Chimo* con su salvaje ingenuidad, creyendo que tras la misa de por la mañana todo era ya legítimo; corroído por la impaciencia, tomando con sus dedos romos la redonda barbilla de Toneta, entre la algazara de los convidados, y hundiendo las manos bajo la mesa mientras miraba á lo alto con la expresión inocente del que no ha roto un plato en su vida.

Aquello no podía seguir. D. Vicente se sentía enfermo. Oleadas de sangre caldeaban su rostro, parecíale que el viento seco y ardoroso que inflamaba la piel, se había introducido en sus venas, y su olfato dilatábase con nervioso estremecimiento, como excitado por aquel ambiente de pasión carnívora y brutal.

No quería ver; deseaba olvidar, aislarse, sumirse en dulce y apática estupidez; y guiado por el instinto, vaciaba su vaso que la cortesana labriega cuidaba de tener siempre lleno.

Bebio mucho sin conseguir que aquel sentimiento de envidia y de despecho se amortiguase; esperaba las nieblas rosadas de una embriaguez ligera, algo semejante á la discreta alegría de sus meriendas de seminarista, cuando á los postres él y sus compañeros, con la más absoluta confianza en el porvenir, soñaban en ser Papas ó en eclipsar á Bossuet; pero lo que llegó para él fué una jaqueca insufrible, que doblaba su cabeza como si sobre ella gravitase enorme mole y que le perforaba la frente con un tornillo sin fin.

Don Vicente estaba enfermo.

La misma *siná* Tona, reconociéndolo, le permitió con harto dolor que se retirase de la fiesta, y el cura, con paso firme, pero con la vista turbia y zumbándole los oídos, se encaminó á su casa seguido de su alarmada madre que no quiso permanecer ni un instante más en la boda.

No era nada; podía tranquilizarse. El maldito poniente y la agitación del día. No necesitaba más que dormir.

Y cuando penetró en su cuarto, en la casita nueva que habitaba en el pueblo desde su primera misa, tiró el sombrero y el manteo, y sin quitarse el alzacuello ni tocar su sotana, se arrojó de bruces con los brazos extendidos en

su blanca cama de célibe, extinguiéndose inmediatamente los débiles destellos de su razón y sumiéndose en la lobreguez más absoluta.



## IV

Poblóse la negra inmensidad de puntos rojos, de infinitas y movibles chispas, como si aventasen gigantesca hoguera; sintió que caía y caía como si aquel desplome durase años y fuese en una sima sin fondo, hasta que por fin experimentó en todo su ser un rudo choque, conmoviéndose de pies á cabeza; y.... despertó en su cama, tendido sobre el vientre tal como se había arrojado en ella.

Lo primero que el cura pensó fué que había pasado mucho tiempo.

Era de noche. Por la abierta ventana veíase el cielo azul y diáfano, moteado por la inquieta luz de las estrellas.

D. Vicente experimentó la misma impresión de las damas de comedia que al volver en sí lanzan la sacramental pregunta: ¿En dónde estoy?

Su cerebro sentíase abrumado por la pesadez del sueño, discurría con dificultad y tardó en reconocer su cuarto y en recordar cómo había llegado hasta allí.

De pie en la ventana, vagando su turbia mirada por la obscura vega, fué recobrando su memoria, agrupando los recuerdos que llega-

ban separados y con paso tardo, hasta que tuvo conciencia de todos sus actos antes de que le rindiera el sueño.

¡Bien, D. Vicente! ¡Magnífica conducta para un sacerdote joven que debía ser ejemplo de templanza! Se había emborrachado; sí, ésta era la palabra, y había sido en presencia de los que casi eran sus feligreses. Lo que más le molestaba era el recuerdo de los motivos que le impulsaron á tal abuso.

Estaba perdido. Ahora que se aclaraba su inteligencia, aunque sus sentidos parecían embotados, horrorizábase ante el peligro y protestaba contra la pasión que pretendía hacer presa en su carne virgen. ¡Qué vergüenza! Salido apenas del Seminario, sin contacto alguno con esa atmósfera corruptora de las grandes ciudades, viviendo en el ambiente tranquilo y virtuoso de los campos, y próximo, sin embargo, á caer en los más repugnantes pecados. No; él resistiría á las seducciones del *Malo*; acallaría el espíritu tentador que para mortificante prueba se había rebelado dentro de él: afortunadamente, la torpe embriaguez con su sueño le había devuelto la calma.

Oyéronse á lo lejos campanas que daban horas. Eran las tres... ¡Cuánto había dormido! Por esto se sentía ya sin sueño, dispuesto á emprender la tarea diaria.

Desde aquella ventana, abierta en las espaldas de la modesta casita, veíase la inmensa vega que á la difusa luz de las estrellas marcaba

sus masas de verdura y las moles de sus innumerables viviendas. La calma era absoluta. No soplaban ya el poniente, pero la atmósfera estaba caldeada, y los ruidos de la noche parecían la jadeante respiración de los tostados campos.

Pertumes indefinibles había en aquel ambiente que aspiraba con delicia el joven cura, como si quisiera saturar el interior de su organismo del aire puro de los campos.

Su vista vagaba en aquella penumbra, intentando adivinar los objetos que tantas veces había visto á la luz del sol. Esta distracción infantil parecía volverle á los tranquilos goces de la niñez, pero sus ojos tropezaron con una débil mancha blanca, en la que creía adivinar la alquería de la *siñá* Tona y..... ¡adiós tranquilidad; propósitos de fortaleza y de lucha!

Fué un rudo choque; una conmoción rápida; huyeron arrolladas la calma y la placidez; desapareció el dulce embotamiento, despertó la carne sacudiendo la torpeza de los sentidos, y otra vez subió hasta sus mejillas aquella llamada que le hacía pensar en el fuego del infierno.

Sintió en su imaginación que se desgarraba denso velo, y vió, como si aun estuviera en la tarde anterior, aquellos brazos morenos de sedoso y ardiente contacto, al par que percibía la fragancia de la carne, cuyo misterio acababa de revelársele.

Y en aquel momento, ¡oh *Malo* tentador! el infeliz mirando la obscura vega, veía, no la

blanca é indecisa alquería, sino el *estudi* envuelto en voluptuosa sombra, aquella cama cuya blandura tanto había ensalzado la *siñá* Tona, y sobre el mullido trono, lo que para otros era felicidad y para él horrendo pecado, lo que jamás había de conocer y le atraía con la irresistible fuerza de lo prohibido.

La maldita imaginación ponía junto á sus ojos las tibias suavidades, los dulces contornos, los finos colores de aquella carne desconocida; y la agitación del infeliz iba en aumento, sentía crecer dentro de sí algo animado por el espíritu de la rebelión, la virilidad que se vengaba de tantos años de olvido inflamando su organismo, haciendo que zumbasen sus oídos, enturbiando su vista y dilatando todo su ser, como si fuese á estallar á impulsos del deseo contenido y falto de escape.

Aquello era la tentación en toda regla: pensó en los santos eremitas, en San Antonio tal como le había visto en los cuadros, cubriéndose los ojos ante impúdicas beldades tras cuyas seducciones se ocultaban los diablos repugnantes; pero allí no habían espíritus malignos por parte alguna: lo único real que acompañaba á las evocaciones de su imaginación, era la cálida noche con aquel suave ambiente de alcoba cerrada y los ruidos misteriosos del campo que sonaban como besos.

Ellos allá, en el tibio lecho, rodeados de la discreta obscuridad que había de guardar en profundo secreto los delirios de la más grata de

las iniciaciones: él, solo, inaccesible á toda efusión, planta parásita en un mundo que vive por el amor, sintiendo penetrar hasta su tuétano el eterno frío de aquella cama de célibe.

De allá lejos, de la blanca casita, parecía salir un soplo de fuego que le envolvía, calcinando su carne hasta convertirla en cenizas. Creyó que la vista de aquel nido de amores y la voluptuosa noche eran lo que le excitaba, y huyó de la ventana, moviéndose á ciegas en su lóbrega habitación.

No había calma para él. También en aquella lóbreguez la veía, creyendo sentir en su cuello el roce de los turgentes brazos y en sus labios ardorosos aquel fresco beso que le había despertado de su desvanecimiento el día de la primera misa. La combustión interna seguía, y el sufrimiento ya no era moral, pues la tensión de todo su ser producía agudos dolores.

¡Aire! ¡frescura! Y en el silencio de la lóbrega habitación sonó un chapoteo de agua removida, los suspiros de desahogo del pobre cura al sentir la glacial caricia en su abrasada piel.

Lentamente volvió á la ventana, calmado por la fría inmersión. Un sentimiento de profunda tristeza le dominaba. Se había salvado, pero era momentáneamente: dentro de él llevaba el enemigo, el pecado que acechaba pronto á dominarle y vencerle, y aquella tremenda lucha reaparecería al día siguiente, al otro y al otro, amargando su existencia, mientras el ardor de una robusta juventud animase su cuerpo.



¡Cuán sombrío veía el porvenir! Luchar contra la naturaleza, sentir en su cuerpo una glándula que trabajaba incesantemente y que con sólo la voluntad había de anular, vivir como un cadáver en un mundo que desde el insecto al hombre rige todos sus actos por el amor, pareciale el mayor de los sacrificios.

La ambición, el deseo de emanciparse de la miseria, le había enterrado. Cuando creía subir á envidiadas alturas, veíase cayendo en lobrequeces de fondo desconocido.

Sus compañeros de pobreza, los que sufrían hambre y doblaban la espalda sobre el surco, eran más felices que él, conocían aquel atractivo misterio que acababa de revelársele y que el deber le obligaba á ignorar eternamente.

Bien pagaba su encumbramiento. Maldita idea la de aquella buena señora que quiso hacer un sacerdote del mocetón fornido que antes que continencias necesitaba esparcimientos y escapes para su plétora de vida.

Subía, sí, pero encadenado para siempre; se hallaba por encima de las gentes entre las que nació, pero recordaba sus estudios clásicos, la fábula del audaz Prometeo y se veía amarrado para siempre á la roca incommovible de la fe jurada, indefenso y á merced de la pasión carnal que le devoraba las entrañas.

Su firme devoción de campesino aterrábase ante la idea de ser un mal sacerdote; el sexo que había despertado en él para siempre como inacabable tormento desvanecía toda esperanza de

tranquilidad, y en este conflicto, el cura asustado ante el porvenir, se entregó al desaliento é inclinando su cabeza sobre el alféizar, cubriéndose los ojos con las manos, lloró por los pecados que no había cometido y por aquel error que había de acompañarle hasta la tumba.

Una húmeda sensación de frescura le hizo volver en sí.

Amanecía. Por la parte del mar rasgábase la noche marcando una faja de luminoso azul: la verdura de la vega y la dentellada línea de montañas iban fijando sus estumados contornos; lanzaban sus últimos parpadeos las estrellas, rodaba el fiero alerta de los gallos de alquería en alquería, y las alondras, como alegres notas envueltas en volador plumaje, rozaban las cerradas ventanas anunciando la llegada del día.

Magnífico despertar. Tal vez á aquella hora Toneta, recogiendo el cabello y cubriendo públicamente con el blanco lienzo los encantos que sólo un hombre había de conocer, saltaba de la cama y abría el ventanillo de su *estudi* para que la aurora purificase el ambiente de pasión y voluptuosidad.

El cura salió de su cuarto con los ojos enrojecidos y la frente contraída por penosa arruga, perenne recuerdo de aquella noche de bodas en que la compañera de su infancia había visto de cerca el amor, y él se había unido con la desesperación, la más fiel de las esposas.

Abajo en la cocina encontró á su madre que preparaba el desayuno, y la pobre vieja no pudo

comprender aquella amarga mirada de reproche que el cura le lanzó al pasar.

Paseó maquinalmente por el corral hasta que sus pies tropezaron con una espuerta de esparto, vieja, rota, cubierta por una costra de basura, igual á la que él llevaba á la espalda cuando niño.

Era el pasado que reaparecía para echarle en cara su infidelidad.

¿No se había emancipado de la miseria de su clase? Pues ya lo tenía todo; que comiera, que se regodeara con la satisfacción de ser considerado como un ser superior.

Lo otro, lo desconocido, lo que le hacía temblar con intensa emoción, era para los infelices, para los que luchaban por la vida.

El cura gimió con desesperación, sintiendo en torno de él el vacío y la frialdad, pensando que si sus manos ahora consagradas hubiesen seguido porteando el mísero capazo, estaría en tal instante arrebuñado en aquella blanda cama del *estudi* nupcial, viendo cómo Toneta, al aire sus hermosos brazos y marcado bajo el fino lienzo su robustez armoniosa, se contemplaba en el espejo sonriendo ruborizada con los recuerdos de la noche de bodas.

Y el pobre cura lloró como un niño; lloró hasta que el esquilón de la iglesia con su gangeo de vieja comenzó á llamarle á la misa primera.

---



## LA CORRECCIÓN

---

**A** las cinco, la corneta de la cárcel lanzaba en el patio su escandalosa diana, compuesta de sonidos discordantes y chillones, que repetían como poderoso eco las cuadras silenciosas, cuyo suelo parecía enladrillado con carne humana.

Levantábanse de la almohada trescientas caras soñolientas, sonaba un verdadero concierto de bostezos, caían arrolladas las mugrientas mantas, dilatábanse con brutal desperezamiento los robustos é inactivos brazos, liábanse los tísicos colchones conocidos por *petates* en el mísero antro y comenzaba la agitación, la diaria vida en el edificio antes muerto.

En las extensas piezas, junto á las ventanas abarrotadas por donde entraba el fresco matinal renovando el ambiente cargado por el vaho del amontonamiento de la carne, formábanse los grupos, las tertulias de la desgracia, buscándose los hombres por la identidad de sus hechos; los

delincuentes por sangre, que eran los más, inspirando confianza y simpatía con sus rostros enérgicos, sus ademanes resueltos y su expresión de pundonor salvaje; los ladrones, recelosos, solapados, con sonrisa hipócrita; entre unos y otros, cabezas con todos los signos de la locura ó la imbecilidad; criminales instintivos de mirada verdosa y vaga, frente deprimida y labios delgados, fruncidos por cierta expresión de desdén; testas de labriego extremadamente rapadas, con las enormes orejas despegadas del craneo; peinados aceitosos con los bucles hasta las cejas; enormes mandíbulas de esas que sólo se encuentran en las especies feroces inferiores al hombre; blusas rotas y zurcidas; pantalones deshilachados y muchos pies gastando la dura piel sobre los rojos ladrillos.

A aquella hora asomaban en las piezas las galoneadas gorras de los empleados, saludados con el respeto que inspira la autoridad donde impera la fuerza; pasaban los cabos vergajo al puño, con sus birretes blancos, escasos de tela, como de cocinero de barco pobre, y comenzaban los *quinceneros* la limpieza de la casa, la descomunal batalla contra la mugre y la miseria que aquel amontonamiento de robustez inútil dejaba como rastro de vida al agitarse dentro del sombrío edificio.

Los *quinceneros* eran la última capa de aquella sociedad de miserables, los parias de la esclavitud, los desheredados de la cárcel. El último de los presos resultaba para ellos un personaje feliz,

y le contemplaban con envidia al verlo inmóvil en *la pieza*, haciendo calcetas con estrambóticos arabescos ó tejiendo cestillos de abigarrados colores.

Con la escoba al hombro y arrastando los cubos de agua pasaban macilentos y humildes ante los penados, pensando en cuando llegarían á ser *de causa* y tendrían el honor de sentarse en el banquillo de la audiencia por *algo gordo*, librándose con esto de doblar todo el día el espinazo sobre los rojos baldosines é ir pieza tras pieza lavando el hediondo piso sin quitar la vista del cabo y del cimbreante vergazo, pronto á arrollarse al cuerpo como angulosa serpiente.

Iban descalzos, andrajosos, mostrando por los boquetes de la blusa la carne costrosa libre de camisa; con la cara pálida, la piel temblona por el hambre de muchos años y el horrible aspecto de naufragos arrojados á una isla desierta. Eran los chicos de la cárcel, los que se preparaban á ser hombres en aquel horrible antro, siempre condenados á quince días de arresto que no terminaban nunca, pues apenas los ponían en la puerta y aspiraban el aire de las calles, la policía, como madre amorosa, devolvíalos á la cárcel para atribuirse un servicio más é impedir que la adolescencia desamparada aprendiese malas cosas rodando por el mundo.

Eran en su mayoría seres repulsivos, frentes angostas con un cerquillo de cabellos rebeldes que sombreaban como manojo de púas las recatas cejas; rostros en los que parecía leerse la fa-

tal herencia de varias generaciones de borrachos y homicidas; carne nacida del libertinaje brutal que estaba aderezándose para ser pasto del presidio; pero entre ellos había muchachos enclenques é insignificantes, de mirada sin expresión, que parecían esforzarse por seguir á los compañeros, en su obscuro descenso; y extremando la ley de castas hasta lo inverosímil, resultaban los víctimas de aquellos mismos que pasaban como esclavos de los presos.

El más infeliz era el *Groguel*, un muchacho paliducho y débil por el excesivo crecimiento y sin energías para protestar. Cargaba con los enormes cubos, y agobiado bajo su peso subía la interminable escalera, pensando en el tiempo feliz en que tenía por casa toda la ciudad, durmiendo en verano sobre los cuévanos del Mercado y apelotonándose en invierno en el quicio del respiradero de alguna cuadra.

Castigábanle por torpe. Muchas veces, al cruzar el patio, quedábase mirando aquel sol que se detenía en el borde de los sombríos paredones, sin atreverse nunca á bajar hasta el húmedo suelo; y cuando el vergajo le avisaba el paso, lanzaba entre dientes un *¡mare mehua!* y le parecía ver la *paraeta* del Mercado, aquella mesilla coja con la calabaza recién salida del horno, tras la cual estaba su madre cambiando ochavos por melosas rabanadas y peleándose por la más leve palabra con todas las de los puestos vecinos que la hacían competencia.

Ya habían pasado muchos años, pero él se



acordaba como si estuviera viéndolo, de aquellos ojos sin pestañas, ribeteados de rojo, horribles para los demás, pero amorosos para él; de aquella mano seca que al acariciarle la cerdosa cabeza manchábala de pringue meloso; de aquella cama en que soñaba abrazado á su madre, y ahora... ahora dormía en una manta que le prestaba por caridad alguno de *su pieza*; y si en verano se tendía sobre ella, en invierno servíale para taparse, recostando el cuerpo sobre los húmedos baldosines, resignado á helarse por debajo con tal de sentir arriba un poco de calor.

Niño, á pesar de sus amarguras, vendía el pan de la cárcel por diez céntimos para una partida de pelota en el patio ó un racimo de uvas y á la hora del rancho echábase á la espalda la mano izquierda, y mirando con envidia á los que empuñaban un mendrugo, hundía su cuchara en el insípido rancho para engañar el estómago con ilusorio alimento.

Y así vivía; sin estar aun enterado de por qué razones se preocupaban de él y lo enviaban á la cárcel quince días, para volver á meterlo apenas pisaba la calle. Le cogió la policía en una de sus redadas; pilláronle en el mercado, su casa solariega; tal vez conocían su afición á la fruta, que él consideraba de posesión comun, y desde entonces vióse condenado á no gozar de libertad más que unas pocas horas cada quince días.

Sabía que le pillaban por *blasfemo*. ¿Qué sería aquéllo? Y sin saber por qué, recordaba que

los agentes, cuando intentaba escaparse, le daban de bofetadas con acompañamiento de interjecciones, en que barajaban á Dios y los santos.

El muchacho, siempre en la duda de qué significaría su título de *blasfemo*, resignábase con su suerte, sin sospechar que se publicaban periódicos con sueltos escritos por los mismos interesados, en que se hablaba del gran servicio prestado el día anterior por el cabo Fulano y *fuerza á sus órdenes*, prendiendo al terrible criminal conocido por el *Grognet*.

Y aquel bandido de quince años iba creciendo en la cárcel, trabajando como una bestia, aprendiendo á ratos perdidos el *caló* del crimen, oyendo la novelesca relación de interesantes atracos y mirando como hombres sublimes á los *carteristas* y *enterradores*, señorones muy listos y bien portados que iban por el patio con sortijas y reloj de oro y que tiraban el dinero, siendo reverenciados por todos los presos. ¡Ay! ¡Si él pudiese llegar por el tiempo á la altura de aquellos *tíos!*

Pero sus aspiraciones eran más modestas. Había nacido para bestia de carga y sólo deseaba que le dejasen trabajar con tranquilidad; que no fuesen á buscarle cuando no se metía con nadie.

En una de sus salidas quiso vender periódicos, pero apenas lanzó los primeros gritos ya tenía en el cuello la zarpa de un tío bigotudo, de aquel mismo de quien decía en la cárcel la gente *de la marcha* que poniéndole dos ó tres duros

en la mano era capaz de no ver el sol en mitad del día y de dejar que robasen un reloj en sus mismas narices. Otra vez, al cumplir la quincena levantó el vuelo y no paró hasta el puerto, donde con un saco en la cabeza á guisa de caperuza, dedicábase á la descarga del carbón, andando con la agilidad de una mona por el madero tendido entre el muelle y el vapor inglés. Lo pasaba tan ricamente; comía de caliente ¡y con pan! en una taberna; pero á los pocos días quiso su desgracia que asomase por allí los bigotes uno de sus sayones, y otra vez á la cárcel para que pudiera publicarse con fundamento la consabida gacetilla sobre el terrible *Groquet* y el inmenso servicio del cabo Fulano y fuerza á sus órdenes.

Así iba corrigiéndose el bandido de sus terribles crímenes, que él no sabía cuáles fuesen: y oyendo á los ladrones la relación de sus hazañas, estremeciéndose al escuchar el relato de los asesinatos y teniendo que resistirse á monstruosas solicitudes que le aterraban, preparábase para ser hombre honrado cuando la policía le quisiera dejar tranquilo.

No le cogerían más; estaba decidido; aquélla era la última quincena que pasaría. Cuando terminase no se detendría ni un instante en la ciudad: iría al puerto para esconderse en cualquier barco; se metería bajo los asientos de un vagón de ferrocarril; el propósito era huir lejos, muy lejos, donde no sacasen al *Groquet* en letras de molde ni le conociera ningún cabo Fulano.

Y el muchacho que antes vivía en la cárcel con resignada indiferencia, esperó impaciente el término de la quincena.

Por fin llegó el momento. El *Grognet* á la calle con todo lo que tenga.

¡Lo que él tenía! Valiente sarcasmo. Ganas de trabajar, de regenerarse, de verse libre de aquella estúpida persecución... y nada más.

Se sacudió como un perro mojado antes de salir de la pieza; no se limpió de los zapatos el polvo de la cárcel porque carecía de ellos, y lanzose por el entreabierto rastrillo como un gorrión fuera de la jaula.

Vamos; que ahora se fastidiaba para siempre el tío de los bigotes.

Pero se detuvo en el umbral, aterrado como ante una visión: allí estaba él, en la pared de enfrente, con otro fariseo de su clase, sonriendo los dos como si les complaciera el terror del muchacho.

Intentó escapar; pero inmediatamente sintió la velluda zarpa en el cuello y fué zarandeado con acompañamiento de... esto y aquello en Dios y la Virgen.

Como medida de previsión otra quincena. Y sin dar gracias á la sociedad que se preocupaba de él para mejorar su índole perversa, atravesó otra vez el portón en busca del vergajo que enseña y de las conversaciones de la cárcel que moralizan.

Iba preso de nuevo por *blasfemo*. Y lo mejor del caso era que al salir de la cárcel no había

abierto la boca, y únicamente al sumirse de nuevo tras el férreo rastrillo pensando sin duda en los ojos enrojecidos y sin pestañas y en la mano huesosa y acariciadora, murmuraba abatido su lamento de los grandes dolores:

—¡Ay, mare mehua!



## GUAPEZA VALENCIANA

---

### I

**B**UENOS parroquianos tuvo aquella mañana el cafetín del *Cubano*. La flor de la guapeza, los valientes más valientes que campaban en Valencia por sus propios méritos; todos cuantos vivían á estilo de caballero andante por la fuerza de su brazo; los que formaban la guardia de puertas en las timbas, los que llevaban la parte del terror en la banca, los que iban á tiros ó cuchilladas en las calles sin tropezar nunca, en virtud de secretas inmunidades, con la puerta del presidio, estaban allí bebiendo á sorbos la copita matinal de aguardiente, con la gravedad de buenos burgueses que van á sus negocios.

El dueño del cafetín les servía con solicitud de admirador entusiasta mirando de reojo todas aquellas caras famosas, y no faltaban chicuelos

de la vecindad que asomaban curiosos á la puerta señalando con el dedo á los más conocidos.

La baraja estaba completa. ¡Vive Dios! que era un verdadero acontecimiento ver reunidos en una sola familia, bebiendo amigablemente, á todos los guapos que días antes tenían alarmada la ciudad y cada dos noches andaban á tiros por Pescadores ó la calle de las Barcas para provecho de los periódicos noticieros, mayor trabajo de las casas de Socorro y no menos fatiga de la policía que echaba á correr á los primeros rugidos de aquellos leones que se disputaban el privilegio de vivir á costa de un valor más ó menos reconocido.

Allí estaban todos. Los cinco hermanos *Bandullos*, una dinastía que al mamar llevaba ya cuchillo; que se educó degollando reses en el Matadero y con una estrecha solidaridad lograba que cada uno valiera por cinco y el prestigio de la familia fuese indiscutible. Allí *Pepet*, un valentón rústico que usaba zapatos por primera vez en su vida y había sido extraído de la Ribera por un dueño de timba para colocarlo frente á los terribles *Bandullos* que le molestaban con sus exigencias y continuos tributos; y en torno de estas eminencias de la profesión, hasta una docena de valientes de segunda magnitud, gente que pasaba la vida penando por no trabajar; guardianes de casas de juego que estaban de vigilancia en la puerta desde el mediodía hasta el amanecer por ganarse tres pesetas; lobos que no habían hecho aun más que mor-



der á algún señorito enclenque ó asustar á los municipales; maestros de cuchillo que poseían golpes secretos é irresistibles, á pesar de lo cual habían perdido la cuenta de las bofetadas y palos recibidos en esta vida.

Aquello era una fiesta importantísima, digna de que la voceasen por la noche los vendedores de *La Correspondencia* á falta de *¡el crimen de hoy!*

Iban todos á comerse una *paella* en el camino de Burjasot para solemnizar dignamente las paces entre los *Bandullos* y Pepet.

Los hombres, cuanto más hombres, más serios para ganarse la vida.

¿Qué se iba adelantando con hacerse la guerra sin cuartel y reñir batallas todas las noches? Nada; que se asustaran los tontos y rieran los listos; pero en resumen ni una peseta y los padres de familia expuestos á ir á presidio.

Valencia era grande y había pan para todos. Pepet no se metería para nada con la timba que tenían los *Bandullos* y éstos le dejarían con mucha complacencia que gozase en paz de lo que sacara de las otras.

Y en cuanto á quienes eran más valientes, si los unos ó el otro, eso quedaba en alto y no había por qué mentarlo: todos eran valientes y se iban rectos al bulto: la prueba estaba en que después de un mes de buscarse, de emprenderse á tiros ó cuchillo en mano, entre sustos de los transeuntes, corridas y cierre de puertas, no se habían hecho el más lijero rasguño.

Había que respetarse, caballeros; y campar cada uno como pudiera.

Y mediando por ambas partes excelentes amigos se llegó al arreglo.

Aquella buena armonía alegraba el alma, y los satélites de ambos bandos conmovíanse en el cafetín del *Cubano* al ver como los *Bandullos* mayores, hombres sesudos, carianchos y cuidadosamente afeitados con cierto aire monacal, distinguían á Pepet, y le ofrecían copas y cigarrros; finezas á las que respondía con gruñidos de satisfacción, aquel gañán ribereño, negro, apretado de cejas, enjuto y como cohibido al no verse con alpargatas, manta y retaco al brazo tal como iba en su pueblo á ejecutar las órdenes del cacique. De su nuevo aspecto sólo le causaban satisfacción la gruesa cadena de reloj y un par de sortijas con enormes culos de vaso, distintivos de su fortuna que le producían infantil alegría.

El único que en la respetable reunión podía meter la pata era el menor de los *Bandullos*: un chiquillo figón é insultadorcillo que abusaba del prestigio de la familia; sin más historia ni méritos que romper el capote á los municipales ó patear el farolillo de algún sereno siempre que se emborrachaba; hazañas que obligaban á sus poderosos hermanos á echar mano de las influencias pidiendo á éste y al otro que tapasen tales tonterías á cambio de sus buenos servicios en las elecciones.

El era el único que se había opuesto á las

paces con Pepet, y no mostraba ahora en un día de concordia y olvido la buena crianza de sus hermanos. Pero ya se encargarían éstos de meter en cintura aquel bicho ruín que no valía una bofetada y quería perder á los hombres de mérito.

Salieron todos del cafetín formando grupo, por el centro del arroyo, con aire de superioridad, como si la ciudad entera fuese suya; saludados con sonriente respeto por las parejas de agentes que estaban en las esquinas.

Vaya una partida. Marchaban graves, como si la costumbre de hacer miedo les impidiese sonreír; hablaban lentamente, escupiendo á cada instante, con voz fosca y forzada cual si la sacaran de los talones y se llevaban las manos á las sienes atusándose los bucles y torciendo el morro con compasivo desprecio á todo cuanto les rodeaba.

Por un contraste caprichoso, aquellos buenos mozos malcarados, exhibían como gala el pie pequeño, usaban botas de tacón alto adornadas con pespuntos, lo que les daba cierto aire de afeminamiento, así como los pantalones estrechos y las chaquetas ajustadas, marcando protuberancias musculosas, ó míseros armazones de piel y huesos en que los nervios suplían á la robustez.

Los había que, empuñaban escandalosos garrotes ó barras de hierro forradas de piel, golpeando con estrépito los adoquines como si quisieran anunciar el paso de la fiera; pero otros

usaban bastoncillos endebles ó no se apoyaban en nada, pues bastante compañía llevaban sobre las caderas, con el cuchillo como un machete y la pistola del quince más segura que el revolver.

Aquel desfile de guapos, detúvose en todos los cafetines del tránsito para refrescar con medias libras de aguardiente, convidando á los policías conocidos que encontraban al paso, y cerca de las doce llegaron á la alquería del camino de Burjasot, donde la paella burbujeaba ya sobre los sarmientos, faltando sólo que la echasen el arroz.

Cuando se sentaron á comer estaban medio borrachos, mas no por esto perdieron su fúnebre y despreciativa gravedad.

## II

Eran gente de buenas tragaderas, y pronto salió á luz el fondo de la sartén, viéndose por los profundos agujeros que las cucharas de palo abrían en la masa de arroz, el meloso *socarraet*, el bocado más exquisito de la paella.

De vino, no digamos. A un lado estaba el pellejo, vacío, exangüe, estremeciéndose con las convulsiones de la agonía, y las rondas eran interminables, pasando de mano en mano los enormes vasos, en cuyo negro contenido nadaban los trozos de limón para hacer más aromático el líquido.

A los postres, aquellas caras, perdieron algo de su máscara feroz; se reía y bromeaba, con la pretina suelta para favorecer la digestión y lanzando poderosos regueldos.

Salían á conversación todos los amigos que se hallaban ausentes por voluntad ó por fuerza; el tío *Tripa* que había muerto hecho un santo después de una vida de trueno; los *Donsainers* huídos á Buenos-Aires por unos golpes tan mal dados que el asunto no se pudo arreglar aun mediando el mismo Gobernador de la provincia; y la gente de menos cuantía que estaba en San Agustín ó San Miguel de los Reyes, inocento-

nes que se echaron á valientes sin contar antes con buenos protectores.

¡Cristo! Que era una lástima que hombres de tanto mérito hubieran muerto ó se hallaran pudriendo en la cárcel ó en el extranjero. Aquellos eran valientes de verdad, no los de ahora, que son en su mayoría unos muertos de hambre, á quienes la miseria obliga á echárselas de guapo á falta de valor para pegarse un tiro.

Esto lo decía el *Bandullo* pequeño, aquel trastuelo que se había propuesto alterar la reunión pinchando á Pepet, y á quien sus hermanos lanzaban severas miradas por su imprudencia. ¡Criatura más comprometedora! Con chicos no puede irse á ninguna parte.

Pero el escuerzo ruín no se daba por entendido. Tenía mal vino y parecía haber ido á la paella por el solo gusto de insultar á Pepet.

Había que ver su cara enjuta, de una palidez lívida, con aquel lunar largo y retorcido, para convencerse de que le dominaba el afán de acometividad, el odio irreconciliable que lucía en sus ojos y hacía latir las venas de su frente.

Sí señor; él no podía transigir con ciertos valientes que no tienen corazón, sino estómago hambriento; *ruquerols* que olían todavía al estiércol de la cuadra en que habían nacido, y venían á estorbar á las personas decentes. Si otros querían callar que callasen. El no; y no pensaba parar hasta que se viera que toda la guapeza de esos tales, era mentira, cortándoles la cara y lo de más allá.

Por fortuna estaban presentes los *Bandullos* mayores, gente sesuda que no gustaba de compromisos más que cuando eran irremediables. Miraban á Pepet que estaba pálido, mascando furiosamente su cigarro y le decían al oído excusando la embriaguez del pequeño.

—*No fases cas: está bufat.*

Pero buena excusa era aquella con un bicho tan rabioso. Se crecía ante el silencio é insultaba sin miedo alguno.

Lo que él decía allí lo repetía en todas partes. Había muchos embusteros. Valientes de *mata-morta* como los melones malos. El conocía un guapo que se creía una fiera porque le habían vestido de señor; mentira todo, mentira. El muy fachenda, hasta intentaba presumir y le hacía corrococos á María la *Borriquera*, la cordobesa que cantaba flamenco en el café de la Peña.... ¡Ya voy!... Ella se burlaba del muy bruto: tenía poco mérito para engañarla; la chica se reservaba para hombres de valía, para valientes de verdad; él, por ejemplo, que estaba cansado de acompañarla por las madrugadas cuando salía del café.

Ahora sí que no valieron las benévolas insinuaciones de los hermanos mayores. Pepet estaba magnífico, puesto de pie, irguiendo su poderoso corpachón, con los ojos centelleantes bajo las espesas cejas y extendiendo aquel brazo musculoso y potente que era un verdadero ariete.

Respondía con palabras que la ira cortaba y hacía temblar.

—*Aixó es mentira: ¡Mocós!*

Pero apenas había terminado un vaso de vino le fué recto á los ojos, separándolo Pepet de una zarpada é hiriéndose el dorso de la mano con los vidrios rotos.

Buena se armó entonces... Las mujeres de la alquería huyeron adentro lanzando agudos chillidos; todo el honorable concurso saltó de sus silletas de cuerda, rascándose el cinto, y allí salió á relucir un verdadero arsenal: navajas de lengua de toro, cuchillos pesados y anchos como de carnicería, pistolas que se montaban con espeluznante ruido metálico.

La reunión dividióse instantáneamente en dos bandos. A un lado los *Bandullos* cuchillo en mano, pálidos por la emoción, pero torciendo el morro con desprecio ante aquellos mendigos que se atrevían á emanciparse; y al otro, rodeando á Pepet todos, absolutamente todos los convidados, gente que habia sobrellevado con paciencia el despotismo de la familia bandullesca y que ahora veía ocasión para emanciparse.

Miráronse en silencio por algunos segundos, queriendo cada uno que los otros empezaran.

¡Vaya caballeros! La cosa no podía quedar así.. Allí se había insultado á un hombre, y de hombre á hombre no va nada.

Al fin, el reñir es de hombres.

Era una lástima que la fiesta terminase mal, pero entre hombres ya se sabe; hay que estar á todo. Dejar sitio y que se las arreglen los hombres como puedan.



Los amigos de Pepet que estaban en sus glorias y se mostraban fieros por la superioridad del número, colocáronse ante los *Bandullos* mayores cortándoles el paso con sus cuchillos y sus palabras.

En ocasiones como aquella había que demostrar la entraña de valiente. Nada importaba que fuese su hermano. Había insultado y debía probar sin ayuda ajena que tenía tanto de aquello como de lengua.

Pero las razones eran inútiles. Estaban ya frente á frente los dos enemigos, á la puerta de la alquería, bajo aquella hermosa parra por entre cuyos pámpanos se filtraban los rayos del sol dorando las telarañas que envolvían las uvas.

El pequeño, extendiendo la diestra armada de ancha faca y cubriéndose el pecho con el brazo izquierdo, saltaba como una mona haciendo gala de la esgrima presidiaria aprendida en los corralones de la calle de Cuarte.

Todos callaban. Oíase el zumbido de los moscardones en aquella tibia atmósfera de primavera, el susurrar de la vecina acequia, el murmullo del trigo agitando sus verdes espigas, y el chirriar lejano de algún carro, junto con los gritos de los labradores que trabajaban en sus campos.

Iba á correr sangre y todos avanzaban el pescuezo con malsana curiosidad, para dar faltas y buenas sobre el modo de reñir.

El bicho maldito no se aquietaba y seguía insultando. ¡A ver! Que se atracara aquel gua-

po y vería cuan pronto le echaba la *tanda* al suelo.

Y vaya si se atracó. Pero con un valor primitivo; no con la arrogancia del león, sino con la acometividad del toro; bajando la dura testa, encorvando su musculoso pecho, con el impulso irresistible de una catapulta.

De una zarpada se llevó por delante tambaleando y desarmado al pequeño *Bandullo*, y antes de que cayera al suelo le hundió el cuchillo en un costado, de abajo á arriba, con tal fuerza que casi lo levantó en el aire.

Cayó el chicuelo llevándose ambas manos al costado, á la desgarrada faja que rezumaba sangre y hubo un murmullo de asombro casi semejante á un aplauso.

¡Buen pájaro era aquel Pepet! Cualquiera se metía con un bruto así.

Los *Bandullos* lanzáronse sobre su caído hermano, trémulos de coraje y hubo de ellos que requirieron sus armas con desesperación, como dispuestos á cerrar con aquel numeroso grupo de enemigos y morir matando para desagravio de la familia que no podía consentir tal deshonra.

Pero les contuvo un gesto imperioso del hermano mayor, Nestor de la familia, cuyas indicaciones seguían todos ciegamente. Aun no se había acabado el mundo. Lo que él aconsejaba y siempre salía bien: paciencia y mala intención.

El pequeño, pálido, casi exánime, echando sangre y más sangre por entre la faja, fué llevado por sus hermanos á la tartana, que aguar-

daba cerca de la alquería desde que trajo por la mañana todo el *arreglo* de la paella.

¡Arrea, tartanero!... ¡Al Hospital! Donde van los hombres cuando están en desgracia.

Y la tartana se alejó dando tumbos que arrancaban al herido ruidos de dolor.

Pepet limpió su cuchillo con hojas de ensalada que había en el suelo, lo lavó en la acequia y volvió á guardarlo con tanto cariño como si fuese un hijo.

El ribereño había crecido desmesuradamente á los ojos de todos aquellos emancipados que le rodeaban, y de regreso á Valencia, por la polvorienta carretera, se quitaban la palabra unos á otros para darle consejos.

A la policía no había que tenerle cuidado. Entre valientes era de rigor el silencio. El pequeño diría en el Hospital que no conocía á quien le hirió, y si era tan ruín que intentara cantar, allí estarían sus hermanos para enseñarle la obligación.

A quien debía mirar de lejos era á los *Bandullos* que quedaban sanos. Eran gente de cuidado. Para ellos lo importante era pegar, y si no podían de frente, lo mismo les daba á traición. ¡Ojo, Pepet! Aquello no lo perdonarían más que por el hermano, por el buen nombre de la familia.

Pero al valentón ribereño aún le duraba la excitación de la lucha y sonreía despreciativamente. Al fin aquello tenía que ocurrir. Había venido á Valencia para pegarles á los *Bandullos*

donde estaba él no quería más guapos: ya había asegurado á uno; ahora que fuesen saliendo los otros y á todos los arreglaría.

Y como prueba de que no tenía miedo, al pasar el puente de San José y meterse todos en la ciudad, amenazó con un par de guantadas al que intentara acompañarle.

Quería ir solo por ver si así le salían al paso aquellos enemigos. Conque... ¡largo y hasta la vista!

¡Qué hígados de hombre! Y la turba bravucona se disolvió ansiosa de relatar en cafetines y timbas la caída de los *Bandullos*, añadiendo con aire de importancia, que habían presenciado la terrible *gabineta* de aquel valentón que juraba el exterminio de la familia.

Bien decía el ribereño que no tenía miedo ni le inquietaban los *Bandullos*. No había más que verle á las once de la noche marchando por la calle de las Barcas con desembarazada confianza.

Iba á la Peña, á oír á su adorada novia la *Borriquera*.

¡Mala pécora! Si resultaba cierto lo que aquel chiquillo insultador le había dicho antes de recibir el golpe, á ella le cortaba la cara, y después no dejaba botella ni títere sano en todo el café.

Aun le duraba la excitación de la riña, aquella rabia destructora que le dominaba después de haber *hecho* sangre.

Ahora, antes que se enfriase, debieran salirle al encuentro los *Bandullos*, uno á uno ó

todos juntos. Se sentía con ánimos para de la primera rebanada partirlos en redondo.

Estaba ya en la subida de la Morera, cuando sonó un disparo, y el valentón sintió un golpe en la espalda, al mismo tiempo que se nublaba su vista y le zumbaban los oídos.

¡Cristo! Eran ellos que acababan de herirle.

Y llevándose la mano al cinto, tiró de su pistola del quince, pero antes de que volviera la cara, sonó otro disparo y Pepet cayó redondo.

Corría la gente, cerrábanse las puertas con estrépito, sonaban pitos y más pitos al extremo de la calle sin que por esto se viese un kepis por parte alguna, y aprovechándose del pánico abandonaron los *Bandullos* la protectora esquina, avanzando cuchillo en mano hacia el inerte cuerpo, al que removieron de una patada como si fuese un talego de ropa.

—*Ben mort está.*

Y para convencerse más, se inclinó uno de ellos sobre la cabeza del muerto, guardándose algo en el bolsillo.

Cuando llegaron los guardias y se amotinó la gente en torno del cadáver, esperando la llegada del juzgado, vióse á la luz de algunos fósforos la cara moruna de Pepet el de la Ribera, con los ojos desmesurados y vidriosos y junto á la sien derecha una desolladura roja que aun manaba sangre.

Le habían cortado una oreja como á los toros muertos con arte.

## III

El entierro fué una manifestación.

Aun quedaba sangre de valientes: la raza no iba á terminar tan pronto como muchos creían.

Los amos de las casas de juego marchaban en primer término tras el ataúd, como afligidos protectores del muerto, y tras ellos todos los matones de segunda fila y los aspirantes á la clase; morralla del mercado y del matadero que esperaba ocasión para revelarse, y hacía sus ensayos de guapeza yendo á pedir alguna peseta en los billares ó timbas de calderilla.

Aquel cortejo de caras insolentes con gorri-llas ladeadas y tufos en las orejas, hacía apartarse á los transeuntes, pensando en el gran golpe que se perdía la guardia civil.

¡Qué magnífica redada podía echarse!

Pero no; había que respetar el dolor sincero de aquella gente que lloraba al muerto con toda su alma, con una ingenuidad jamás vista en los entierros.

¿Era así como se mataba á los hombres? ¡Cobardes...! ¡morrals...! ¡y después querían los *Bandullos* pasar por bravos! Santo y bueno que le hubiesen tirado el hígado al suelo riñendo cara á cara, pues á eso están expuestos los

nombres que valen; pero matarlo por la espalda y con pistola para no acercarse mucho, era una canallada que merecía garrote. ¡Morir á manos de unos ruines un chico que tanto valía! Parecía imposible que la prensa no protestase y que la ciudad entera no se sublevara contra los *Bandullos*. ¿Y lo de cortarle la oreja? *Ambusteros*, más que *ambusteros*. Eso está bien que se haga con uno á quien se mata de frente: en casos así hay que guardar un recuerdo; pero... ¡vamos! cuando no hay de qué y solo tienen ciertas gentes motivo para avergonzarse, irrita que se pongan moños. Y lo más triste era que muerto Pepet, el valiente de verdad, el guapo entre los guapos, los *Bandullos* camparian como únicos amos, y las personas decentes que eran los demás, tendrían que juntarse para que les diesen las sobras y poder comer. ¡Tan tranquilos que estaban, amparados por aquel león de la Ribera que se había propuesto acabar con los *Bandullos*...!

Los que más irritados se mostraban, eran los neófitos, los aprendices que no habían estrenado la *tea* que llevaban cruzada sobre los riñones; los que no tenían aun categoría para vivir de la tremenda, pero que sentían por Pepet la misma adoración de los salvajes ante un astro nuevo.

Y todos ellos, que pretendían meter miedo al mundo con solo un gesto, lloraban en el cementerio, en torno de la fosa, al ver los húmedos terrones que caían sobre el ataúd.

¿Y un hombre así, más bien plantado que el que paró al sol, se lo habían de comer la tierra y los gusanos?... ¡*Retapones!* aquello partía el corazón.

La chavalería esperaba con ansiosa curiosidad las ceremonias de costumbre en tales casos; algo que demostrase al que se iba que aquí quedaba quien se acordaba de él.

Sonó un *glu glu* de líquido, cayendo sobre la rellena fosa. Los compañeros de Pepet, foscos como sacerdotes de terrorífico culto, vaciaban botellas de vino sobre aquella tierra grasienta que parecía sudar la corrupción de la vida.

Y cuando se formó un charco rojizo y repugnante, toda aquella hermandad del valor malogrado, tiró de las *teas* y uno por uno fueron trazando en el barro furiosas cruces con la punta del cuchillo, al mismo tiempo que mascullaban terribles palabras mirando á lo alto, como si por el aire fueran á llegar volando los odiados *Bandullos*.

Podía Pepet dormir tranquilo. Aquellos granujas recibirían las tornas..... si es que se empeñaban en comérselo todo y no hacer parte á las personas decentes. ¡Lo juraban!

Y al mismo tiempo que los cuchillos de la comitiva trazaban cruces en el cementerio, los *Bandullos* entraban en el Hospital, graves, estirados, solemnes, como diplomáticos en importante misión.

El pequeño sacaba por entre las sábanas su



rostro exangüe tan pálido como el lienzo, y únicamente en su mirada había una chispa de vida al preguntar con mudo gesto á sus hermanos.

Debía saber algo de lo de la noche anterior y quería convencerse.

Sí; era cierto. Se lo aseguraba su hermano mayor, el más sesudo de la familia. El que atacase á los *Bandullos* tenía pena á la vida. Mientras viviesen todos, cada uno de los hermanos tendría la espalda bien cubierta. ¿No le habían prometido venganza? pues allí estaba.

Y desliando un trozo de periódico, arrojó sobre las sábanas un muñón asqueroso cubierto de negros coágulos.

El pequeño lo alcanzó sacando de entre las sábanas sus brazos enflaquecidos; ahogando con penosos estertores el dolor que sentía en las llagadas entrañas al incorporarse.

—*¡La orella!... ¡La orella d' eixe lladre!*

Rechinaron sus dientes con los dos fuertes mordiscos que dió al asqueroso cartílago; y sus hermanos, sonriendo complacidos al comprender hasta dónde llegaba la furia de su cachorro, tuvieron que arrebatarse la oreja de Pepet para que no la devorase.



## LA LEYENDA DEL ESPARRELLÓ

---

**N**A oí una tarde de invierno, tumbado en la arena, junto á una barca vieja, sintiendo en los pies los últimos estremecimientos de la inmensa sábana de agua que espumeaba colérica bajo un cielo frío, ceniciento y entoldado.

Nazaret, con su extenso rosario de blancas casuchas, estaba á nuestras espaldas, y á mi lado un viejo pescador, momia acartonada, que parecía bailar dentro de su traje de bayeta amarilla, hinchado de aire. Echábase la gorrilla de seda sobre una oreja, y chupaba su pipa con la gravedad de un moro, en cuclillas, trazando con la mano que parecía un manojo de sarmientos, complicados arabescos en la arena.

Había llovido fuerte allá por las montañas de Teruel; el río arrojaba en el mar su agua arcillosa y fría, y todo el golfo teñíase de un amarillo rabioso, que á lo lejos debilitábase hasta tomar tonos de rosa. La estrecha faja verde que

recortaba el límite del horizonte delataba que era un mar lo que parecía inundación de tisana.

Y mientras mirábamos la rojiza extensión en cuyo límite se marcaba como lijera nubecilla el cabo de San Antonio, la arremangada gente de Nazaret tiraba de los *bolichones* ó se arrojaba en el agua sucia.

El viejo adivinaba el éxito de la pesca. Aquel era un buen día. Iban á caer los *esparrellós* como moscas.

Y eso que el *esparrelló* era el bicho más ladino y malicioso que se paseaba por el golfo.

¿Que no lo sabía yo? Pues atención, que para comprender cómo las gastaba el tal animalito, iba á contarme un cuento, que indudablemente sería un sucedido, pues de no ser así, no se lo habría contado á él su padre.

Y el buen viejo, siempre en cuclillas, sin soltar la pipa, comenzó á contarme el *sucedido* con su seriedad de lobo de playa, en un valenciano pintoresco, cuyas palabras silbaban al pasar por entre las despobladas encías.

---

También aquel día había crecido el río, y cerca de la orilla resbalaba el *bolichó* traidoramente por entre las turbias olas, arrastrando hacia la arena seca á los incautos peces, atraídos por la frescura del agua dulce y sucia.

El *esparrelló* del cuento, panzudo, pequeñito y vivaracho, un pilluelo que correteaba por

los escondrijos y rincones del golfo con grave disgusto de su familia, acababa de ver caer á todos los suyos entre las mallas de una red. Se salvó él por lijereza, y como era un perdis y los sentimientos de familia no están muy arraigados en su especie, sólo se le ocurrió huir mar adentro, moviendo graciosamente la colita, como si quisiera decir:

—Sálveme yo y perezca la familia: mejor es el agua turbia que el aceite de la sartén.

Pero cerca de la entrada del puerto oyó un poderoso ronquido que conmovía las aguas, como si el suelo del mar se estuviera desgarrando.

El *esparrelló* dejóse caer en línea recta, y en una hondonada abierta por las dragas en el fango, vió tumbado como un canónigo á un *reig* corpulento, que lo menos pesaba cuatro arrobas; un animalote insolente y matón que cobraba el barato en todo el golfo y apenas movía una agalla hacía temblar á todo el escamado enjambre.

Vaya un modo de dormir. Cansado de las aguas verdes y tranquilas cargadas de calor y de luz, le placía la frescura y la semiobscuridad del barro líquido que arrastraba el río, y roncaba como si estuviera en una alcoba con las cortinas corridas.

El *esparrelló* quiso pasar un buen rato con el terrible personaje, pero sus malas intenciones no iban más allá del deseo de divertirse á costa ajena, y se limitó á pasar y repasar por

las jadeantes narices del gigante, haciéndole cosquillas con las finas púas de su cola.

Pero bueno era el *reig* para inquietarse por tales caricias. A fuerza de sufrir cosquillas cesó de roncar y se incorporó un poco, moviendo su poderosa cola, pero tumbóse sobre el otro costado, y siguió bramando con la tranquilidad del que, seguro de su fuerza, no teme peligros.

—¡Animal!—le gritaba el pececillo junto á una agalla;—animal, despiértate.

—¿Eh?—exclamaba el *reig* entre dos ronquidos con su bronca voz de borracho.

—Que te despiertes. Hay por ahí un belén de mil demonios. La gente de Nazaret ha roto hostilidades, y á miles se lleva prisioneros á los nuestros.

—Allá vosotros, Eso va con la morralla y no con personas de mi clase.

—Es que para tí también hay. Por arriba va la barca del *Toto* explorando, y si ha oído tus ronquidos ahora mismo tienes aquí el *bolichó* de cuerdas, y mañana estás en la Pescadería hecho cincuenta cuartos.

—¡Cincuenta demonios!—roncó con furia el *reig*, y dando un furioso coletazo abandonó la cama de barro, poniéndose en facha de escapar, mientras al ladino *esparrelló* le temblaban todas las escamas con las convulsiones de una risita aguda é insolente.

El *reig* se amoscó al ver que tomaban á broma su prudencia, y avanzando el cuerpo hacia

el diminuto bicho quiso reconocerle en la semiobscuridad.

—¿Eres tú, granuja? Tú acabarás mal; y si no fuera porque me tacharían de ingrato, lo que no corresponde á una persona de mi edad y mi peso, ahora mismo te tragaba. ¿Crees tú, mocoso, que me dan miedo todos esos pelambres que vienen á buscarnos en el fondo de las aguas? Soy demasiado guapo para dejarme cojer. Pregúntale á ese *Toto* de quien hablas cuántas veces de una *morrá* le he roto el bolichón de cuerdas. Si repito muchas veces la fiesta le arruino. Pero tengo conciencia, y antes que hacer daño á un padre de familia prefiero huir á tiempo; y me va tan ricamente con este sistema, que mientras los de mi familia han ido á morir faltos de respiración en la playa, yo escapo siempre, y aquí me han de caer las escamas de puro viejo.

—Lo mismo soy yo—dijo con petulancia el pececillo;—los míos se han dejado arrastrar, pero á mí no me falta lijereza, y aquí estoy. Es gran cosa el ser pequeño.

—Quita allá, bicho ruín. Lo que vale es ser grande como yo, con más fuerza que un caballo y capaz de llevarse por delante de un empujón todas las redes de esos pelagatos.

Y para demostrar su fuerza, en menos de un segundo dió dos ó tres coletazos con la aviesa intención de pillar desprevenido al *esparrelló*, y con tanto empuje, que si lo alcanza lo revienta.

Pero el granuja se echó á un lado oportunamente, amoscado por tan villanas caricias.

—Fuerte sí que lo eres: convenido. Si no salto me partes, y eso no está bien entre personas decentes, que deben ser agradecidas. Pero en cambio soy más lijero: corro más que tú. Mira como tu cola no me alcanza.

—¡Correr más tú!... ¡Jo! ¡jo! ¡jo!...

Tan graciosa era la afirmación del petulante pececillo, que el *reig* se revolcaba con convulsiones de risa, y sus carcajadas, sonoras como ronquidos, hacían hervir el agua.

—Calla, condenado, que el *Toto* debe andar por arriba.

La advertencia devolvió al *reig* su seriedad, pero le cargaba que aquel bicho insignificante sacara á colación á cada instante el nombre del pescador, y quiso vengarse.

—¿Que tú corres más?—dijo con su expresión de jaque testarudo,—eso pronto se verá. Hagamos una apuesta: á ver quién llega antes al cabo de San Antonio. Apostaremos... ¡vaya! ya está. Si yo llego antes te dejarás comer en castigo á tu fanfarronería, y si quedo rezagado te protegeré siempre y seré tu siervo. ¿Conviene, chiquitín?

¡Pobre *esparrelló*! Le temblaban todas las escamas al verse metido en porfía con tan peligroso bruto, pero entre ser devorado al momento ó de allí á unas horas, optó por lo último.

—Conforme, grandullón—contestó con risita forzada;—cuando quieras empezaremos.



—Vámonos á las aguas verdes, que esto está turbio.

Y lentamente, moviendo con indolencia la cola, como dos buenos amigos que salen á tomar el fresco, el *reig* y el *esparrelló* llegaron al sitio donde se aclaraban las aguas con un dulce tono de esmeralda líquida.

El gigante dió unos cuantos coletazos alegres, roncó haciendo hervir el agua con sonoras burbujas y se puso en facha para correr.

—Mira, chiquitín; sé que te quedarás atrás, pero no pienses en huir porque te buscaría por todo el golfo. Aunque grandote, no soy tan bruto como crees.

—Menos palabras y al avío.

—¿Va ya, chiquillo?

—Cuando quieras.

—Pues ¡va!

¡Caballeros y qué modo de correr! Aquel *reig* era una tempestad. Al primer coletazo salió como un rayo envuelto en espuma, moviendo un estrépito de todos los demonios. Tan ciego iba que casi se estrelló los morros contra la popa de una fragata inglesa cargada de guano que había naufragado veinte años antes y estaba hundida en la arena como una carroña carcomida por los miles de pececillos que se albergaban en su vientre.

Pasó adelante sin sentir el encontronazo, jadeante, enfurecido, moviendo á un tiempo cola, aletas y agallas, de un modo vertiginoso, con un ruido y un hervor que conmovía todo el golfo.

¿Y el *esparrelló*? Pobrecito: quiso seguir á su corpulento enemigo; pero el hervor de la espuma le cegaba, la violenta ondulación producida por cada coletazo del *reig* le hacía perder camino, y á los pocos minutos se sentía rendido por una carrera tan loca.

Pero el animalito panzudo era un costal de malicias. Esforzándose llegó hasta la cabeza del *reig*, y fijándose en aquéllas grandes agallas que se abrían y cerraban con movimiento automático, hizo una graciosa evolución y se coló por una de ellas.

No se estaba mal allí. Viajar gratis, á doble velocidad y acostadito en aquel nido forrado de suave escarlata, era una dicha.

—¡Je! ¡je! ¡je!—reía socarronamente el pececillo sacando la cabeza por la ventana de su guarida.

Y el *reig* daba un salto murmurando.

—Ese bicho ruin me da alcance. Oigo su risita burlona. Corramos, corramos.

Y cada carcajada del *esparrelló* era como un espuelazo para el pescadote.

¡Que loca carrera! Aquella cola poderosa batía los profundos algares, y en el verdoso espacio flotaban arremolinados los pardos hierbajos, mientras que las horribles larvas, las indefinibles mucosidades que vivían misteriosamente en el seno de los estercoleros submarinos, salían escapadas huyendo del brutal azote.

Después de los algares las colinas sumergidas, aquellos peñascales en cuyas cuevas jue-

teaban los peces recién nacidos, transparentes y diáfanos como sombras.

¡Qué espantosa revolución llevaba el *reig* á tan tranquilos lugares!

Le conocían bien por sus brutales majaderías, por sus caprichos de matón que alarmaban todo el golfo; y las plantas submarinas que tapizaban los peñascos agitaban sus puntiagudas y verdes cabelleras, como si quisieran gritar con angustia:

—Atención, que llega ese loco.

Las almejas, gente tranquila que huye del ruido, al ver aproximarse el torbellino de espuma y furiosos coletazos, replegábanse medrosicas, cerrando herméticamente las dos hojas de su negra vivienda; los erizos apelotonábanse, formaban el cuadro, presentando por todos lados sus háces de agudas bayonetas; los calamares sentían tal miedo, que se envolvían en su diarrea de tinta; los gatos de mar sacaban por entre las piedras sus chatas cabezas y vientres atigrados con trémula inquietud; las lapas agarrábanse á la roca con más fuerza que nunca; los langostines ocultaban su transparencia de nácar bajo el brillante fanal de alguna caracola hueca; los salmonetes huían en bandadas, esparciéndose como el brillante chisporroteo de una hoguera aventada; y en aquel mundo verdoso é inquieto, el paso veloz del enfurecido animalote producía entre los torbellinos de la espuma un hervor de carmín y plata, de escamas que despedían al huir fantásticos reflejos

y colas que se agitaban con la ansiedad del pánico.

Una rozadura del *reig* bastó para arrancarle dos patas á una langosta, y la pobrecita, apoyada en un salmonete que se prestaba á ser su procurador, emprendió la marcha hacia las Columbretas, para pedir justicia y venganza á algún tiburón de los que rondan aquellas islas.

Dos alegres delfines que estaban acabando de merendarse un atún putrefacto levantaban sus morros de cerdo y se burlaban de su amigote, gritando:

—¡A ese, á ese, que está loco!

Y decían verdad; si no estaba loco, poco le faltaba. Aquella maldita risa del *esparrelló* la tenía siempre en los oídos, y el pobre animal corría y corría espoleado por la vergüenza de de ser vencido.

Por fortuna, en el verdoso y confuso horizonte comenzaron á marcarse las masas negras de las estribaciones submarinas del cabo, con sus profundas cuevas, donde las señoras del golfo en estado interesante iban á depositar sobre el tapiz de hierba fina sus innumerables huevos.

El jadeante *reig*, que no podía ya con su alma, llegó junto á las rocas, y dijo con angustioso ronquido:

—Ya llegué.

Pero la vocecilla cargante contestó con timbre de falsete:

—Yo primero.

El muy granuja acababa de saltar desde el interior de la agalla, y se pavoneaba ante el hocico del cansado *reig*, como si hubiera llegado mucho antes.

El sencillo animalote no sabía qué hacer. Sintió tentaciones de darle un trompis al insolente bicho que lo convirtiese en papilla, pero encorvándose se llevó varias veces la cola entre los ojos y se rascó con expresión reflexiva.

—Bueno—roncó por fin.—En esto debe haber trampa, pero la palabra es palabra. Mocoso, manda lo que quieras; seré tu criado.

Y el viejo pescador, terminado su cuento, sonreía y guiñaba los ojos maliciosamente.

Aquello era de los tiempos en que los pescados hablaban, pero tenía *intríngulis*.

¿Que no lo adivinaba? Pues era sencillo: que en este mundo puede más el listo y el astuto, que el fuerte que todo lo fía al corazón y á la acometividad. Que vale ser más *esparrellò* pequeño y malicioso, que *reig* enorme y sencillote. Que acometiendo de frente y arrollándolo todo sólo se consigue ser vehículo del listo que se esconde en la agalla para salir á tiempo.

Y el vejete me miraba con tal expresión de malicia y lástima, que me ruboricé, murmurando para dentro:

—Este tío me conoce.





## EL FEMATER

---

### I

**E**L primer día que á Nelet le enviaron solo á la ciudad, su inteligencia de chicuelo torpe adivinó vagamente que iba á entrar en un nuevo período de su vida.

Comenzaba á ser hombre. Su madre se quejaba al verle jugar á todas horas sin servir para otra cosa, y el hecho de colgarle el capazo á la espalda enviándolo á Valencia á recoger estiércol, equivalía á la sentencia de que en adelante tendría que ganarse el mendrugo negro y la cucharada de arroz, haciendo algo más que saltar acequias, cortar flautas en los verdes cañares ó formar coronas de flores rojas y amarillas en los tupidos donpedros que adornaban la puerta de la barraca.

Las *cosas* iban mal. El padre, cuando no tra-

bajaba los cuatro terrones en arriendo, iba con el viejo carro á cargar vino en Utiel: las hermanas estaban en la fábrica de sedas hilando capullo; la madre trabajaba como una bestia todo el día, y el pequeñín, que era el gandul de la familia, debía contribuir con sus diez años aunque no fuera más que agarrándose á la espuerta, como otros de su edad, y aumentando aquel estercolero inmediato á la barraca, tesoro que fortalecía las entrañas de la tierra vivificando su producción.

Salió de madrugada, cuando por entre las moreras y los olivos marcábase el día con resplandor de lejano incendio. En la espalda, sobre la burda camisa, bailoteaban al compás de la marcha el flotante rabo de su pañuelo anudado á las sienes y el capazo de esparto que parecía una joroba. Aquel día estrenaba ropa; unos pantalones de pana de su padre que podían ir solos por todos los caminos de la provincia sin riesgo de perderse, y que acortados por la tía Pascuala, se sostenían merced á un tirante cruzado á la bandolera.

Corrió un poco al pasar por frente al cementerio de Valencia, por antojársele que á aquella hora podían salir los muertos á tomar el fresco, y cuando se vió lejos de la fúnebre plazoleta de palmeras, moderó su paso hasta ser éste un trotecillo menudo.

¡Pobre Nelet! Marchaba como un explorador de misterioso territorio hacia aquella ciudad que, bañada por los primeros rayos del



sol, recortaba su rojiza crestería de tejados y torres sobre un fondo de blanquecino azul.

Dos ó tres veces había estado allí, pero amparado por su madre, agarrado á sus faldas, con gran miedo á perderse. Recordaba con espanto la ruidosa batahola del Mercado y aquellos municipales de torbo ceño y cerdosos bigotes, terror de la gente menuda; pero á pesar de los espantables peligros, seguía adelante con la firmeza del que marcha á la muerte cumpliendo su deber.

En la puerta de San Vicente se animó viendo caras amigas; *fematers* de categoría superior, dueños de una jaca vieja para cargar el estiércol y sin otra fatiga que tirar del ramal gritando por las calles el famoso pregón: *Ama ¿hía fem?*

Uno de ellos era vecino del muchacho y hasta se susurraba si andaba enamorado de una de sus hermanas, aunque no hacía más que dos años que estaba pensando en declarar su pasión, circunstancias que no impidieron que con pocas palabras diese un susto á Nelet.

De seguro que no llevaba licencia. ¿No sabía lo que era? Un papelote que había que sacar soltando dinero allá en el Repeso. Sin ella había que menear bien las piernas para huir de los municipales. Como le pillasen, flojas *patás* le iban á soltar. Conque ¡jojo, *chiquet!*

Y fortalecido por tan consoladoras advertencias, el pobre chico entró en la ciudad, buscando los callejones más solitarios y tortuosos,

mirando con codicia los humeantes rastros que dejaban los caballos sobre los adoquines, sin atreverse á meter en su espuerta tales riquezas por miedo de agacharse y sentir en el hombro la mano de un sayón con kepis.

Aquello forzosamente había de acabar mal.

Se olvidó de todo en una plazoleta, viendo como jugaban al toro un grupo de pelones de larga blusa y grueso bolsón de libros retardando el momento de entrar en escuela; pero de improviso sonó el grito de *¡la ful!* anunciando la aparición de un municipal de los más feos y todos se desbandaron al galope como tribu de salvajes sorprendida en lo mejor de sus misteriosos ritos.

Nelet huyó despavorido pensando que en la maldita ciudad no se ganaba para sustos; la giba de esparto siempre sobre su espalda y atropellando en la desbocada carrera á una vieja que barría tranquilamente su portal.

No era floja la paliza que le soltarían en casa al verle de vuelta con el capazo vacío, y esta consideración fué lo que le dió valor. Llegaban hasta él los gritos de los otros *fematers* en las inmediatas calles, agudos, insolentes, como cacareos de gallo, y tímidamente, temblando de que álguien le oyese, murmuró con voz que parecía el balido de un cordero—*Ama ¿hia fem?*

Y así recorrió un par de calles.

—Entra, chiquillo, entra.

Era una buena mujer que le hacía señas indicándole las barreduras que acababa de amon-

tonar junto á una puerta. ¡Pero qué simpática resultaba aquella mujer! El regalo no era gran cosa: polvo, puntas de cigarro, mondaduras de patata y hojas de col; el estiércol de una casa pobre. Nelet lo recogió todo con la satisfacción del aventurero que triunfa por primera vez y siguió adelante mirando los balcones, los pisos superiores que él llamaba *casas grandes* donde se comía bien y en las covachas de la cocina había para meter la mano y el codo.

Pero ¡rediel! (y se rascó la roja frente llena de arañazos) estaba perdiendo el tiempo. Había olvidado sus relaciones de la ciudad: la casa de Marieta, su hermana de leche, donde había estado algunas veces con su madre.

Y tras indecisiones y rodeos dió por fin con la calle sombría y solitaria cerca de los juzgados, y el caserón de humedo patio en cuyo piso principal vivía D. Esteban el escribano.

Aquella mañana era de desgracias.

En el patio estaba la portera, una bruja que le recibió escoba en mano faltando poco para que le saludase con dos hisopazos en la cara.

Ella no quería marranos que le ensuciasen la escalera. Todos los inquilinos tenían su *femater*. ¡Largo, granuja! ¡Quién sabe si subiría con intención de robar algo!

Y el tímido labradorcillo, retrocediendo ante la iracunda bruja, protestaba con voz débil repitiendo siempre la misma excusa. Era el hijo de la tía Pascuala, á la que toda Paiporta conocía; la ama de Marieta ¿no era bastante?

Pero ni el nombre de la tía Pascuala ni el del mismo Espíritu Santo ablandaba á la portera y á su fiera escoba, y Nelet, retrocediendo, se vió en la calle y allí se quedó como un bobo frente á una pared vieja, arañando los sueltos yesones y espiando con el rabillo del ojo las evoluciones de la vieja.

La vió sumirse en el cuchitril de la portería y cautelosamente entrose en el portal, lo cruzó sin ser visto y subió por la escalera de antiguos azulejos, tirando tímidamente del borlón de estambre que colgaba ante la enorme y conventual puerta del primer piso.

No fué poco lo que se rió la criada, bravía moza de las montañas de Teruel al abrir la puerta y encontrarse con aquel monigote panzudo que abultaba menos que su capazo.

¿Qué buscaba? Allí tenían quien se llevara el estiércol. Y Nelet turbado por el buen humor de la *churra* no sabía qué decir.

Pero de pronto se abrió para él el cielo. Ó lo que es lo mismo, vió asomar por detrás de la falda de la criaducha una cara morena, prolongada y huesosa, con los rebeldes pelillos estirados cruelmente hacia el cogote, los ojos grandes y negros, animados por una chispa de eterna curiosidad y el cuerpo zancudo y desgarrado por prematuro crecimiento.

La niña le reconoció enseguida: no en balde transcurren dos años durmiendo bajo el techo de la barraca y en la misma cama y se pasan los días junto á la acequia tendidos sobre

el vientre con la cara teñida de zumo de zanahorias. Era Nelet, el hijo del ama.

Lo cogió de la mano con cierto aire de muchacho, propio del desgambo con que llevaba las faldas y los dos se dirigieron á la cocina seguidos por la sonriente *churra* á quien la hacía gracia el aire tímido y enfurruñado del chiquillo.

## II

Llegó á su barraca con la espuerta sin llenar, pero no pudo decir que le había ido mal en su primera expedición.

Aquella *churra* le quería de veras, desde que supo que era nada menos que hermano de la señorita. Ella misma le llenó el capazo vaciando todo el basurero de la cocina, sin importarle lo que pudiera murmurar el *femater* de la casa, un viejo que podía alegar los derechos adquiridos en once años. Nelet le desbancaba, y la buena muchacha, para afirmar su protección, le regaló con media cazuela de guisado de la noche anterior y una montaña de mendrugos que el chico iba tragándose con la calma de un rumiante, pensando que si duraba mucho la buena racha, iba á ponerse tan redondo y frescote como el cura de Paiporta.

Pues ¿y Marieta? Le miraba comer con alegría, como si fuera ella misma la que saboreaba el guisado con hambre atrasada. Hasta quiso que le dieran vino, y apenas le veía hacer un descanso, pasaba revista á todos los de allá, preguntando cómo estaba el ama, si tenían muchos animales, si el padre aún iba por los caminos, si vivía el *Negret*, aquel perrillo seco,

almacén de pulgas que ahullaba como un condenado apenas se acercaban á la barraca, y si la higuera tan frondosa en verano, soltaba aquella lluvia de lagrimones negros y suaves que caían *jchap!* dulcemente en el suelo, despachurrando la miel y el perfume de sus entrañas rojas.

Y después tras el sustancioso atracón llegó para Nelet el momento de los asombros, viendo la colección de muñecas, los vestidos, los sombreros, todos los regalos con que el escribano obsequiaba á su hija. Bien se conocía que esta era única, que había quedado sin madre casi al nacer y que el viejo D. Esteban no tenía otro cariño á que dedicar los buenos cuartos que arañaba en el juzgado.

Seguía á su Marieta por toda la casa, admirando las magnificencias que la chiquilla le mostraba con mal cubierta satisfacción de amor propio. El salón le anonadó con sus sillerías del primer tercio de siglo y sus adornos que evocaban el recuerdo de las almonedas judiciales; pero su admiración trocóse en espanto, ante una puerta entornada. Allí dentro trabajaba el papá con sus dos escribientes y se oía su voz campanuda: *Providencia que dicta el señor Juez... etcétera.*

*¡Cristo!* aquello asustaba á Nelet más que los municipales y emprendió la vuelta hacia la cocina.

En fin, que su primera visita le hizo experimentar la satisfacción del que se halla establecido y cuenta con clientela.

Entraba por las mañanas en la ciudad tomando al paso lo que buenamente encontraba en las calles y recto á aquel caserón donde se colaba como si fuese un inquilino.

La bruja de la portería se guardaba ahora su escoba y hasta le protejía, recomendándolo á las criadas de los otros pisos y en el principal tenía á la *churra*, que siempre encontraba en los rincones de la despensa algo sobrante que antes era para los gatos, y ahora se tragaba Nelet.

¡Qué mañanas aquellas! Llegaba cuando la casa estaba en el revoltijo del despertar. Los escribientes en el despacho se soplaban las manos preparándose á agarrar las plumas y ensuciar papel de oficio; la *churra* por allá dentro levantaba camas, dando furiosas bofetadas á los colchones, y Marieta de trapillo, con la cabeza espeluznada y una faldilla á media pierna, arañaba los pasillos con la escoba, para dar gusto al papá, que quería una *chica muy mujer de su casa*.

Y en el comedor encontraba á D. Esteban, el terrible escribano, imagen para Nelet de la justicia, que puede pegar y meter en la cárcel, sentado ante el humeante chocolate, con las gafas caladas para leer el periódico y murmurando automáticamente al entrar el muchacho:

—Hola chiquillo ¿cómo está la tía Pascuala?

Pero el terrible pasmarote, no tardaba en aislarse en su despacho, para preparar lo que



luego había de decir el señor juez sobre papel sellado, y la casa parecía alegrarse con tal desaparición.

Sonaban risas en aquel ambiente denso, de habitaciones cerradas, donde flotaba aún el calor del sueño y el polvo levantado por la limpieza. Los gatos jugueteaban en la cocina con la espuerta *del femateret*, mientras éste se sentía feliz, ayudando á la *churra* con su buena voluntad de bruto de carga ó charlando con Marieta de cosas tan interesantes, como eran las últimas y verídicas noticias de cuanto ocurría en Paiporta y sus alrededores.

¡Oh! Á aquella chica le tiraba aún la miserable barraca y los terruños sobre los cuales se había dado cuenta por primera vez de que existía. Hablaba de la tía Pascuala con más entusiasmo que de su madre, á la que sólo había visto en el oscuro retrato que estaba en el salón, figura melancólica que parecía presentir ante el pintor, la llegada de la maternidad del brazo con la muerte.

¡Qué bien se estaba en la barraca! Ya había transcurrido tiempo, pero ella recordaba con la vaguedad de comprensión de los primeros años aquellas noches pasadas en el *estudi*, hundida en los mullidos colchones de hoja de maíz que cantaban al menor movimiento, defendida por el poderoso anillo de músculos que formaban los brazos de la nodriza, durmiéndose al calor de las voluminosas ubres siempre repletas y firmes; después el alegre despertar, cuando el sol

se filtraba por las rendijas del ventanillo, y pibaban los gorriones en el techo de paja de la barraca, contestando á los cacareos y gruñidos de los habitantes del corral; el fuerte perfume del trigo, las frescas emanaciones de la hierba y las hortalizas, difundiéndose por el interior de la blanqueada vivienda, olores confundidos y arrollados por el vientecillo que pasando por las filas de moreras y á través de la higuera parecía hacer cantar á las temblonas hojas; y la vida bohemia, alegre y descuidada en los campos inmediatos, que recorrían con sus vacilantes piernas de dos años, sin atreverse á llegar á la revuelta del camino lleno de barrizales y cruzado por los profundos surcos de las ruedas, pues su imaginación naciente había inventado que allí forzosamente debía terminar el mundo.

¿Y cuando *el pare* llegaba de uno de aquellos largos viajes de carretero y al oír los casca- beles de los machos y el chirrido de las ruedas, salían todos al camino á recibirle con cruces de caña como si fueran una procesión de las de Paiporta? ¿Y cuando á la orilla de la acequia casi seca, se coronaban de donpedros, colgaban de su cintura largas hojas de caña y con el verde faldellín paseábanse gravemente imitando el paso de puntas de aquellas vírgenes y heroínas que salían en las cabalgatas del pueblo? ¿Y la vez que se pegaron por un higo? ¿Y cuando hartos de zanahorias teñíanse la cara de morado y se revolcaban por la rojiza tierra hasta parecer indios bravos, dejando como guiña-

pos las finas y bordadas ropas que enviaba el escribano?

¡Ah, Nelet! ¡Qué malo eras entonces!

Y la muchacha miraba por los balcones la estrecha calle en la que vergonzosamente entraba un rayo de sol; y en su vaga mirada de pájaro enjaulado, leíase el deseo de volar lejos, muy lejos, á aquellos campos donde la esperaban la vida libre y la adoración de toda una familia de infelices que la veneraban como procedente de una raza superior.

Pero el papá se oponía á que volviese á la barraca ni un solo día. Lo había dicho terminantemente: cada cosa á su tiempo y ahora nada bueno podía aprender entre aquellos brutos.

Esta tenaz negativa recordaba á Nelet el momento en que se llevaron á la chica á Valencia; en que la robaron, sí señor; engañándola, diciendo que sólo era para unos días y no tardaría en volver, mientras la pobrecita lloraba y él corría como un perrillo detrás de la tartana pidiendo con lamentos al cruel escribano que no le quitase á su Marieta.

¡Rediel! Si fuese ahora que era ya casi un hombre y le plantaba una pedrada al más guapo... |

Y en esto sonaban las diez, salían los escribientes con sus badanas repletas de autos camino del juzgado y el principal al ver al *femateret* torcía el ceño.

—¿Pero aún estás ahí? Tú acabarás mal; eres un vago. A la obligación, chiquillo.

Y el pequeño David, á pesar de aquellas pedradas certeras que le enorgullecían, temblaba ante el gigante con el terror que inspira al infeliz el hombre de justicia, y recogiendo su espuerta salía cabizbajo, avergonzado, sin atreverse á mirar á Marieta... y hasta el día siguiente.

Algunas veces el recuerdo de la idílica existencia al aire libre perdía su encanto y era Nelet quien envidiaba en la persona de su hermana todas las comodidades y esplendores de la vida de la ciudad.

¡Qué lujos! Los vestidillos de seda y terciopelo, los sombreros que parecían islas de flores, todos los regalos del papá que Marieta enseñaba con malsana coquetería aturdían á Nelet, y como para él no habían gradaciones sociales, como el mundo estaba dividido en gente del campo y *señorío*, la hija del escribano aparecía á sus ojos igual ó superior á aquellas otras que había visto algunas veces en los carruajes de lujo.

Marieta le dominaba, le hacía pasar embobado las mañanas en aquella casa, obedeciéndola servilmente como allá en la barraca cuando era una chicuela llorona y rabiosilla.

Y transcurrió el tiempo estrechándose cada vez más entre los dos hermanos aquel lazo de cariño creado en los albores de su vida por la existencia casi silvestre.

Nelet se hacía hombre. A los quince años era ya una vergüenza que entrase por las maña-

nas en la ciudad con su espuerta como un chiquillo. Trabajaba los campos en arriendo mientras el padre andaba por los caminos, y para recoger basura en Valencia contaba con el auxilio de un jaco viejo que el carretero había traspasado á su hijo como deshecho.

El pobre animal, cabizbajo como un misántropo, con el flaco lomo martirizado por los serones llenos, pasaba las horas frente á la casa del escribano, mirando con sus ojos vidriosos y empañados á la vieja portera que hacía media, mientras su joven amo andaba por arriba regañando amistosamente con la *churra* ó siguiendo como un siervo á la señorita.

Era ya todo un hombre, cortés y rumboso con las personas de su aprecio. Bien le pagaba á la criada los antiguos guisotes trasnochados. Nunca llegaba con las manos vacías, y del serón salían camino del primer piso, el par de melones verdes y correosos, los pimientos inflamados y brillantes, las frescas lechugas con sus ocultos cogollos de ondulado marfil ó las coles vistosas como flores de rizada blonda, dones que arrancaba directamente de sus terruños y que al faltar en estos robaba tranquilamente en los campos del camino, con la impudencia del chiquillo de huerta acostumbrado desde que andaba á gatas á atracarse de uvas y digerirlas ayudado por los pescozones de los guardas.

Y satisfecho con el agradecimiento que le mostraba la criada por sus obsequios, viendo siempre en Marieta á la rapazuela que en otros

tiempos jugaba con él y le arañaba al más leve motivo, apenas si llegó á fijarse en la súbita transformación que iba operándose en la muchacha.

Redondeábase su cuerpo; aclarábase su tez en extremo morena; las agudas clavículas y la tirantez del cuello iban dulcificándose bajo la almohadilla de carne suave y fresca que parecía acolchar su cuerpo; las zancudas piernas al engruesarse, poníanse en relación con el busto. Y como si hasta á la ropa se comunicase el milagro, las faldas parecían crecer un dedo cada día, como avergonzadas de que estuvieran por más tiempo al descubierto aquellas medias que amenazaban estallar con la expansión de la robustez juvenil.

Marieta no iba á ser una beldad; pero tenía la frescura de la juventud, vigor saludable y unos ojazos valencianos, negros, rasgados y con ese misterioso fulgor que revela el despertar del sexo.

Y como si la niña adivinase la proximidad de algo grave y decisivo que le privaría en adelante de tratar á su hermano como si aún anduviesen por los campos, hablaba á Nelet con seriedad, evitando los juegos de manos, las intimidades propias de una infancia sin malicia ni preocupaciones.

En fin, que un día al entrar Nelet en la casa quedose asombrado como si un fantasma le hubiese abierto la puerta.

Aquella no era Marieta; se la habían cambiado.

Era una muñeca con el pelo arrollado y puntiagudo sobre la nuca conforme á la moda y una horrible falda larga que la cubría los pies.

Parecía muy complacida de verse mujer, de haberse librado de la trenza suelta y la pierna al aire, signos de insignificancia infantil; pero á él le faltó poco para llorar, para protestar á gritos, como en aquella tarde que corría tras la tartana suplicando al feroz escribano que no le quitase la chiquita. Por segunda vez le arrebatában su Marieta.

Y después, ¡horror da recordarlo! aquella *churra* despiadada parecía complacerse en su dolor haciéndole terribles advertencias.

El señor se lo había dicho y ella lo repetía por encontrarlo muy justo y para evitarse reprimendas. Cada cual debía ponerse en su lugar. En adelante nada de tuteos ni de Marietas, y mucho de señorita María, que era el nombre de la única dueña de la casa. ¿Qué dirían las amiguitas al ver á un *femater* tratando tú por tú á la señorita? Conque ya lo sabía: el hermanazgo había terminado.

Y á Nelet la silenciosa naturalidad con que Marieta, digo mal, la señorita María, escuchaba todo aquel cúmulo de absurdas recomendaciones, dolíale más que las palabras de la *churra*.

Todo lo dicho—continuaba ésta—no era ni remotamente que se pretendiera cerrar al chico las puertas.

Ya sabía que lo consideraban como de casa

y que toda la cocina era para él. Pero cada cual en su sitio ¿estamos?

No olvidando esto podía volver cuando quisiera.



## III

Y volvió ¡rediel! ¿Pues no había de volver? Ir á Valencia y no entrar en aquel caserón cerca de los Juzgados, era un hecho que por lo absurdo no había pensado nunca que pudiera ocurrir.

Y allí iba todas las mañanas, á sufrir, reconociéndose cada vez más distanciado de aquella á quien tenía que llamar la señorita.

¿Dónde estaba ya aquel afán por hablar de las cosas de la barraca?

Entraba Nelet en la casa con la confianza de siempre, pero notando en torno de él un ambiente de frialdad é indiferencia. Era el *femater* y nada más.

Algunas veces intentó resucitar en María el entusiasmo por la pasada vida, hablándola del ama y de su familia que tanto la amaban, de aquella barraca en la que todos pensaban en ella; pero la joven oíale con cierto malestar, como si la causara repugnancia la rusticidad de los de allá.

¡Ah, pobre Nelet! Decididamente le habían cambiado su Marieta. En aquella adorable muñeca no había nada que vibrase al recuerdo del pasado. Parecía que en su cabeza, al cubrirse

con el peinado de mujer, se habían desvanecido todos los ensueños de poesía campestre.

Tenía el pobre muchacho que contentarse sosteniendo largas conversaciones con la *churra*, en aquella cocina á la que llegaba el tecleo monótono de la señorita que estudiaba sus lecciones en el piano del salón. Aquellas escalas incoherentes y pesadas se le metían en el alma, conmoviéndole más que las melodías del órgano en la iglesia de Paiporta.

Y para colmo de sus penas, la criada no sabía hablar mas que de D. Aureliano, un personaje que preocupaba á Nelet y al que acabó por conocer deteniéndose un día en la puerta del despacho del escribano.

Era un jovencillo pálido, rubio, enclenque, con lentes de oro y ademanes nerviosos; un abogado recién salido de la Universidad que se preparaba con la práctica para ser habilitado de D. Esteban ansioso de descanso, y que al fin acabaría por hacerse dueño del despacho.

¡Y que parase ahí! Esto no lo decía el pobre *femater*, pero lo pensaba con la confusión propia de su caletre. Aquel barbilindo que tendría cinco ó seis años más que él era una espina que llevaba clavada en el corazón.

Deseoso de reconquistar el afecto de la señorita, multiplicaba sus obsequios con tanta rudeza como buena voluntad.

El jamelgo llegaba muchas veces á Valencia con los serones llenos de frutas ó frescas hortalizas; los campos del camino temblaban al ver-

le venir, temiendo su loca rapiña, su inmoderado afán de obsequiar sin acordarse que hay dueños en el mundo ni guardas que pueden pegar una paliza; pero tanto sacrificio no merecía mas que alguna automática sonrisa ó un ¡gracias! como se da á cualquiera y los regalos iban á la cocina sin alcanzar otros elogios que los de la *churra*.

En cambio, sobre la mesa del comedor, ó en el salón, sobre el piano, todas las mañanas veía el pobre Nelet ramos de flores frescas, recién traídas del Mercado y que María aspiraba con pasión de mujer que despierta, como si en vez de perfume de jardines aspirase otro que llegaba más directamente á su corazón.

Eran regalos del tal D. Aureliano, de aquel danzarín para quien resultaba ya estrecho el despacho, y que con la pluma tras la oreja y fingiendo mil pretextos se metía hasta en la cocina sólo por ver un instante á María y cruzar una sonrisa.

Y cómo se coloreaba el semblante de ella... ¡Cristo!

Toda la sangre moruna que el huertano tenía en su atezado cuerpo inflamábase ante aquel D. Aureliano que era casi de su edad y del que no le separaba más que su categoría de señorito.

Nelet á los diez y seis años comprendía ya el motivo de que los hombres se cieguen y vayan á presidio.

Lo único que le detenía era la certeza de que D. Esteban, el terrible ogro, apreciaba á

aquel pisaverde y le irritaría cuanto él hiciese en su daño.

Además se consolaba con la esperanza de que todas sus rabieta carecían de fundamento. Nada de extraño tenía que el abogadillo buscase á Marieta. ¡Era tan bonita y tan buena! Pero de seguro que ella no le hacía gran caso; Nelet tenía la certeza de esto y también de que la frialdad de su antigua hermana no pasaba de ser una mala racha, un caprichito como los que tenía de niña allá en la barraca donde tanto le martirizaba con su mal genio.

¡Pues no faltaba más; que ella resultase una ingrata con tanto como la amaban allá en Paiporta y él sobre todos!

Una mañana entró en la casa encontrando la puerta abierta. La *churra* no estaba en la cocina. En el despacho leía D. Esteban con la nariz casi pegada á unos autos y en el salón sonaba el monótono tecleo formando escalas cada vez más perezosas y desmayadas.

Entró con su paso cauteloso de morisco, que aún hacían más imperceptible las lijeras alpargatas, y al reflejarse su figura en un espejo como silenciosa aparición, María dió un grito de sorpresa y de miedo.

Allí estaba el maldito abogadillo de los lentes de oro, casi doblado sobre el piano, al lado de María, como si fuese á volver una hoja del cuaderno que ocupaba el atril, pero con la cabeza tan junta á la de la joven que parecía querer devorarla.

¡Rediell!... ¿Para cuándo eran las bofetadas?

Y lo peor fué que María, aquella Marieta que un año antes le trataba á cachetes como traviesa y cariñosa hermana, aquella á la que nunca quiso comparar con su madre temiendo que ésta resultase menos querida, le miró fijamente con un relampagueo de odio, y se puso en pie con el ademán de una señora bien segura de la sumisión de su siervo.

¿Que buscaba allí? En la cocina tenía á la criada. ¿No podía estudiar tranquila un rato?

Nunca pudo recordar Nelet cómo salió del salón. Debió retroceder cabizbajo y vacilante como una bestia herida. Le zumbaban los oídos, su cara quemaba y pensando en aquel otro que se quedaba tranquilo y satisfecho junto al piano, repetíase mentalmente «¡Dios mío, qué vergüenza!»

Estaba inmóvil en mitad del corredor que conducía al salón, con el rostro en la pared como si quisiera incrustarlo en ella, cegar para siempre, y aún así todavía recibió el último latigazo oyendo la vocecilla del de los lentes de oro.

—¡Moscón más pesado! Ese muchacho parece que me odie; que nos persiga como si sintiera celos.

—¡Qué idea! Es el hijo de mi nodriza: un infeliz, un bruto... pero con buen corazón.

Y tras breve pausa sonaron amortiguados por los cortinajes, dos chasquidos leves y misteriosos que los sintió Nelet como un par de

puñaladas. Tal vez era el piano que crujía ó la hoja del cuaderno que se doblaba; pero el pobre muchacho después de un instintivo impulso de correr hacia al salón con los puños cerrados, huyó dejando el capazo en la cocina como tarjeta de visita y ya en la calle arreó su jaco con los serones vacíos camino de la barraca.

Por tercera vez le robaban su Marieta: ya era bastante.

Ahora solo tendría cariño para su madre; para aquellos terruños que apenas arañados correspondían á su caricia, cubriéndose con manto de verde terciopelo y regalándole el pan.

No volvió más á Valencia. Odiaba á la ciudad porque ella estaba allí.

Y como los *fematers* no pagan contribución directa, nadie se enteró de que en el gremio había una baja.

---

EL PAIS DE BARBARROJA

(UNA SEMANA EN ARGEL)





# I

## EL VIAJE.

Al entrar en la hermosa cámara del vapor *Pérez*, experimenté la impresión del que repentinamente se ve en un lugar que le recuerda algo íntimo de su pasado.

Pisaba por primera vez la cubierta de dicho buque y, sin embargo, algo encontraba en él que evocaba en mi memoria el recuerdo de la adolescencia con sus entusiasmos y sus fogosas admiraciones.

En los barnizados tableros de la cámara, entre dorados espejos y grupos de frutas y flores de colores jugosos y brillantes, encontraron mis ojos á los héroes del poema heroico de la Escocia; al valiente Fingal, hercúleo, soberbio y arrogante como un dios, con el casco sobre los ojos de águila y el membrudo brazo elevando la gigantesca espada; á la tierna y sencilla Morna, la amada por los valientes guerreros de la verde Erín; al caballeresco Gaul; y junto á estos personajes de la sublime epopeya, su autor, el ideal Ossian, mirando al cielo con

los luminosos ojos de poeta, al aire la revuelta barba, envuelto en el blanco manto de los druidas y tañendo abstraído la lira de férreas cuerdas, como llamando con preludios á la inspiración, para cantar los tiernos amores de los paladines y los fabulosos combates en que las espadas, golpeando las armaduras, sacan del bronce regueros de fuego.

Extrañábame encontrar en un buque español, y por añadidura valenciano, un recuerdo tan saliente de la poesía escocesa, de esa inspiración osiánica, ruidosa, aterradora y gigantesca como un trueno, que á todos nos ha conmovido en la juventud; pero pronto mi extrañeza se desvaneció al saber que el vapor (que, dicho sea de paso, es magnífico y con una velocidad de buque correo) fué construído por un armador de Escocia, y que al adquirirlo los hermanos Pérez, de Valencia, llevaba el título de *Morna*, sin duda porque su primitivo dueño, como buen escocés, era un admirador ferviente de Ossian, el fabuloso poeta nacional, y quiso poner una parte de su fortuna bajo la salvaguardia de sus admiraciones literarias.

Tengo la certeza de que el bravo capitán del *Pérez* no está muy enterado de quiénes son esos monigotes blancos armados y con expresión fiera que ve todos los días en las paredes de la cámara á las horas de sentarse á la mesa; pero no se necesita saber quiénes eran Ossian y sus héroes para dirigir bien un buque, y esto último sabe hacerlo á la perfección el citado

marino, robusto mocetón de facciones enérgicas, barba rojiza y ademanes resueltos, tipo acabado de esos hombres de mar que produce la costa valenciana, y que salen de Benidorm ó de Villajoyosa con el título de piloto para pasarse la vida tan pronto en Cuba como en Filipinas, lo mismo en la India que en los Estados Unidos, corriendo el mundo sin enterarse de otras cosas que de las de su oficio; esclavizados al barco por el deber y la costumbre; conociendo todos los puertos y entrando en muy pocas ciudades; admirando las curiosidades de los países por lo que dicen los pasajeros y hablando un poco de cada idioma como políglotas instintivos.

A esta clase de marinos, víctimas de su vocación por la más penosa de las profesiones, pertenece el capitán del *Pérez*, el responsable de la suerte de ese hermoso barco, dentro del cual todos obedecen á la menor de sus miradas, desde el *nostramo* encargado de la tripulación, al último de los camareros.

Empieza la navegación, y ante el barco veloz va desarrollándose como risueño panorama toda la hermosa costa que se extiende desde Valencia al cabo de San Antonio.

Estamos ya camino de la Argelia, de esa región que se halla casi en nuestras puertas y que tan poco conocemos la mayoría de los españoles. Un país vecino y, sin embargo, de costumbres distintas; un mundo nuevo, un pedazo de ese continente misterioso del cual la civilización sólo posee los límites y con el que no nos

unen otras relaciones que la barca del contrabandista que bordea su costa esperando el *alijo*, ó el criminal que se escapa *al moro* buscando entre la gente de chilaba y jaique un refugio que le libre de la justicia europea.

Vamos con rumbo al país del tabaco barato y de la tela libre de derechos; á lo que la gente de nuestras playas llama familiarmente la *costa de fora*, como si se tratara de la pared de enfrente; de algo que está en las puertas de la propia casa, colocado por la previsora naturaleza para que las gentes de mar, honradas y pobres, puedan ganarse la vida en las temporadas que no son de pesca, á despecho de los carabineros y demás representantes de la tiranía y los escrúpulos del Estado.

Comienza á anochecer. Los contornos de la lejana costa van difuminándose, se pierden en el ceniciento horizonte; y sobre nuestras cabezas, entre el cordaje de los inquietos mástiles, brillan las primeras estrellas con el fulgurante parpadeo de las noches serenas.

Los pasajeros descienden á sus cámaras, la cubierta queda desierta y obscura, y la calma augusta de la noche es interrumpida solamente por el arrullo de un oleaje manso, los mugidos de la máquina y el incesante traqueteo de la hélice que hace hervir el agua en la popa, amontonando sobre el timón los bullentes espumarajos.

\* \*

Amanecemos en medio del Mediterráneo.

Se han perdido de vista las costas de España, y á la izquierda, á ras del horizonte, se destacan como rosadas é indecisas nubecillas del amanecer los altos perfiles de Ibiza y Formentera.

El mar parece un lago. Ligeros estremecimientos agitan suavemente su superficie, que presenta los cambiantes y ondulaciones de una inmensa pieza de moaré, sobre la que resbala el buque ensuciando el espacio con incesantes bocanadas de negro y denso humo.

Las bandas de delfines juguetean cerca de la popa como tropel de chicuelos revoltosos, y saltan y se entrecruzan moviendo graciosamente su pardo lomo, que tan pronto brilla á flor de agua como se hunde cual negro proyectil, perdiéndose instantáneamente en las aguas profundas, de un color sombrío, que hace pensar en horribles abismos.

El sol extiende su luz libre de obstáculos, arranca chispas de la punta de los mástiles, de los cables de hierro, de los dorados de la popa, y marca sobre el mar un triángulo de oro que tiene su vértice en el horizonte y se ensancha indefinidamente, centelleando con el hervor de las inquietas aguas.

El Mediterráneo, tranquilo, semeja uno de esos espejos venecianos de azulado cristal, en cuyo fondo se reflejan y resbalan las nubes como interminables rebaños, cuyos blancos vellones transparentan las límpidas aguas.

Enormes tortugas pasan con frecuencia junto al vapor, flotando perezosamente con el

húmedo caparazón, brillante como una coraza de oro, y agitando á flor de agua sus rugosas patas, y su chata cabeza de serpiente. Es la época del celo para tan extraños animales; les es imposible hundirse por mucho tiempo y nadan ó duermen con el lomo fuera del agua, ofreciendo pequeñas islas de descanso á las fatigadas gaviotas, que se posan sobre la flotante concha y agitan con gozo sus blancas alas, paseando la redonda superficie de su animado barco.

Todo es luz, color, poesía, en ese mar augusto, padre del mundo, que surcó la barca de Homero y vió retratarse en sus tranquilas aguas las obras de las primeras civilizaciones; y por una instintiva tendencia hacia el contraste, se piensa en que este mismo panorama de inagotable belleza ha presenciado grandes crímenes, irritantes atropellos que hacen mirar con horror los tiempos pasados.

Por estas mismas aguas pasaban hace un siglo las galeotas de los piratas argelinos, buitres del mar, al aire las triangulares velas como alas veloces, hundiendo en la espumosa ola sus agudas proas como picos voraces y con ambos costados erizados de brillantes culebrinas y bombardas. En el centro el *arraez*, atlético y brutal negrote, con el látigo siempre preparado para descargarlo sobre los infelices esclavos macilentos, desnudos, encadenados á sus bancos, doblados por la fatiga y agarrados con mano convulsa á los enormes remos, patas rojizas

que arañan sin descanso la superficie del mar; y en la popa, bajo la banderola de la media luna, á cubierto del sol por una tienda de púrpura, el corsario de mirada lúbrica y feroz, atusándose con una mano las luengas barbas, acariciando con la otra la empuñadura labrada del damasquino yatagán y pensando, sin duda, en el dinero y los placeres que representa el montón de carne humana almacenado en el entrepuente después de la *razzia*; los hombres sombríos ó absortos por la desgracia del cautiverio, las mujeres casi desnudas, llorando tal vez recientes atropellos; toda la mercancía, en fin, que á los pocos días ha de venderse en el mercado de Argel.

Afortunadamente aquellos tiempos pasaron. Ya no lucen sobre el Miguelete de Valencia las fogatas de alarma que indicaban la proximidad de los barcos argelinos, ni los labradores de la huerta cierran al anochecer la puerta de sus barracas temiendo que del inmediato cañar salgan los turbantes, las luengas barbas, los arcabuces y la argolla, que han de conducirles como esclavos á la costa de Africa.

Esa civilización moderna que todo lo arregla á cañonazos y tiene como norma diplomática la ley del más fuerte, tal vez no ha hecho en este siglo nada tan benéfico como el exterminio del poderío musulmán en Argel, nido de piratas que Europa no podía consentir en sus mismas puertas.

Justamente en los momentos que evoco

estos recuerdos pavorosos del pasado, márcanse en el horizonte ciertas nubecillas de humo, y poco á poco van apareciendo algunos puntos negros que se agrandan hasta mostrarse como gigantescas construcciones que avanzan rápidamente.

Es la escuadra francesa del Mediterráneo. Once acorazados que van de las costas de Africa á las de Córcega; un pedazo de la República Francesa que pasea sobre el mar la gloriosa bandera tricolor; ocho ó nueve mil hombres que son los descendientes de los marinos que en 1830 destruyeron á cañonazos la piratería argelina.

Los enormes buques marchan maniobrando en diversas direcciones como rebaño de juguetonas ballenas que, en vez de surtidores de agua, arrojan torrentes de humo y entrecruzan sus poderosas moles con la mayor ligereza, corriendo el peligro de que un simple roce arroje al abismo, sobre el que pasan con arrolladora majestad, la vida de algunos centenares de hombres y muchos millones de francos.

El buque almirante, blanco como gigantesca gaviota, marchando cual un oficial instructor fuera de la línea de subordinados, pasa á poca distancia del *Pérez*, y á los tres saludos de la bandera española contesta izando el pabellón tricolor.

Se alejan las poderosas moles envueltas en sus nubes de humo, y cuando no son ya en el horizonte más que indecisos puntos, comienza



á marcarse por la proa una gran mancha sombría que crece y crece hasta convertirse en gigantesco monte, cuya cresta se confunde con las nubes.

Es la punta llamada de la *Mala Dona*: el centinela avanzado del Africa.

\*  
\* \*

A las diez de la noche entramos en Argel.

No creo exista en el mundo una ciudad que de noche presente igual golpe de vista. El boulevard de la República es una interminable fila de apretadas luces, tendida á lo largo del puerto; una línea de fuego tras la cual brillan millares de puntos luminosos, escalonándose montaña arriba. Y esta misma profusa iluminación se extiende por las colinas cercanas, por el anchuroso puerto, como si una inmensa banda de enormes luciérnagas cubriese toda la costa.

Al entrar en la bahía un enjambre de bateros, montando ligeras barquichuelas, rodea al buque. Van con el gorro rojo del país, los anchos zaragüelles, las piernas descalzas y arrollado á las sienes el blanco lienzo. Puestos de pie, reman sin cesar para seguir el movimiento del buque y ofrecen sus servicios en un *patuá* infernal, en chillona algarabía, mezclando palabras francesas con árabe, inglés y valenciano.

Ya estamos en Argel. A media noche, por el redondo ventanillo del camarote, veo el puerto con sus inquietas aguas, en las que titilan las luces rojas de los barcos.

Los botes que pasan con sus bateleros de encarnado turbante charlando en árabe con agudas voces, producen extraña ilusión.

Percíbese en el ambiente cierto perfume de orientalismo. Se cree estar en el Argel de Barbarroja; los *yatchs* y barcos de guerra anclados en el puerto, parecen en la sombra galeras berberiscas prontas á darse á la mar para la caza de esclavos; y cuando por fin llega el momento de entregarse al descanso, el sueño es inquieto y nervioso, como el de un cristiano apresado que teme de un momento á otro sentir el latigazo del arraez para que vaya á ponerse al remo.

## II

## EN EL PUERTO.-EL MERCADO.-LA KAASBA

Poco después del amanecer estaba ya en la toldilla, y á semejanza de *Tartarín*, el grotesco héroe de Daudet, me encontraba con una porción de individuos de rojo fez, anchos calzones de lienzo y piernas desnudas de color de ladrillo, que se paseaban por el buque como si estuvieran en su propia casa.

Eran boteros, cicerones, parásitos del puerto, que lo mismo suben al *yatch* de un milord que se encaraman á un vapor mercante, ofreciendo sus servicios en esa jerga levantina, lenguaje oficial de los puertos de Africa, en la que no suenan seguidas dos palabras que pertenezcan al mismo idioma.

Eran tipos que parecían escapados de una acuarela de Fortuny. Unos, con la piel arrugada de color de tabaco; otros, mulatos, tirando á negro; pequeños y nerviosos algunos, atléticos y pesados los más; todos con el gorro rojo y el pañuelo arrollado á la esquilada cabeza, andrajosos y sucios y, sin embargo, con cierta

expresión de belleza artística que el sol de África parece comunicar á cuanto alumbra.

Hablaban su jerga diabólica con cierta majestad; miraban de frente con la expresión impasible de los orientales, y al mismo tiempo mostraban una cortesía digna, muy distinta de la solicitud falsa y rastrera de muchos criados europeos.

—*Bonos días, patrón*—dijeron llevándose la mano al fez con rigidez militar.

Para estas gentes todo europeo á quien encuentran sobre la cubierta de un buque es *patrón*, aunque su aspecto nada tenga de marino.

Y nos rodeaban amistosamente, tratándonos tú por tú con esa campechanía oriental que nunca ha conocido distinciones.

Uno de ellos llamaba la atención por su complexión hercúlea y su rostro atezado, de fealdad grandiosa, que me recordaba al famoso Fernández y González.

—*Fuma*—me dijo alargándome un paquete de cigarrillos argelinos.—*Es bono. ¿No vols fumar porque tabaco es de morito? Morito lo dona de bona volonté.*

Y mientras me ofrecía fuego con la expresión de un duque que alarga el cigarro á un albañil en medio de la calle, me contaba que vive de ser buzo; pero no buzo como son los europeos (aquí un gesto de desprecio), sino al natural, sin cascos ni trajes de goma, zambulléndose desnudo en el mar y conteniendo la respiración durante mucho tiempo. ¡Oh! Sus

pulmones eran fuertes. Y al decir esto hincha-  
ba su pecho como un fuelle de fragua y me es-  
petaba en pleno rostro un huracán que olía á  
ajo, á tabaco, y... á demonios coronados.

Después me presentaba á su compañero,  
un morito seco, arrugado, nervioso, de boca  
hundida y puntiagudas barbillas blancas, que  
recordaba á los berberiscos dibujados por Doré  
en su ilustración del *Quijote*; con el pardo cal-  
zón de lienzo, el gorro en el cogote y sobre el  
remendado jubón un capotillo de paño gris  
con la capucha echada á la espalda.

Era el botero más popular de Argel; el que  
conocen cuantos españoles van allá; el famoso  
*Chaumet*, un moro que, como todos sus corre-  
ligionarios, habla el valenciano en la creencia de  
que es el idioma de toda España, y cuando oye  
alguna palabra de castellano se queda en sus-  
penso, pensando si será ruso ó japonés.

—*Ascolta, patrón. Si vols anar á terra Chau-  
met te portará. Chaumet porta á tots els espanyols.*

Y contestando á mis preguntas, me decía  
que su nombre verdadero de buen musulmán  
es Amet, pero que la gente de allá que él em-  
barca en su bote, los alicantinos que comercian  
en tabaco y los labradores de la vega valencia-  
na que hacen el viaje para tomar en arriendo  
las fincas argelinas, convirtieron el Amet en  
*Chaumet*, y él se quedó con el nuevo nombre.

Y mientras el lancharo me relataba un viaje  
que en cierta ocasión hizo á Villajoyosa, iban  
entrando en el buque nuevos indígenas; pillue-

los árabes medio desnudos ofreciendo naranjas y plátanos; judíos de bordado casquete y mirada astuta, cargados con fardos de piezas de seda y mantas de brillantes colores, que iban extendiendo ante la esposa del armador y sus criadas, cubriendo el suelo de la toldilla con un mosaico deslumbrante que temblaba á la menor ráfaga de viento; y el hercúleo buzo asustaba á los niños del dueño del buque, haciendo contorsiones grotescas, rugiendo amenazas en árabe y diciendo en valenciano que le trajeran un saco para meter en él á los chicos y llevárselos á su casa.

¡Pobres descendientes de Barbarroja! Los feroces corsarios de ayer sólo sirven para asustar á los niños.

\*  
\* \*

Desciendo al bote de *Chaumet* con mis compañeros de viaje.

Juntos admiramos el magnífico golpe de vista que presenta Argel. Abajo la ciudad civilizada, los muelles, en los que pulula un enjambre de cargadores árabes con sus trajes haraposos de cien colores; los boulevares con sus altas casas de piedra y largas filas de arcadas que hacen recordar la calle de Rívoli de París; las lujosas tiendas de brillantes escaparates; los cafés con sus listados toldos y las filas de mesas sobre la acera; los tranvías de vapor y los ómnibus cruzándose sin cesar; y más arriba, escalando la colina coronada de verdes bosques, to-

da la ciudad morisca, de blancura deslumbrante, con sus tortuosas líneas de planos tejados y sus fachadas desnudas, en las cuales, á gran distancia y sin simetría alguna, aparecen pequeños agujeros que, más que ventanas, parecen aspilleras abiertas para apuntar desde adentro la certera espingarda.

Ya estamos en tierra, en el boulevard de la República, principal arteria de la ciudad; y al poner el pie en aquella calle, que presenta la belleza correcta de las vías públicas de París, se experimenta la misma impresión que si se acabara de caer en pleno Carnaval.

Se ven las mismas figuras que en París; el obrero con su larga blusa azul, la criadita de rizada cofia, la *demoiselle*, vestida con arreglo al último figurín, andando con menudo paso; el oficial con el kepis ládeado, látigo en mano y sobre el pecho la imprescindible cruz de la Legión de Honor; pero estos eternos transeuntes de toda calle francesa, quedan empequeñecidos y anulados por el elemento indígena, que presta á Argel el carácter de una mascarada con su variedad de tipos y brillantez de colores. Y se ven pasar los cazadores de Africa, á todo escape de sus briosos corceles árabes, con el uniforme europeo, modificado por la roja faja y el alto gorro de ondulante borla; los *sphais* con su rostro atezado y su barba rala, en torno del cual flotan las blancas tocas anudadas sobre el cogote; los zuavos, muchachotes franceses de cabeza rapada y perilla roja, que parecen

muy satisfechos del arrugado fez que les cae sobre una oreja y los encarnados bombachos que, á cada paso, mueven de un lado á otro su balumba de tela; los judíos ricos con sus togas de seda brillante, que parecen movable mosaico; las judías, morenas, ajadas, con sus ojazos negros de gitanas viejas y el pañuelo listado en torno de las sienes; los moros, envueltos en el blanco jaique de puntiaguda capucha, andando pausadamente con cierta expresión mística, y las moras, de ligeros pies é hinchados zaragüelles, cubiertas con su albo manto y con un lienzo sobre el rostro, que sólo deja á descubierto los rasgados y soñadores ojos que, á pesar de los terribles celos musulmanes, saben flechar con el rabillo al europeo que piensa en tal instante en moriscos idilios terminados á puñaladas.

Hay momentos en que se cree soñar viendo calles de aspecto europeo, con sus barrenderos en el arroyo y sus guardias de policía en las aceras y, sin embargo, sentirse rozado y codeado por moros encapuchados y moras embozadas, figuras que sólo se han visto en los cuadros, á la sombra de las palmeras, y teniendo por fondo la monótona grandiosidad del desierto.

Miráis á lo largo de la calle, y por ambas aceras solo veis gorros rojos, tocas blancas y lienzos anudados en forma de turbante; dirigís la vista al suelo, y todo son piernas descalzas de color de ladrillo, babuchas lisas ó bordadas de oro y zapatitos de charol tan breves, que obligan á las buenas musulmanas á andar con gra-



cioso balanceo, lo que, unido á sus hinchados zaragüelles, las da el aspecto de blancos globos.

Ya estamos en el mercado árabe de Argel. Ni más ni menos que el de Valencia, sin duda porque es imposible renegar de nuestro origen. Mesas al aire libre; toldos de lienzo izados sobre un mástil, que tiemblan al impulso de la brisa del mar; vendedores que vocean, golpeando las balanzas para atraer al comprador; moras tapadas, revueltas con las señoras francesas, esposas de oficiales y de empleados, que van á la compra con vestido de seda y sombrero cargado de flores; criaditas rubias con traje negro y encañonada papalina que se pellizcan amigablemente con los muchachos de mercado, argelinos *fin desiglo*, que sólo conservan de moro la chaquetilla y los zaragüelles y ostentan con femenil coquetería el arrugado fez de gruesa borla, que remata su pálida cabeza de tenor italiano con rizada melena y engomado bigote.

Frutas y verduras, las mismas de nuestra huerta; iguales las riñas entre compradores y vendedores; algo más ladrones éstos, disimulando su rapacidad con la cortesía melosa de los levantinos de Africa; hé aquí todo.

Al salir del mercado entramos en la Kaasba, en la ciudad moruna, que se extiende monte arriba, presentando un aspecto de decoración teatral difícil de describir.

Figuraos una inmensa casa de vecindad que

ocupa toda la ladera de un monte, con estrechos pasadizos y habitaciones infectas y oscuras, en las que apenas podría vivir un europeo solo. Pues esos pasadizos tortuosos y estrechos, cuyos dos lados pueden tocarse á un tiempo con solo extender los brazos, son las calles de la Kaasba, y los cuartuchos son las casas, que no tienen otra abertura ni respiradero que la puerta.

Las calles, empedradas con agudos guijarros, son escaleras interminables que se elevan cuesta arriba serpenteando, y por las cuales descienden como fantasmas las blancas figuras de los moros.

Y como si las calles no fuesen aún bastante estrechas, todavía las fachadas tienen grandes aleros ó avanzan sólidos miradores, tan bajos, que muchas veces tenéis que agachar la cabeza para no tropezar con los postes horizontales que los sostienen. Luz poca; en las calles reina una penumbra de crepúsculo; en el interior de las casas casi es de noche. Y mirando arriba, se ve el cielo, entre los salientes de los tejados, como una estrecha y tortuosa faja azul blanqueada por el ardiente sol de Africa.

Por el centro de aquellas escalinatas de guijarros descienden arroyuelos pestilentes y negruzcos, junto á los cuales juguetean los moritos de color de chocolate, sucios, casi desnudos, pero con el fez encasquetado, y los perros árabes espeluznados, flacos y comidos de pulgas, que gruñen y enseñan los colmillos al hus-

mear los pantalones europeos. Al volver todas las esquinas se tropieza con mendigos en cuclillas, envueltos en remendado jaique, ciegos en su mayoría, con los ojos encarnados y asquerosos, que entonan en árabe una monótona salmodía solicitando la caridad de los buenos creyentes.

Pocos europeos suben á la Kaasba. Los moros están en la ciudad, como si nada hubiese ocurrido desde el pasado siglo. Los bandos sobre salubridad y policía que, impresos en francés y árabe aparecen pegados en todas las esquinas, son lo único que les recuerda que allá abajo, junto al puerto, hay un palacio de la prefectura y una comandancia general que, á la menor muestra de insubordinación, pueden enviar un batallón de zuavos que no dejen títere con cabeza.

Sólo los *touristas*, ingleses en su mayoría, suben las empinadas calles de la *Kaasba*, interrumpiendo á los moros en su vida aislada. Esto ocurre de tarde en tarde, y por ello nuestra inesperada presencia fué objeto de algunas sorpresas.

Cerrábanse á nuestro paso las puertas de las casas donde habitan mujeres; algunos moros, sentados junto á las paredes, nos miraban de pies á cabeza rápidamente, volviendo á su inmovilidad con esa expresión de soberano desprecio que sólo poseen los orientales; al volver una esquina sonaron agudos chillidos y, como banda de gorriones asustados, huyeron por todo

el callejón, refugiándose en las casuchas, algunas mujeres, á las que habíamos sorprendido en lo mejor de su charla.

Es incalculable el número de cafés moros que existen en la Kaasba. El pueblo argelino es un conjunto de vagos y se ignora de qué viven. Pasan su vida en el café y hasta duermen en él, viéndose precisada la autoridad francesa á exigir como medida sanitaria, que no puedan pernoctar en cada establecimiento de tal clase más de veinticuatro personas.

No son necesarios grandes gastos para montar un café marroquí. Un chiribitril que no tiene otra ventilación que la puerta, y sin ninguna comunicación interior; un fogón en el que hierven las sucias cafeteras; en las paredes, como alarde artístico, unas cuantas estampas iluminadas con bermellón, que representan escenas de la Kabilia; y á lo largo de la pared un entarimado con esteras, sobre el cual se tienden los parroquianos silenciosos y sombríos, apurando cada media hora la tacita ardiente, del tamaño de una cáscara de huevo.

Y alternando con los cafés moros, están los despachos de tabaco; las ropavejerías hebreas empavesadas con guñapos de todos los colores; los hornos profundos como cuevas, en cuyo lóbrego fondo brilla la ardiente boca y se ven los panaderos amasando desnudos, pero con el fez encasquetado; los bodegones con enormes barreños de alcuzcuz orlados de huevos duros rojos ó verdes; las barberías donde

se trasquilan cabezas grotescas, puntiagudas como pepinos por el turbante que las oprime desde la niñez; las carnicerías, que esparcen un hedor insufrible; las casas de baños con sus portales de gracioso arco y sus zócalos de antiguos azulejos; los pequeños talleres de tejedores, donde á los golpes de innumerables lanzaderas, va surgiendo la manta argelina de sedoso brillo; y algunas casas de mejor aspecto, donde en cucullas sobre la esterilla de junco, algún santón de barba blanca y enormes antiparras suspende un momento la lectura del Korán para lanzar una furibunda mirada, ó, con dos tinteros delante, va escribiendo con lentitud las *surhas* del libro santo; el primer verso de un rojo de sangre y de negro el resto de la estrofa.

Ventanas muy pocas; unas puertas, irregulares y sin marco, cual verdaderas entradas de cueva; otras de piedra afilegranada y con hojas de vieja madera labrada, como recuerdo de aquellos tiempos en que Argel era rico y poderoso; pero en todas las fronteras, enjabelgadas de deslumbrante blanco, como escudo de la raza, aparece esa estrella de los dos triángulos cruzados tantas veces vista en los antiguos ochavos morunos y una mano pintada de bermellón para ahuyentar á los malos espíritus.

Bajamos por los pendientes callejones hablando en castellano y algunos pilletes árabes con la panza al aire, que no levantaban dos palmos del suelo, nos remedaban con sus vocecillas chillonas:

—*¡Inglis! ¡Yes: yes!*

Insensiblemente, en el curso de la conversación comenzamos á hablar en valenciano, y un moro joven que pasaba por nuestro lado nos sonrió, murmurando sin dejar de andar:

—*Yo també parle español. ¿Vos agrada asó? No vos agradará. Els vostres pobles son mes bonicos.*

Y pasó adelante.

Sí; él también *parlabà español*. Porque en Argel no se conoce de España más lengua que la valenciana, sin duda porque valencianos son los únicos españoles que allí van.

Y pensando en esto no podía menos de recordar enternecido á mis amigos del alma, ya muertos, el malogrado Pizcueta, el pobre Llobart, que si pudieran resucitar en Argel, volverían á morir de gozo, viendo que hay un país donde tienen por idioma oficial de España la hermosa lengua en que ellos escribieron sus versos.





### III

#### LA CUEVA DE CERVANTES.

Había yo leído no sé dónde, que en Argel se había elevado una estatua á Cervantes en la misma cueva donde el sublime ingenio estuvo escondido con trece compañeros de cautiverio esperando oportunidad para escapar de la esclavitud berberisca.

Estando en Argel, en plena Africa, y por añadidura en un país regido por usos y costumbres tan distintos de los nuestros, siéntese la necesidad de algo que recuerde á España. Además, halaga el amor nacional todo lo que en el extranjero representa la patria y sus glorias.

Había que ver la cueva de Cervantes con el monumento elevado por sus admiradores y la colonia española. No todos los días pueden verse los lugares donde los grandes hombres han sufrido terribles desdichas, amarguras tal vez no compensadas por el respeto y el aplauso que les tributan las generaciones subsiguientes.

En nuestro entusiasmo de españoles y de

admiradores del *Quijote*, creímos empresa fácil encontrar la famosa cueva.

Estábamos en un café de la plaza de la Opera y preguntamos á los camareros por la cueva de Cervantes.

—¿Cervantes?... ¿Cervantes?—murmuraban con expresión pensativa aquellos buenos franceses.

—Sí, hombre; Cervantes, el inmortal autor de *Don Quijote*.

—¿*Don Quijote*?... ¡Ah, sí!—y después de larga meditación contestaban resueltamente:—Pues no lo sabemos.

Y se metían en el café para preguntar al dueño y á los parroquianos hijos del país, que resultaban tan enterados como ellos.

Sentíamos cierta tristeza ante ignorancia tan general. Más que el no encontrar la famosa cueva, nos apesadumbraba ver que había en Argel quien ignoraba que una gran parte de la celebridad de la población es debida á haber tenido en sus mazmorras un infeliz esclavo español llamado Miguel, que, hambriento, harapososo y quebrantado por los malos tratos, llevaba dentro de su cráneo algo que había de convertirse en el más famoso libro que admira el mundo.

La general ignorancia parecía excitar mi memoria, y recordaba que la estatua había sido inaugurada el año anterior, y que la cueva se hallaba en las inmediaciones de Argel.

Tantos datos íbamos uniendo á nuestra pre-



gunta, que al fin el *groom* del establecimiento, un muchacho de Argel hijo de alicantinos, pudo darnos alguna luz.

Sí; él había oído que allá por Mustafá, á unos tres cuartos de hora de la ciudad, había una cueva con un busto, no sabía de quién. La aclaración no era muy tentadora, pero á falta de otros datos más precisos, había que acoger éstos como buenos.

Y subiendo en ligero carruajillo, emprendimos el camino de Mustafá, bordeando las orillas de la hermosa bahía.

Mustafá es una inmensa aglomeración de caseríos sueltos, de frondosos jardines que se extienden por la ladera del monte inmediato á Argel. Un arrabal pintoresco, en el cual están los elegantes *chalets* de los argelinos ricos, las risueñas *villas* donde los príncipes rusos y los milords tísicos en último grado van á retardar algunos meses el desenlace de su terrible dolencia.

Por el camino cruzábase nuestro carruaje con los grandes ómnibus cargados de gente mora, que parecían carretones de Carnaval; los labradores atezados, de jaique haraposo y deshilachado, montados en los enanos borriquillos de África y arrastrando casi por el polvo las largas zancas; las kabilas del interior, de regreso de la ciudad, encaramados en la giba de sus pardos camellos, que movían melancólicamente la chata cabeza; y las moras pobres, mostrando por entre su manto de lana burda algo del ros-

tro negro y lustroso como el ébano, rodeadas de un enjambre de pequeños mulatos con la panza al aire.

Dejamos atrás el núcleo principal de Mustafá y nos hallamos en pleno campo. A la izquierda, la hermosa bahía que brillaba al sol como un lago de esmeralda líquida, y á la derecha tapias de jardines, por entre los cuales serpentean monte arriba estrechos callejones cubiertos de espesa hierba.

Había llegado el trance más terrible. Ya estábamos en Mustafá; pero ¿dónde encontrar aquella cueva de Cervantes que parecía huir ante nosotros?

Descendimos del carruaje, y como mendigos, fuímos de puerta en puerta por los inmediatos merenderos, solicitando una buena dirección.

En todas partes la misma respuesta en un francés exótico:

—¿Cervantes?... ¿La cueva?... No sé qué es eso.

Para colmo de confusión, el cochero decía conocer una cueva donde estaba esculpida en la peña una figura; pero la tal gruta se encontraba á tres horas de Argel.

Por fin, la rubia cabecita de una joven francesa de ojos azules, asomada á la terraza alta de un jardín, vino á sacarnos de dudas.

—¿Qué buscan ustedes?—dijo contestando á nuestros saludos con una graciosa sonrisa.—¿La cueva de Cervantes?... No la he visto, pero

debe estar arriba. El año pasado vinieron de Argel á inaugurar la estatúa. Por ese camino de la izquierda... Rectos; y siempre hacia arriba.

Abandonamos el coche, metiéndonos en uno de aquellos caminos estrechos que, monte arriba, se deslizaban por entre tapias de jardín.

La subida era penosa. Ibamos entre altos matorrales que la primavera había cubierto de flores silvestres. Las amapolas brillaban sobre el fondo verde como gotas de fresca sangre. Zumbaban los enjambres de insectos, dorándose en los rayos de sol como inquietas chispas de oro; las mariposas blancuzcas revoloteaban audazmente ante nuestros rostros; sobre las tapias piaban los gorriones dándonos las ¡buenas tardes! y el tibio vientecillo nos traía el arrullador murmullo de la bahía que quedaba á nuestras espaldas.

No íbamos mal. Por allí forzosamente había de llegarse á la mansión de un poeta.

Saltó ladrando desde un ribazo un mastín enorme; oyóse inmediato el mugido de unas vacas y, tras una revuelta del sendero, nos vimos casi en la puerta de una pequeña granja y en presencia de un hombrón de cuadrada robustez, viejo, con el cano bigote cortado á cepillo, ancho sombrero gris y ocupado en atacar su pipa de barro.

—¡Qué! ¿Vienen ustedes á ver eso?—dijo con expresión de extrañeza.—Pues vamos arriba.

Y metiéndose en la granja, salió á poco con

una llave. Precedidos por él, volvimos á emprender la marcha por tortuoso y escalonado sendero, á través de un bosque de pinos enanos.

Al oírnos hablar en valenciano sonrió, no volviendo á hacer uso de su endiablado *patuá* argelino.

El también era de por allá, de Menorca; pero hacía más de veinte años que había abandonado su tierra y estaba ya catorce como arrendatario de aquella granja con todo el pedazo de monte que teníamos enfrente. La finca era de madame Sabattier, que acababa de morir, por lo que había pasado á ser propiedad de menores. El año anterior habían llegado unos señores con el prefecto de Argel y el cónsul de España, colocando con acompañamiento de discursos un busto de mármol en aquella cueva que él había mirado siempre con la mayor indiferencia.

—¿Y los visitantes son muchos?

Se calló el buen mahonés, dejándonos en la duda de si éramos nosotros tal vez los primeros que visitaban el refugio de Cervantes después de la consagración oficial.

Llegamos ante un gran corte de la roca, rasgado por estrecha abertura que guardaba una reja. El esfuerzo que aquel hombre tuvo que hacer para que la llave diese la vuelta y los rechinamientos de la cerradura, delataban las largas temporadas que pasa la verja sin abrirse.

La cueva es más ancha que profunda, y la luz penetra hasta en sus últimos rincones.

Junto á la puerta está enclavada una magnífica lápida de bronce que recuerda una visita del almirante y la oficialidad de la escuadra española.

En el centro de la cueva se yergue el busto en mármol del sublime novelista sobre un pedestal jaspeado, en el que se dice que la obra ha sido por iniciativa del cónsul de España en Argel, D. Antonio Alcalá Galiano, hijo del famoso orador de las Cortes del 20.

Nos descubrimos ante el empolvado busto, y el mahonés al notar nuestra emoción, y al mismo tiempo que limpiaba el rostro de mármol con su pañuelo de hierbas, chapurreó con envidiable aplomo:

—*Conten que era un hóme molt chistós y que tenia partit entre les dónes. La filla del rey de Alger estava enomorada d' éll y li salvá la vida (1).*

Y aquí paró, pues no sabia más de Cervantes.

Yo contemplaba con respetuosa adoración aquella cabeza marmórea, retrato ideal del famoso manco, y en sus pupilas sin vida, en aquella frente espaciosa, creía encontrar la expresión olímpica de un semidios.

Con la imaginación evocaba las angustias, los terrores, los anhelos que se habían desarrollado tres siglos antes en aquella cueva. Creía

---

(1) «Cuentan que era un hombre muy chistoso y que tenía partido entre las mujeres. La hija del rey de Argel estaba enamorada de él y le salvó la vida.»

ver á Cervantes con sus compañeros, amontonados en el fondo de la gruta durante el día, temblando de inquietud al menor ruido que viniese de fuera; saliendo por la noche cautelosamente, arrastrándose como culebras para robar en los inmediatos huertos algo con que sostener sus fuerzas: los veía también contemplando desde la estrecha abertura el dilatado golfo con su infinito horizonte, que les haría pensar en la libertad; las aguas, de hermosa transparencia, surcadas por naves de triangular vela bogando hacia la España de sus pensamientos; y como contraste terrible, el momento en que, descubierto el refugio de los fugitivos esclavos, caía sobre ellos el tropel de feroces argelinos, de negros hercúleos y los encadenaban como á fieras, conduciéndoles otra vez á las mazmorras de Argel, con la terrible perspectiva de morir empalados, sufriendo antes en el camino los insultos de la curiosa chusma y los tremendos golpes de sus conductores.

¡Y los infelices, rotos, hambrientos y desfallecidos, tratados como perros, acosados como alimañas, eran los mismos que en Lepanto habían asombrado al mundo, y en Flandes y en Italia habían elevado el valor español al mayor heroísmo!

¡Y uno de aquellos hidalgos, modelo de bravos soldados, cuando en las horas de hambre y de abrumadora fatiga, haraposo y cargado como una bestia subía cual nueva calle de Amargura las empinadas cuestas de la Kaasba

entre el desprecio y los insultos de la canalla berberisca fanática y soez, sentía bullir dentro de su cráneo algo que había de convertirse en la mayor joya literaria!

¡Desgraciado Cervantes! Si sus obras le atraen la universal admiración, las penalidades de su vida dan á su persona un ambiente melancólico que impone profundo respeto.

Después de tres siglos de gloria, de formar la más luminosa de las trinidades con Dante y Shakespeare, de haber enriquecido el patrimonio del mundo con *Don Quijote* y las *Novelas ejemplares*, de ser traducido á todas las lenguas, todavía ignoran los más en el teatro de tus desdichas, cuál fué el lugar donde las sufristes mayores; y el guardián que de tarde en tarde pasa su burdo pañuelo por tu empolvado rostro, sólo sabe decir de tí:

—*Conten qu' era un hòme molt chistós, que tenia partit entre les dónes. La filla del rey d' Alger estava enamorada d' éll y li salvá la vida.*

---





## IV

### LA FIESTA DEL MORABITO.

Al regresar de la cueva de Cervantes nos encontramos en plena fiesta mora.

Celebrábase el aniversario de Sidi-Ibrahim, un santo musulmán enterrado en el cementerio de Mustafá, cuyo recuerdo es venerado desde la costa de Argel á los límites del desierto.

De los pueblos más lejanos del interior, montados en camellos y borriquillos, iban llegando largas caravanas de hombres y mujeres, y en torno del cementerio establecíase una verdadera feria, agitándose en confuso hormiguero gentes de todos trajes y colores.

Los europeos de Argel conocen ya de antiguo esta fiesta anual llamada del Morabito, y además desprecian á las gentes indígenas y procuran no mezclarse en sus reuniones y ceremonias: de aquí que en los alrededores del cementerio, entre tantos miles de musulmanes, no hubiesen otros europeos que nosotros.

Junto á las tapias, sobre ruedos de junco, estaban tendidos á docenas moros venerables

con la pipa en una mano y la tacita de café en la otra, insensibles á los ardores del sol de la tarde que recocía su rostro color de ladrillo; feos negrazos puestos en cuclillas atizaban los fogones donde hervían las cafeteras y despachaban á puñados el azafranado tabaco del país; algunas moras viejas y sin velo ofrecían sobre pequeñas mesitas los dulces argelinos, especie de *castañola* ó alfañiques como los que compran los niños en las calles de Valencia; y las damas árabes, siempre envueltas en su manto fantástico, deteníanse ante los pegajosos caramelos, zampándose los vorazmente por bajo el antifaz de lienzo.

Una horda de perros flacos y feroces pasaba por entre las piernas del gentío, persiguiéndose hasta la puerta del cementerio; bandas de desharrapados chiquillos rodaban por los ribazos, y quitándose el fez á fuerza de cachetes, reñían tirándose del peludo rabillo con que terminan sus esquiladas y puntiagudas cabezas.

A un lado del cementerio, en una explanada rodeada de ribazos que forman un anfiteatro, estaba la parte interesante de la fiesta; el pugilato, que constituye la diversión más grata de los moros argelinos.

Dos ó tres mil personas, sentadas en largas é irreprochables filas á lo largo del ribazo, escalonadas como el público de las plazas de toros, todos vestidos de blanco y con la cabeza cubierta, ofrecían en plena tarde un aspecto original, como una escena fantástica que pu-

diera desarrollarse á la luz de un sol deslumbrador y asfixiante.

Los hombres estaban en las primeras filas en cuclillas, con los pies dentro del jaique, sin contraer con el más ligero parpadeo sus ojos fijos y brillantes de oriental impasibilidad; y detrás las mujeres arrebozadas, de pie, inquietas, dejando escapar por entre sus mantos un susurro de abejas, como colegialas que gozan de momentánea libertad.

Abajo, en el centro del corro, un morazo atlético con vieja *chilaba* y rostro feroz, armado de un descomunal garrote, ejercía de maestro de campo é iba de un lado á otro aullando en árabe y repartiendo palos y empellones cuando el círculo se estrechaba demasiado.

Los luchadores eran más de veinte. Fornidos, esbeltos, de músculos salientes; estatuas griegas del cuello á los pies, pero no de blanco y deslumbrante mármol, sino de rojo barro cocido; sin otra garantía del pudor que un estrecho andrajó anudado con cierto arte por debajo del vientre y que, con la violencia de la lucha, dejaba al descubierto indiscretamente, los pingües resultados de la circuncisión.

Salian por parejas al mandato del juez de campo, emprendían un trotecillo por el centro del corro moviendo los brazos desafortadamente y comenzaban una especie de danza, buscándose, esquivando el bulto, procurande coger al contrario por su parte más vulnerable, hasta que al fin se agarraban con furia y pugnaban du-

rante algunos instantes por arrojarse al suelo, cimbreándose y enroscando su cuerpo sobre el del contrario como en una lucha de culebras.

Caían los vencidos pesadamente, al aire los peludos sobacos, haciendo temblar el suelo con el sordo choque de su robusto cóstillaje; dábanse la mano noblemente los dos luchadores, y otros al puesto, mientras ellos iban á secarse los sudorosos miembros en algún jaique viejo y remendado.

Y así continuaba la fiesta con monotonía abrumadora, viéndose siempre en el centro del corro cabezas animadas por la fiebre del combate; unas peladas y con la coleta erguida sobre el cogote, y otras afeitadas en la frente y tras las orejas, llevando sobre el occipucio una masa de pelos semejante á un solideo.

Entramos en el cementerio, cuya puerta custodiaban dos *sphais*.

No conozco refugio tan poético y alegre como aquel cementerio moro.

Extendiéndose por una empinada cuesta, de frente al Oriente, recibiendo los ardores del sol de Africa durante todo el día, viéndose desde todos sus rincones el inmenso azul de la bahia de Argel con su manso oleaje de inquietas brillanteces, el tal cementerio parece un jardín abandonado, en el cual el calor y la poderosa tierra fecundada por la muerte, convierten en poco tiempo el germen impalpable traído por el viento del interior, en exuberante y tupida vegetación.

Las plantas invaden los senderos, crecen los árboles, entrecruzándose como en un bosque; las higueras extienden sus triangulares y oscuras hojas sobre los enhiestos marmolillos de las musulmanas tumbas; los naranjos impregnan el ambiente de ese olor de azahar que hace pensar en el amor y en las suaves y perfumadas desnudeces de una sultana; y un aliento de vida rumorosa y alegre, formado por los enjambres de dorados insectos y blancas mariposas, circula sobre las amapolas y margaritas que cubren las silenciosas tumbas.

¡Dios es grande! El creyente duerme con más dignidad en tan hermoso sitio que nosotros, los infieles europeos, en esas anaquele-rías de tienda de ultramarinos que, matizadas con leyendas pretenciosas y ridículas, cubren las paredes de nuestras necrópolis.

La hermosura de los cementerios árabes los convierte en punto de reunión, en paseo y tertulia para los moros desocupados, que son los más. Las moras, libres por unas cuantas horas del celoso encierro conyugal, van al cementerio por la tarde y allí charlan con las amigas, comen confites, y cual pensionistas traviesas, sin abandonar sus blancos antifaces, se pellizcan, se empujan y corren por entre las tumbas con menudos y vacilantes pies é hinchando el viento sus voluminosos zaragüelles atados á los tobillos.

Paseábamos encantados por aquellas frondosidades, viendo asomadas en las escalonadas

mesetas del cementerio las curiosas argelinas, que huían al aproximarnos.

Así llegamos á la pequeña mezquita donde reposa el santo morabito Sidi-Ibrahim, alumbrado por varias lámparas que la piedad de los creyentes mantiene siempre encendidas.

En un patio al descubierto, adornado con zócalos de viejos azulejos y graciosas arcadas, murmuraba la santa fuentequilla, donde los creyentes lavan sus empolvados pies y la tostada cara, sonándose á continuación las narices. Nuestra presencia provocaba miradas hostiles; veíamos gestos poco tranquilizadores; pero aun allí, entre la gente de *chilaba*, encontramos cícerones: un viejo con cara de pillo, especie de sacristán del morabito que, por ganarse medio franco, nos rogó que entrásemos en la capilla y hasta nos hubiera ayudado á quitarnos las impuras botas á no estar presentes sus correligionarios.

Entramos sin otro calzado que los calcetines, con la cabeza algo inclinada, procurando dar á toda nuestra persona cierto aire de mansedumbre y reverencia; y una vez dentro de aquel casucho lóbrego como una cueva, vimos á la luz de las lámparas la tumba del santo Ibrahim cubierta por las banderas verdes ó rojas rematadas en media luna, que las cofradías de algunos pueblos inmediatos habían traído para consagrarlas sobre el sepulcro del bienaventurado. Y vimos también como la morisma, chorreando aún por las recientes abluciones, iba entran-

do en fila y, prosternándose sobre la tumba, rezaba sus preces con acompañamiento de manoteos.

Pero no pudimos ver más. Los fanáticos protestaban con sus miradas; algunos salían para amenazar al viejo que nos había permitido la entrada, y éste, con un gesto de contrariedad, nos hizo señas para que libráramos á los creyentes de nuestra escandalosa presencia y no holláramos más la alfombra santa con nuestros infieles calcetines.

Fuera del morabito, á un extremo del cementerio, sonaba una musiquilla y allá fuimos espantando con nuestro paso á las asustadizas moras.

En una extensa explanada agrupábanse centenares de moros, todos en cuclillas sobre las esteras; al frente las hirvientes marmitas de los cafeteros, y á la espalda un alto ribazo de piedra tostada, coronado también por centenares de moras encapuchadas, inmóviles y como abortas.

Cinco moros de una fealdad grotesca golpeaban con manos descoyuntadas los tamborcillos pequeños como almireces que oprimían bajo el sobaco; otro hacía sonar una flauta sorda, de la que arrancaba vibraciones de papel de seda; y en el centro de la concurrencia, erguido, paseando algunas veces con inquietud febril por entre los agachados grupos, aparecía el héroe de la fiesta, el improvisador, el poeta, entonando una melancólica salmodía, tan pronto reci-

tada como cantada, que por su ritmo parecía compuesta de tercetos de innumerables silabas, y cuya terminación saludaban tamborcillos y flauta con una cencerrada infernal, que cesaba tan pronto como el vate volvía á abrir la boca.

Era hermoso aquel mocetón, que por su traje parecía pertenecer á las tribus del interior. Tal vez los buenos creyentes lo habían traído á escote, como en nuestras solemnidades católicas se busca un buen predicador.

Envolvíase en su jaique deshilachado con la serena majestad de un patricio de Roma, y bajo su puntiagudo capuchón avanzaba la aguilena nariz, la picuda y rizada barba, y brillaban sus juveniles ojos con cierto fulgor de inspiración, con un fuego que recordaba las ardientes reverberaciones del sol sobre la rumorosa arena del desierto.

Me adelanté á mis compañeros, pasando irreverentemente por entre los grupos de musulimes en cuclillas; el poeta me miró de pies á cabeza con una rápida ojeada de superioridad despreciativa y siguió cantando.

Improvisaba. En sus paseos febriles adivinábase la excitación nerviosa del artista cuando siente la misteriosa inspiración, y tan pronto deteníase acariciando con expresión pensativa la puntiaguda barba y dejando que la musiquilla prolongase sus bramidos, como despeñándose por una repentina facilidad, disparaba cuatro ó cinco estrofas sin interrupción, cortando á los músicos en lo mejor de su cencerrada.



Iban los cafeteros negros de un lado á otro sirviendo pipas y tazas, empujándome con rudeza al pasar, ya que por miedo á la dominación francesa no podían hacer otra cosa peor; y arriba, sobre el ribazo, por entre los blancos mantos, brillaban centenares de ojos rasgados y negros, fijos todos en la ave rara, en el europeo, que podían contemplar á su sabor frente á frente y sin miedo á celos.

Y yo experimentaba una turbación extraña ante la curiosa fijeza de aquellos fantasmas, cuyos mantos transparentaban túnicas de brillantes colores y cuyos ocultos rostros no eran seguramente en su mayoría de viejas ni de feas, pues la belleza, por más que se cubra, siempre tiene signos exteriores que la delatan.

Lo que nadie puede adivinar por lince que sea, si no sabe el árabe, es lo que canta un poeta moro.

Esos rostros atezados que miran fijamente sin experimentar la menor contracción, son impenetrables.

¿Qué decía aquel mocetón, fuente inagotable de chillonas estrofas?

Tal vez cantaba la santidad de Sidi-Ibrahim; tal vez se lamentaba de la ruina del pueblo argelino, esclavo hoy de los franceses, ó expresaba con ritmo melancólico la perezosa nostalgia del desierto con sus frescos oasis y su absoluta libertad.

Pero sorprendí ligeros gestos, furtivas miradas en aquellas caras impasibles, y aún hoy

tengo la sospecha de que el poeta, ofendido por nuestra insolente presencia, y con absoluta impunidad, nos endilgó más de un terceto llamándonos *perros cristianos* ó *cerdos impuros*, é hizo votos por que salga pronto otro Abu-Ame-  
ma que se encargue de abrir en canal á todos los que, gastando pantalones á la europea, se atreven á hollar el santo suelo del Africa.

---

## V

### LAS MEZQUITAS.

La República francesa, tolerante y atenta con las creencias de todos sus súbditos, como debe hacerlo un gobierno verdaderamente liberal, tiene tantos aspectos en el terreno religioso como son las ideas que profesan sus ciudadanos; y al mismo tiempo que aparece amiga del Papado y vive con él en inalterables relaciones, es calvinista para satisfacer á los descendientes de los antiguos hugonotes; judía para contentar á los miles de franceses de raza hebrea, que lo mismo figuran como príncipes de la Banca, que revenden ropa vieja en los baratillos; y se muestra musulmana en sus dilatadas posesiones de Africa, donde la bandera tricolor cobija millones de seres de rostro bronceado, que podrán creer en la gloria de Francia, pero creen aún más en la sabiduría del Profeta y la infalibilidad del Korán.

Así debe ser en toda nación donde los cultos no estén separados del Estado. Todos los ciudadanos, por lo mismo que contribuyen á

los gastos públicos, tienen derecho á que se les atienda y se les respete en sus respectivas creencias. De aquí que Francia, además de destinar una parte de su presupuesto de cultos al católico, reparte el resto entre los rabinos, los pastores y los santones, tocándole á la religión africana, tal vez la parte mayor de las tres.

Así se coloniza. Por esto las luchas por la independencia que se han desarrollado en la Argelia, los llamamientos á la guerra santa hechos por Abu-Amema y otros santones ambiciosos entre los fanáticos del interior, no han alcanzado éxito alguno sobre el vecindario musulmán de las poblaciones.

El moro de cierta cultura, por fanático que sea, al ver la tolerante autoridad francesa respetando á sus santones, dándoles cierta consideración oficial y reparando sus mezquitas, duda de la eficacia de la guerra santa, y aunque no mira al invasor con mucha simpatía, tampoco siente grandes deseos de rebelarse contra él.

Tal vez nuestro fracaso como colonizadores, fué debido á la arrogancia de raza que no nos permite respetar creencias ajenas y nos impulsó á meter en las cabezas indígenas, á fuerza de porrazos, la doctrina cristiana, dogma de paz y caridad.

El gobierno francés no sólo respeta, sino que crea por halagar las ideas religiosas de sus súbditos; y al par que gasta millones en sostener y reparar en el continente las viejas catedrales góticas, flores de granito, suspiros petri-

ficados de la soñadora Edad Media, levanta en Argel nuevas mezquitas de blancas paredes, redondas cúpulas y esbeltos minaretes que escalan el cielo, como la oración del creyente á la hora en que el disco rojizo y ardoroso surge en el límite del desierto entre las inflamadas neblinas del amanecer.

Lo primero que en Argel atrae poderosamente la atención del artista, es la mezquita principal, edificio moderno que delata la mano cuidadosa y oficinesca de la administración francesa y que carece de ese carácter augusto, de esa patina de respeto que dan los años y la adoración de muchas generaciones, pero que, sin embargo, presenta la esbeltez y la gracia voluptuosas del arte árabe.

En el lugar más visible de una plaza moderna, con sus aceras de parisién asfalto, sus farolas de gas y sus tiendas de vistosos escaparates, frente á la estatua ecuestre del duque de Orleans, el malogrado hijo de Luís Felipe, álzase la gran mezquita como gigantesco anacronismo, exhibiendo con imponente majestad su hermosa y sobria arquitectura entre esos palacios á la moderna, que tienen estatuas y escarolados hechos á máquina y fronteras de yeso que imita groseramente á la tallada piedra.

Ventanas pocas, todas de doble arco, partidas por graciosa columnilla de alabastro; en el alero la dentellada crestería árabe con sus estrellas de cinco puntas; más arriba las cúpulas

redondas de deslumbrante blancura en que se refracta el sol lanzando haces de destellos irisados, y en lo más alto, como remates de afiligranadas columnas, las mesetas de los alminares, donde suben los sacristanes de la mezquita á vocear las tres oraciones del día con furiosos manoteos que espantan á los halcones y alcara vanes, haciéndolos revolotear sobre la pelada cabeza del creyente.

Abajo, junto á las puertas de dentellada y amplia herradura, toda la escoria salida á borbotones de los tugurios de la Kaasba: los ciegos de cuencas horribles; los tullidos que se arrastran como contraídas sabandijas; las negras viejas, hinchadas, monstruosas, envueltas en pedazos de multicolor alfombra y con la cabeza como espantable Medusa erizada de hirsutos pelos; los niños mutilados; toda la repugnante espuma de la miseria oriental gritando con voces discordantes, aullando en árabe para que le den una limosna en nombre del Profeta.

Dentro, en el vestíbulo, están los muchachuelos del barrio, limpios de piernas y cara, con el fez al cogote, tendidos panza abajo, jugando á la rayuela, sin importarles un ardite la santidad del lugar, acabando á cachetes y mordiscos las jugadas difíciles y volviendo sus morenas caritas para mirar á los extranjeros insolentemente con sus ojos negros como zarzamoras. En el lado opuesto murmura la santa fontana, en torno de cuya pila siempre hay creyentes chapuzándose, cumpliendo los preceptos hi-

giénicos del Profeta antes de comenzar su oración.

Esa misteriosa poesía oriental que parece llevar consigo el pueblo musulmán y que tan interesante le hace para los europeos, desaparece en cuanto se le ve en las santas piscinas de las mezquitas.

Hunden en el agua primeramente sus pies empolvados, que van pisando las sucias calles totalmente desnudos ó casi fuera de las babuchas; lávanse después los arremangados brazos y la esquilada cabeza; y como la pituitaria, á fuerza de chapuzones se reblandece, aprovechan la ocasión para sonarse ruidosamente con los dedos, sin fijarse en si el desahogo cae en la sagrada agua.

Y en seguida otro al puesto; y desde la primera oración hasta la última, desde que sale el sol hasta que se pone, toda la suciedad mora va depositándose en aquella agua, que es la misma que reblandece el rostro curtido del que viene detrás.

La previsorá administración francesa ha convertido en fuente el pilón de las abluciones, y un pequeño manantial murmura, renovando en parte el agua de la piscina; pero aún así se necesita un verdadero estómago de buitre para presenciá después del almuerzo la santa purificación de los creyentes.

Entraban éstos en la mezquita con el rostro húmedo y brillante, goteándoles las barbas, marcando sobre la estera las húmedas huellas

de sus pies y llevando bajo el brazo las babuchas, el jaique plegado y la vara de fresno con clavos, que nunca abandona el buen musulmán.

Apenas llegaban al sitio que creían mejor para sus oraciones, arrojaban ruidosamente al suelo el lío de las babuchas, poníanse rígidos mirando las iluminadas ventanas de la parte de Oriente, y después desplomábanse sobre las rodillas y se tendían de bruces en el suelo, comenzando una serie de genuflexiones y manoteos, hasta que por fin quedábanse inmóviles con las manos extendidas, comenzando un soliloquio con voz gutural y chillona.

Algo hay que impone en el fervor de estos hombres, que dentro de la mezquita parecen transfigurarse y miran al Oriente con ojos en que brilla el fuego de indomable fiereza.

Adivínase en ellos á los descendientes de aquellas hordas que, capitaneadas por los primeros Califas, salían del rincón miserable de la Arabia, tras el verde estandarte del Profeta, para enseñorearse de medio mundo.

Pero en el estrecho recinto de una mezquita conmueve poco el culto musulmán.

Las desnudas paredes enjabelgadas, de una blancura monótona; los arcos innumerables con su verde remate; la carencia de adornos; la total ausencia de objetos que puedan fijar la atención, hacen sentir débilmente la inmensidad del principio monoteísta, la grandeza de ese Alhá misterioso é invisible al que la imaginación musulmana no ha querido dar forma por



no empequeñecerlo; pero se piensa inmediatamente que todos aquellos hombres amarillos ó negros resultarían más interesantes orando y prosternándose en medio de la inmensidad del desierto, que es el principio y la verdadera imagen de su Dios, mirando al sol cara á cara y no en el estrecho templo, donde la luz oriental sólo entra en debilitados haces á través de los encristalados y altos aljimeces.

A la vista de esos templos monótonos, desnudos de todo adorno, y que tan vehementes arranques de devoción producen en los creyentes por el soplo misterioso de la divinidad que creen percibir en su interior, compréndese el odio con que los musulmanes miran el culto católico con todos sus esplendores y derroches artísticos, su chisporroteo de mil luces, el brillo de las ricas vestiduras de las imágenes, el oro y la pedrería que fulguran, los cánticos armoniosos que suben hasta la bóveda envueltos en nubes de incienso; toda la aparatosa liturgia de una religión que los santones llaman politeísta.

En estas mezquitas donde cada cual hace lo que quiere, donde unos rezan á gritos y otros, haciendo almohada de las babuchas y el jaique, se tienden á meditar, roncando al poco rato, todo lo extraordinario del culto consiste en que algún viejo santón de rojo y puntiagudo turbante se sienta en una especie de púlpito y armado de descomunales antiparras, acariciándose se la temblona barbilla, vaya recitando con monótono canturreo las estrofas del libro santo.

Yo me había negado á pasar de la puerta de la gran mezquita. Desde allí veía todo el templo y no juzgaba necesario quitarme las botas para ir pisando en calcetines aquella estera mojada por el chorrear de tantos creyentes recién ablucionados.

Pero un sacristán, lo mismo sea moro que europeo, no suelta fácilmente la propina que ve en perspectiva, y el servidor de la mezquita, un moro viejo, arrugado, con cara de pillo, me tomó por su cuenta.

¿No quería pasar? Podía hacerlo sin quitarme las botas. El caso estaba previsto, pues eran muchos los viajeros ingleses que hacían como yo. Para eso estaba él allí, para hacer favores á las personas que sabían corresponder dignamente.

Y sacó de bajo una esterilla un par de babuchas viejas y enormes, ofreciéndomelas. Podía meter en ellas mis piés calzados, pues indudablemente el cuero consagrado amortiguaría sobre la santa estera la impura presión de mis zapatos infieles.

Entré arrastrando trabajosamente los pies, pues aquellos enormes pantuflos rojos amenazaban escapárseme á cada instante. Y á la salida, arrojando á un lado las fundas de cuero, le dí medio franco al sacristán, que se deshizo en zalemas, deseándome que Alhá me colme de venturas.

¡Oh, santa explotación! ¿Dónde está la fiera intransigencia musulmana que ve impasible

como por cincuenta céntimos entran en la casa de Dios los pies de un *perro rumí* con doble envoltura, mientras los buenos creyentes van descalzos?

La historia de siempre. El mártir muere en espantosos suplicios; el asceta se extingue lentamente entre horripilantes maceraciones; el bienaventurado conmueve el mundo con sus virtudes, y cuando á fuerza de tantos sacrificios se consolida la santa idea y adquiere universal respeto, la consecuencia más inmediata es que tantos sacrificios portentosos, tantas abnegaciones heroicas, sirven principalmente para que coma el sacristán.





## VI

### EL MERCADO DE MAISON-CARREL.

Habíasenos recomendado la feria semanal de Maison-Carrel como uno de los espectáculos más *típicos* y exuberantes de carácter local que pueden encontrarse en los alrededores de Argel, y allá fuimos, embutiéndonos en un ómnibus, en la amable compañía de unos cuantos morazos que durante el camino nos aturdieron con su charla árabe, semejante al monótomo piar de las bandas de gorriones anidados en los altos y copudos árboles que orlan la carretera.

Situado el mercado á doce kilómetros de Argel, el camino va desarrollándose unas veces cerca del mar y otras á través de una vega que recuerda la valenciana, con todas sus magnificencias, aunque mejorada en punto á habitaciones, pues la alquería francesa con sus rojos tejados, sustituye con ventaja á la barraca de pajiza techumbre.

En los campos nótase cierto *aire de familia* que recuerda á los nuestros. Los mismos sistemas de cultivo, idéntica configuración en los

surcos, las mismas verduras cuidadas de un modo igual; bien se adivina allí la mano del labriego valenciano, á quien la miseria hace emigrar, y que los propietarios de Argel aprecian en todo cuanto vale.

En la ribera de la hermosa bahía, sobre las verdes masas de pinos enanos que ocupan las ondulaciones del terreno entre el mar y el camino, destacábanse como barrios de una Ciudad nacida durante la noche innumerables tiendas de campaña, en torno de las cuales pululaban muchos hombres de rubio mostacho, vestidos de blanco, con faja azul arrollada hasta cerca del pecho y kepis con níveas y sueltas tocas.

Era un regimiento de artillería acampado á la vista de Argel con todas las durezas de la vida de campaña, haciendo ejercicios de tiro que conmueven con sus sordos estampidos el espacio diáfano y ligeramente azulado del inmenso golfo.

Aquel campamento en medio del risueño paisaje; los soldados levantando trincheras y acarreando infecunda tierra cerca de los campos, donde como, hormigas laboriosas, vense las filas de labriegos haciendo brillar cual un relámpago la acerada herramienta cada vez que se enderezan; aquellos cañones negros, siniestros, adelantando sobre el inmóvil rodaje su estrecho cuello cerca del camino por donde pasa el tráfico y la vida, son la imagen del Argel actual, pacífico, tranquilo, dedicado á la dulzura

de la paz, á la explotación del suelo africano, cuyas entrañas hierven con vida febril, pero que puede turbarse profundamente nada mas que se le ocurra á algún santón del interior, piojoso y extenuado por los ayunos, salir diciendo que Alhá le habla y le pide el exterminio de los cristianos.

A los pueblos ignorantes y fanatizados hay que tratarles como lo hace con Argel la República francesa. Educar mucho, tratar al vencido con suavidad, transigir y respetar hasta las más absurdas creencias, pero tener muchos cañones siempre prontos á ser arrastrados hacia el interior; contar con un batallón de zuavos en cada pueblo importante; disponer de un ejército aguerrido que en tiempos de paz hace la vida de campaña; y así únicamente se tiene seguridad, pues las sublevaciones del interior, por lo mismo que se basan en el fanatismo, se transmiten y extienden con la rapidez que se inflama un reguero de pólvora, y apenas lanza su grito de guerra el santón poderoso, ya está en armas la morisma de toda una provincia.

Conforme nos aproximábamos á Maison-Carré iba animándose el camino y el ómnibus se internaba cada vez más en la confusa multitud que, lentamente, iba hacia el grupo de tejados, que se destacaba en el horizonte sobre la verde arboleda.

Pasaban los descalzos y gallardos moros con el rostro empequeñecido por el alto y ancho morrión que forman sobre su cabeza las blancas

tocas sujetas por innumerables vueltas de rojizos cordones.

Conducían al mercado las pequeñas vacas africanas, blancas y amarillas, de diminuta cabeza y descomunales cuernos; los caballejos de largo cuello, pelisucios, feos, pero con una inquietud nerviosa que les hace dar prodigiosos saltos y adoptar arrogantes posiciones; y mezclados con los pequeños rebaños, pasaban grupos de labradores de las inmediaciones, exacta reproducción de la huída á Egipto; el padre delante, con la faz enjuta y tostada, enseñando las desnudas piernas por bajo la deshilachada *chilaba* y tirando del enano borriquillo, sobre el cual, en jamugas, mostrábase la mora con la cara tapada y el pecho al aire, dando de mamar á algún morito redondo como un botijo y con las carnes rojas como una langosta recién cocida.

Abriéndose paso con la arrolladora insolencia del vencedor, pasaban veloces sobre sus caballos árabes, el oficial, con el sable suelto golpeando el flanco de su cabalgadura, y el atezado *sphai* con sus flotantes y blancas tocas, sus hinchados calzones de color celeste y el portapliegos de cuero bailoteando sobre su espalda al compás del galope de su corcel.

Atravesando á pie la risueña aldea llegamos al puente de hierro que conduce al mercado y el golpe de vista fué magnífico, deslumbrador.

A nuestros pies estaba el río, con sus tortuosidades panorámicas, sus riberas de rojiza are-



na orladas de tupidos cañares, tras los cuales elevábanse las colinas cubiertas de verdor.

Y por el río, junto á la murmurante y ancha sábana de agua de un azul claro, iban llegando en interminable procesión los rebaños de los pueblos del interior, con los vellones fantásticamente pintarrajeados para ser reconocidos por sus dueños; montones de lana azul, roja ó verde que, con acompañamiento de dulces balidos, aproximábanse al trotecillo de sus patitas como alambres, escoltados por los pastores argelinos, que casi desnudos, sin otra vestidura que un manto pardo y remendado, asomando por entre tocas sus rostros bronceados y barbudos y apoyándose al andar en enormes cayados, recordaban á Labán y los pastores patriarcales de la Biblia, dando al argelino paisaje el carácter ingenuo, dulce y tranquilo de la antigua Arabia.

El mercado de ganados de Maison-Carrel está en una extensa llanura rodeada de bosques, y á él acuden desde muchas leguas los campesinos musulmanes.

Allí es donde se puede conocer en toda su importancia esa ganadería argelina, tan abundante, que envía diariamente miles de reses á los mercados de Francia.

El teraz suelo argelino con sus montes cubiertos de bosque y sus inmensos prados, mantiene sin esfuerzo alguno los millones de reses que forman la principal riqueza del país. Además, están las tribus del interior, que forzosa-

mente se dedican al pastoreo, como todos los pueblos que no tienen asegurada su tranquilidad.

La agricultura, para desarrollarse, requiere paz, y en los pueblos del interior, donde cada cinco años ocurren desórdenes y la autoridad francesa sólo á medias ha podido combatir el bandidaje árabe, las gentes pacíficas tienen que dedicarse al pastoreo, pues de este modo, al huir para salvar sus vidas, plegando la tienda y arreando al ganado, llevan consigo toda su fortuna y no dejan detrás cosechas para que las destroce el enemigo, ni una casa que pueda quemar.

En toda la extensa explanada, apenas si vimos otros europeos que los inspectores del mercado, buenos ciudadanos, puestos de veinticinco alfileres, con esa corrección estirada y pretenciosa de los funcionarios franceses, luciendo el blanco casco inglés con la arrollada gasa azul.

La total ausencia del elemento europeo hacía que nos creyésemos en el Africa virgen, en el Argel de antes de la conquista, en un mercado de aquellos donde jamás se conoció el sistema decimal ni el inspector encargado de imponer multas á los vendedores de mala fe.

Desde una altura, la vista sólo encontraba una nota de color, blanca y monótona, extendiéndose por la inmensa explanada.

Por todas partes, las blancas *chilabas* formando animados grupos; rostros atezados y gesticulantes; expresivos manoteos; grandes

masas de sucios vellones; movibles rebaños de retorcidas astas; balidos melancólicos contestados por fieros mugidos, y en el ambiente caliginoso y pesado, el olor punzante y molesto de la capa de excremento con que el ganado fecunda el suelo del mercado.

Los moros, sucios y rústicos como los que descenden cual silenciosos fantasmas por los empinados callejones de la Kaasba, parecían, sin embargo, más hermosos, más nobles, vistos á campo raso, á la luz de ese sol africano que dulcifica los rostros feroces y dora los árabes guiñapos, dándoles la majestad de un manto romano.

La libertad de la vida del campo ha combatido insensiblemente las preocupaciones musulmanas, y entre los grupos de hombres veíanse pasar algunas moras con la cara descubierta, gordas, con esa obesidad fofa, lustrosa y malsana de la vida claustral; con los ojos pintados, destacándose sobre el rostro carilleno de color de tabaco; las uñas teñidas de azul; mostrando algunas el nacimiento del robusto pecho, en el cual destacábanse tatuajes en tinta verde, extraños arabescos que parecían una nueva red de arterias á flor de la piel.

Comprábanse las reses á centenares. Los corderos inmóviles, en doble fila, unidos por larga cuerda que les aprisionaba el cuello, eran vendidos como esos manojos de gorriones ensartados por un junco que se ofrecen en nuestros mercados, y el ganado era tratado á empujo-

nes y palos con el mayor desprecio; tirado por el suelo con feroces patadas, como si fuese algo insignificante que el suelo produce con fastidiosa fecundidad.

En un extremo del mercado habíanse instalado varios carniceros árabes para las necesidades del momento, y pendientes de los árboles, junto á las pieles inanimadas y sangrientas que formaban repugnante montón cubierto de moscas, mostrábase los cuartos de novillo de un rojo inflamado y los corderos recién desollados, vendiéndose su carne con una baratura fabulosa, propia de un país donde el ganado parece nacer espontáneamente del fondo de los bosques.

Era ya medio día, y comenzaba á desanimarse el gran mercado.

Salían los miles de corderos formando innumerables grupos, muchos de ellos con las piernas trabadas por olvidada cuerda y obligados sin embargo á andar por los terribles golpes con que les arreaban sus pastores. Abajo, en el río, algunos creyentes hacían su segunda oración cara al sol, y hundiendo sus morenos brazos en la diáfana agua se chapuzaban murmurando plegarias.

A la sombra de los copudos plátanos del mercado, sentábanse en cuclillas pastores y labriegos preparando su comida, y en medio de la explanada, bajo los rayos verticales del sol, verificábanse los últimos regateos.

Los que acababan de comprar alguna vaca, adornábanla los lomos, tijera en mano, con los

más caprichosos arabescos, para poder reconocerla; y los rebaños, con las cabezas teñidas de azul ó rojo, eran disputados con interminable y ruidosa discusión, propia de los árabes que, á pesar de su impasibilidad silenciosa, son charlatanes como pocos cuando se trata de comprar barato.

Vociferaban guturalmente; casi todos ellos se llamaban Mohamet, y el nombre salía á cada instante en la conversación, sonando unas veces dulce y quejumbrosamente, como para inclinar á la benevolencia, y otras con sequedad é irritación, como protestando del precio escandalosamente exagerado; hasta que por fin llegaba el ajuste y el morazo comprador buscaba bajo el blanco jaique la cartera de cuero matizada con bordados torzales y lentejuelas cuya correa les cruza el cuello.

¿Que sacaban de ella? ¿Los deslumbrantes zequíes de oro con el sello del bey de Argel y su leyenda en enrevesados caracteres arábigos? ¿Las lucientes piastras de plata prontas á vibrar con argentina sonoridad al menor choque?

No; de todas las carteras salían papelillos mugrientos con grabados azules, billetes del Banco de Argel que pasaban de un lado á otro del mercado, y en manos de los moros producían el efecto de un anacronismo.

Ventajas de la civilización anémica. El antiguo oro argelino se ha embarcado con rumbo á Francia para rodar tal vez sobre las enguantadas manos de las elegantes arañas de París; y

aquí, para que sea mayor la semejanza entre nuestros ascendientes y nosotros, sólo queda la epidemia del papel, la muestra indeleble de los pueblos esquilados.



## VII

### LA KAASBA DE NOCHE.—LOS ZUAVOS.— LAS DOS REPÚBLICAS.

Pocas horas nos quedaban de permanecer en Argel y quisimos aprovechar la noche contemplando el barrio de la Kaasba á la luz de la luna, que en su cuarto creciente, encorvaba los luminosos cuernos sobre el cielo oscuro, como esa otra luna que campea en el verde estandarte de los musulmanes.

Los empinados callejones con sus confusas revueltas, sus arcadas bajas y profundas cual bocas de túnel, sus fachadas panzudas y desniveladas, que parecen apoyarse unas en otras como vacilante fila de débiles viejas, ofrecían de noche un golpe de vista teatral, una amalgama de luces y de sombras; esquinas bañadas en rojiza luz y callejones enteros sumidos en la obscuridad.

Algunos faroles de gas brillando como estrellas perdidas en la gigantesca masa de tinieblas, causaban instintiva extrañeza vistos en un barrio que parece alejado de todo contacto europeo.

Cerradas casi todas las puertas; sombras abajo en el empinado pavimento; y allá arriba, en los salientes aleros, una tibia claridad de luna. Alguna ventana abríase de pronto para dejar asomar curiosas cabezas, alarmadas por el ruido de las botas europeas, que el fino oído árabe sabe distinguir; y pasando por nuestro lado, blancos é indecisos como fantasmas, sin producir ruido con sus descalzos piés, moros y más moros, que vuelven á sus casas con las provisiones para la cena, pues en esta raza oriental, eminentemente celosa, el hombre con tal de conservar á la hembra recluída en lo más oculto de su casa como joya tentadora, se presta á ser mandadero y á desempeñar de puertas afuera las más femeniles comisiones.

Andábamos á la ventura por el obscuro barrio, pasando de unos callejones á otros, siempre hacía arriba, por las agrias cuestas, medio seguro de no perderse y de salir á la ronda exterior.

El camino no estaba exento de sorpresas. Al doblar algunas esquinas, sumiéndonos en la obscuridad de tenebrosos callejones, tropezábamos con algo inmóvil y blando que se agitaba, y murmurando palabras árabes que tal vez eran maldiciones, alejábase ó se pegaba más á la pared. Eran moros que estaban al acecho, Alhá sabe de qué, y si se contentaban con maldecirnos, sería sin duda porque éramos tres.

En este barrio oriental, las horas de la noche son el manto que encubre las mayores pi-



cardías, ni más ni menos que en una ciudad europea.

Duermen las casas, las calles están mudas, pero en ciertas esquinas vense hinchados zara-güelles y misteriosos mantos, de los cuales salen expresivos siseos que hacen volver la cabeza al musulmán amigo de aventuras.

Al musulmán solamente, pues este pueblo hasta en el vicio siente las preocupaciones de raza, y si alguna de las aventureras de la Kaasba admitiese en su casa á un europeo, el barrio entero se alborotaría, los palos y pedradas conmoverían la puerta, y mal lo pasaría el audaz *perro cristiano* si al oirse el escándalo desde la ciudad baja, no subiera á libertarle un pelotón de zuavos.

Los santones, que son todo sabiduría y prudencia, lo han dicho muchas veces: eso de entregarse á los impuros brazos de un europeo sólo pueden hacerlo las judías, gente sin Dios y sin vergüenza, que tienen puesto el precio hasta á su alma.

La crápula musulmana es la única manifestación de vida que anima nocturnamente las calles de la Kaasba. Pasan los mancebos musulmanes con su leve andar fantástico, perfumados y con el fuerte garrote en la mano para estar á todo lo que salga; se les distingue en la sombra, sosteniendo apagado diálogo con figuras encapuchadas, ó se detienen á la puerta de los cafetuchos árabes, únicos lugares donde reina alguna algazara, y cuyas puertas arrojan una man-

cha de rojiza luz sobre el tenebroso y desigual empedrado.

Nos detuvimos ante un cafetín, pequeño cuartucho del cual salía luz y ruido para animar todo el callejón.

Los parroquianos estaban en plena zambra: unos tendidos sobre la esterilla del entarimado, otros golpeando enormes panderos sin sonajas, un músico tañendo una chillona flauta, y el cafetero, de espaldas á su fogón, contemplando con expresión satisfecha la alegría de sus parroquianos.

En el centro, dos negrotos casi desnudos bailoteaban, lanzando agudos chillidos.

Sus brazos, tan pronto estaban en jarras como se agitaban con femeniles movimientos, y de la cintura abajo retorcían el cuerpo con agilidad de serpiente, balanceaban las caderas y movían la parte mas carnosa de su individuo con agilidad infame que provocaba gritos de entusiasmo.

Había en aquellas sonrisas una expresión repugnante; brillaba en los inflamados ojos un resplandor de brutalidad espantosa; las voces, con sus confusas palabras árabes, sonaban como requiebros, y los dos negros baila que te baila, extremando cada vez más el contoneo femenino que causaba náuseas.

Aquello era la manifestación repugnante de esa corrupción oriental, causa indudable de la actual decadencia de una raza en otros tiempos guerrera, que á la voz de los primeros califas

avasallaba al mundo. El vicio diabólico se mostraba con toda su repugnante impudencia, con la infame serenidad propia de gente que, ennegada en los placeres, considera como actos naturales las más absurdas locuras... y buscamos el salir cuanto antes de aquel barrio que guarda juntas toda la hermosura y todas las miserias del pueblo musulmán.

Cuando llegamos á la ciudad europea tropezamos en muchas calles con fuertes patrullas de zuavos dirigidas por agentes de policía.

La autoridad francesa, mientras vigila por la noche los boulevares para reprimir y castigar cualquier insolencia de los indígenas, no envía un sólo agente á los callejones de la Kaasba.

¿Por qué? Es bien sencillo. Porque á los funcionarios franceses no se les puede ocurrir que haya europeos extravagantes que por la noche suban las empinadas calles de la Kaasba con peligro de romperse la crisma ó de algo peor, y deja á los moros que se arreglen á su gusto en el miserable barrio hasta que llega el día.

Por esto, el único amuleto protector que se conoce para poder admirar de noche el fantástico aspecto de la Kaasba, es llevar la mano en el bolsillo, acariciando la culata del revólver.

\*  
\* \*

Íbamos al puerto para embarcarnos, cuando nos cruzamos con un batallón de zuavos que

iba camino de la estación del ferrocarril para marchar al interior.

No son los zuavos lo que menos hay que admirar en Argel. Ese ejército francés, vestido á la turca y con el rostro bronceado por el ardiente sol como los naturales del país, presenta un golpe de vista que pocos ejércitos podrán ofrecer.

Al són de los rugientes tambores y de los clarines marciales, pasaban aquellos mocetones, fuertes, musculosos, de rojo mostacho y ancha perilla, al aire la mitad de la rapada cabeza, la gruesa borla del fez bailoteando sobre el cuello y erguidos sin esfuerzo alguno como si no sintieran el peso de la enorme mochila. Pasaban las airosas chaquetillas con adornos rojos, los zaragüelles grises que en campaña sustituyen á los encarnados; y las fuertes pisadas parecían afirmar una vez más en favor de Francia la posesión del territorio argelino.

Aquel batallón tan numeroso que en España hubiera podido pasar por eso que llamamos pomposamente una brigada, desfilaba con la marcialidad de nuestra infantería. Y es que si este ejército de Argel resulta la mejor de las tropas con que cuenta la República, lo debe á que continuamente está haciendo la guerra á estilo español, desarrollando el valor individual en esos encuentros parciales base del sistema de guerrillas.

Acampados en el último límite del interior, fraccionados en pequeños destacamentos, fren-

te á un enemigo tan feroz como astuto, los zuavos adquieren en poco tiempo el arrojo y la experiencia del veterano; y el muchachón de la Normandía ó de la Auvernia, cuando su cutis blanco de hombre del Norte acaba de ser tostado por el sol africano, se siente un soldado distinto á los del continente.

De aquí han salido los generales más valerosos de Francia: estos zuavos son los mismos que con su empuje decidieron las jornadas de Solferino y Magenta; los únicos que en la espantosa caída de Sedán se salvaron de la deshonra, y cubriendo sus pechos con una fila de bayonetas, consiguieron romper las líneas prusianas, refugiándose en Bélgica.

Este ejército á la española, estas guerrillas disciplinadas que Francia tiene en Argelia, son una sólida garantía, pues mientras la República cuente con sus zuavos de Africa, la bandera francesa ondeará con toda seguridad sobre la antigua nación de los piratas.

\*  
\* \*

Íbamos á salir del puerto de Argel, cuando tembló el espacio, repitiendo los inmediatos montes el eco de los estampidos.

Era el *San Francisco*, un crucero de los Estados Unidos que acababa de entrar, y que ocupando el centro del puerto con su imponente mole, saludaba á la plaza con ventiún cañonazos.

Aquel pueblo flotante, erizado de cañones, hundiendo en las mansas aguas el cóncavo

vientre y escalando el espacio con sus palos desnudos que sostenían aéreas baterías de ametralladoras, brillaba al sol con sus deslumbrantes dorados y todo su casco charolado de blanco, como un lindo juguete de ocho mil toneladas.

Ondeaba en lo alto la bandera cuajada de estrellas, símbolo de un gran pueblo que vive en plena autonomía, y sonaba la música de á bordo entonando *La Marsellesa* con una lentitud solemne que parecía dar mayor majestad al himno de la emancipación humana.

El gobernador general de Argel estaba visitando el buque en aquel instante.

Deslizábase el Pérez empequeñecido y humilde junto á la fortaleza flotante, y desde la toldilla veíamos la marinería uniformada de un color casi negro, formando obscura masa en el centro de la cubierta; la potente artillería mirándonos con sus ojos profundos y lóbregos, de donde salen relámpagos de muerte; y la oficialidad joven y robusta, vestida con sencillez y severidad, sin galones y sin cruces, como soldados de una república austera, donde los chillones distintivos de los ejércitos de Europa producen la misma curiosidad irónica con que nosotros miramos las plumas y pintarrajeados con que se adornan los salvajes.

A los pocos instantes ya estábamos lejos del crucero y la brisa marítima nos traía amortiguados y vagorosos los ecos de la *Marsellesa*.

Sobre la cubierta de aquel coloso de acero, bajo la bandera de la libertad matizada de es-

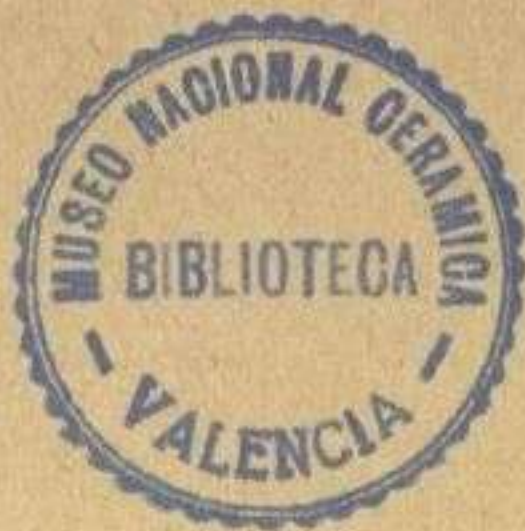
trellas como el inmenso firmamento, fraternizaban una vez más las dos Repúblicas poderosas, los dos pueblos que han realizado los ideales más hermosos de la humanidad.

Los nietos de Wasington recibían con homenajes al representante del pueblo que produjo á Mirabeau y á Danton, á Hoche y á Kléber.

A lo lejos, en las cumbres de Argel, ondeaba la bandera tricolor, símbolo de redención que despertó á todos los pueblos de Europa; junto á las artilladas cofas rizábanse con la brisa del mar las barras rojas y blancas, las hermosas estrellas de la otra bandera, que tremolada por Lincoln, paseó por entre nubes de metralla, sobre campos de muerte, para dar libertad á la infeliz raza negra.

¡Hermoso espectáculo! Dos pueblos libertadores, dos Repúblicas que aunque hayan cometido errores merecerán las bendiciones de la historia por haber ayudado la emancipación humana, se abrazaban sobre aquellas aguas berberiscas que en otro tiempo mecían las galeras de los cazadores de hombres, á la vista de Argel donde por espacio de largos siglos, genios inmortales y valerosos soldados sufrieron la mayor de las desgracias humanas: la esclavitud.

**FIN**



# ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Dimoni . . . . .	7
¡Cosas de hombres!.... . . . .	21
La cencerrada . . . . .	31
La caperuza . . . . .	65
Noche de bodas . . . . .	77
La corrección . . . . .	109
Guapeza valenciana . . . . .	119
La leyenda del esparrelló . . . . .	139
El Femater . . . . .	151

## **El País de Barbarroja.**

*(Una semana en Argel.)*

I.—El viaje . . . . .	177
II.—En el puerto.—El mercado.—La Kaasba . . . . .	187
III.—La cueva de Cervantes . . . . .	199
IV.—La Fiesta del morabito . . . . .	209
V.—Las mezquitas . . . . .	219
VI.—El mercado de Maison-Carrel . . . . .	229
VII.—La Kaasba de noche.—Los zuavos.—Las dos repúblicas . . . . .	239

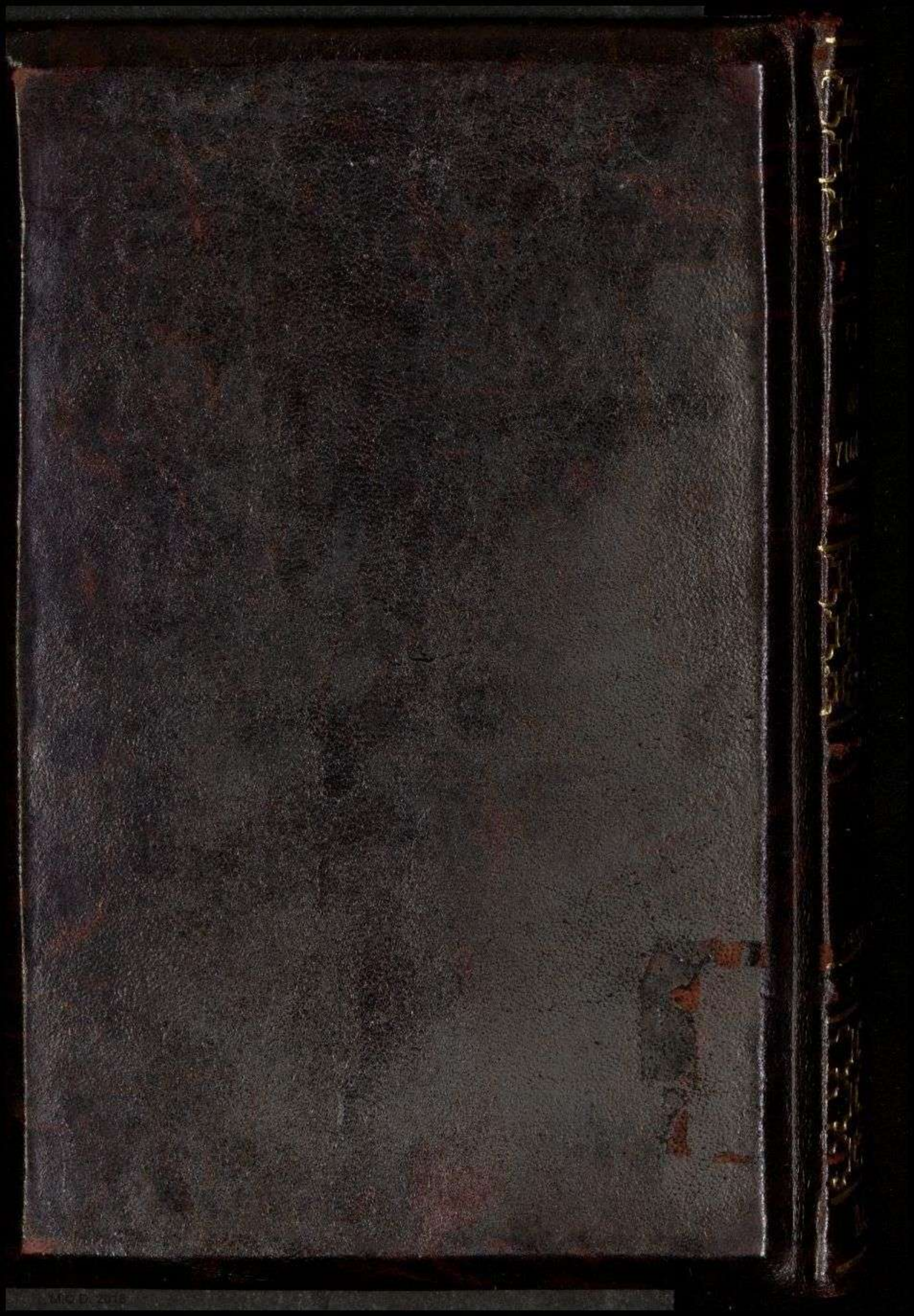
---











V. B. IBÁÑEZ

CUENTOS  
VALENCIANO



M. B.

bajo el sobaco, como si fuera un nuevo miembro creado por la naturaleza en un acceso de filarmonía.

Las mujeres que se burlaban de aquel insignie perdido, habían hecho un descubrimiento. *Dimóni* era guapo. Alto, fornido, con la cabeza esférica, la frente elevada, el cabello al rape y la nariz de curva audaz, tenía en su aspecto reposado y majestuoso algo que recordaba al patricio romano, pero no de aquellos que en el período de austeridad vivían á la espartana y se robustecían en el campo de Marte, sino de los otros, de aquellos de la decadencia, que en las orgías imperiales afeaban la hermosura de raza colorando su nariz con el bermellón del vino y deformando su perfil con la colgante sobarba de la glotonería.

*Dimóni* era un borracho. Los prodigios de su dulzaina, que por lo maravillosos le habían valido el apodo, no llamaban tanto la atención como las asombrosas borracheras que pillaba en las grandes fiestas.

Su fama de músico le hacía ser llamado por los clavarios de todos los pueblos, y veíasele llegar carretera abajo siempre erguido y silencioso, con la dulzaina en el sobaco, llevando al lado como gozquecillo obediente al tamborileiro, algún pillete recogido en los caminos, con el cogote pelado por los tremendos pellizcos que al descuido le largaba el maestro cuando no redoblaba sobre el parche con brío, y que, si cansado de aquella vida nómada abandonaba

al amo, era después de haberse hecho borracho como él.

No había en toda la provincia de... como *Dimóni*; pero buenas angustias le daba á los clavarios el gusto de que tocara fiestas. Tenían que vigilarlo desde que en el pueblo, amenazarle con un garrote que no entrase en la taberna hasta que la procesión, ó muchas veces, por un acto de condescendencia, acompañarle de aquélla para detener su brazo cada vez que tendía hacia el porrón. Aun así resultaban útiles tantas precauciones, pues más de una vez marchando grave y erguido aunque con tardo ante el estandarte de la cofradía, se le veía lizaba á los fieles rompiendo á tocar la *Real* frente el ramo de olivo de la taberna, y tonando después el melancólico *De*... cuando la peana del santo patrono volvía a entrar en la iglesia.

Y estas distracciones de bohemio y gible, estas impiedades de borracho, atraían á la gente. La chiquillería pululaba en su derredor, él, dando cabriolas al compás de la dulzaina, aclamando á *Dimóni*; y los solteros de la parroquia se reían de la gravedad con que marchaba ante la cruz parroquial y le enseñaban un vaso de yino, invitación á la que con un guiño malicioso, como si dijera: "¡Dadme!" dadlo para después.

Ese después era la felicidad de *Dimóni*, que representaba el momento en que terminaba

X-rite ColorChecker® Color Rendition Chart

